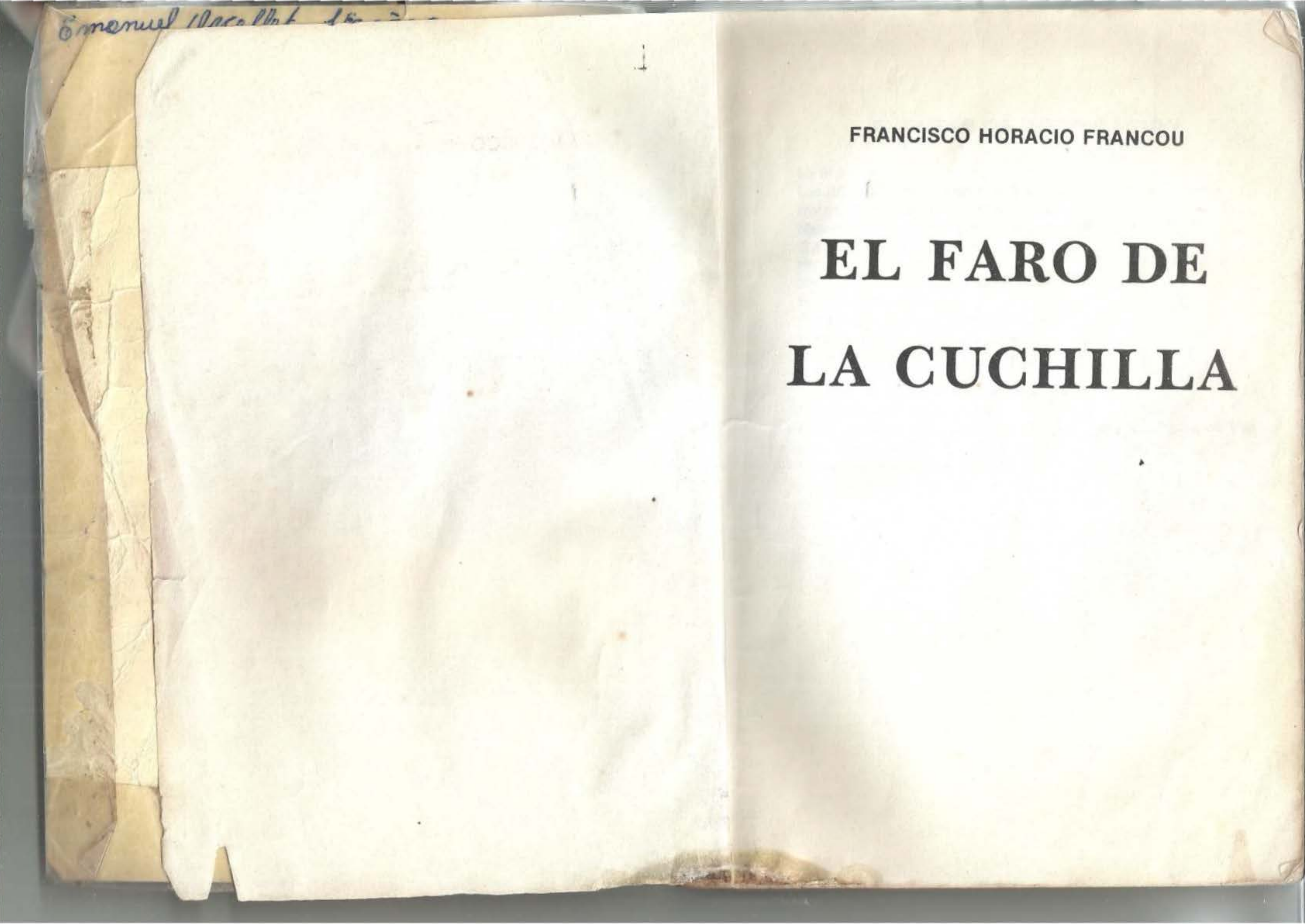

FRANCISCO HORACIO FRANCOU
EL
FARO
DE LA
CUCHILLA

Emanuel Orcellet - 1er año C.

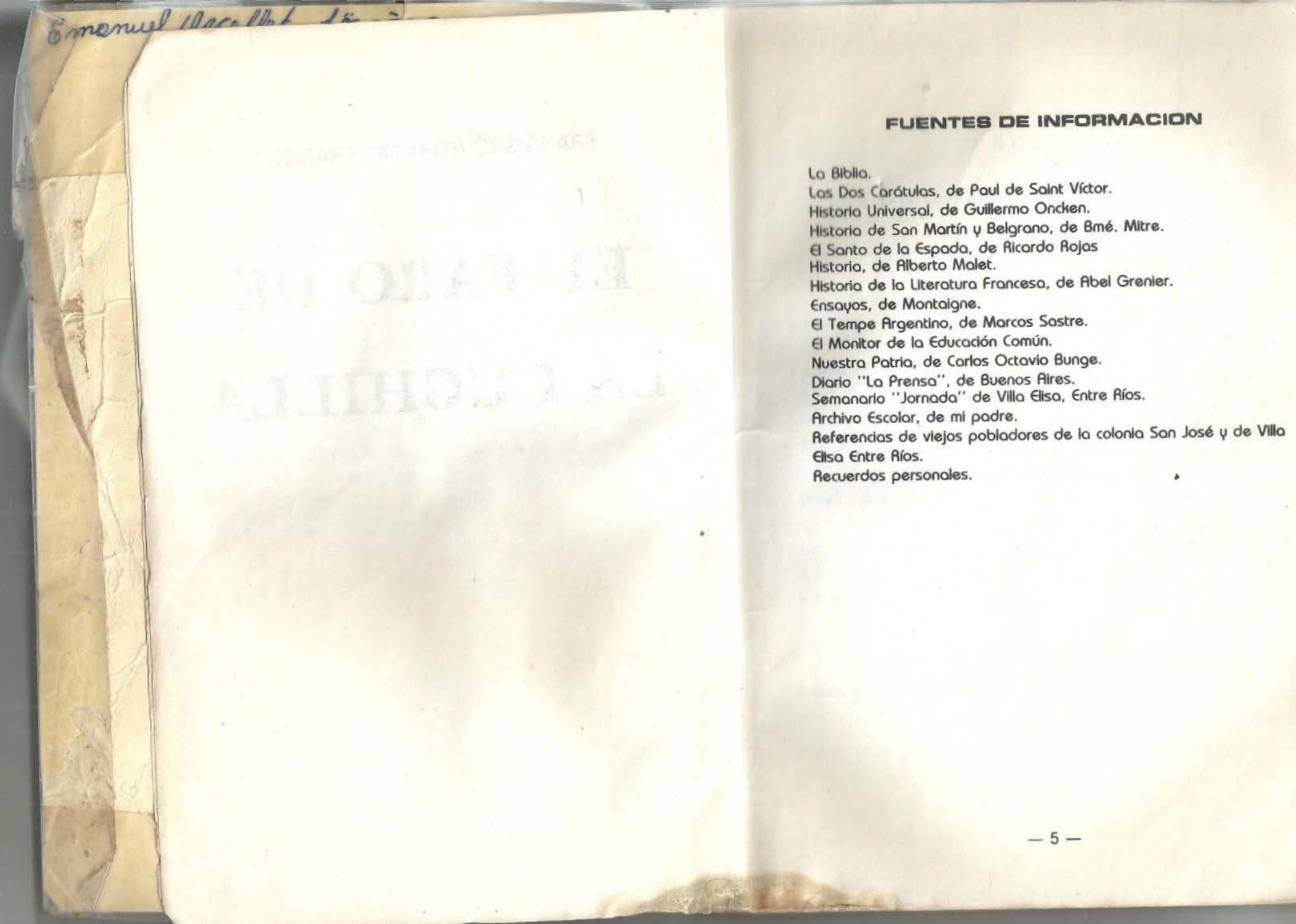
496659

Emanuel Orcellet



FRANCISCO HORACIO FRANCOU

EL FARO DE LA CUCHILLA



FUENTES DE INFORMACION

La Biblia.
Las Dos Carátulas, de Paul de Saint Víctor.
Historia Universal, de Guillermo Oncken.
Historia de San Martín y Belgrano, de Bmé. Mitre.
El Santo de la Espada, de Ricardo Rojas
Historia, de Alberto Malet.
Historia de la Literatura Francesa, de Abel Grenier.
Ensayos, de Montaigne.
El Tempe Argentino, de Marcos Sastre.
El Monitor de la Educación Común.
Nuestra Patria, de Carlos Octavio Bunge.
Diario "La Prensa", de Buenos Aires.
Semanario "Jornada" de Villa Elisa, Entre Ríos.
Archivo Escolar, de mi padre.
Referencias de viejos pobladores de la colonia San José y de Villa Elisa Entre Ríos.
Recuerdos personales.

PROLOGO

A LOS HABITANTES DE VILLA ELISA
Y SUS COLONIAS

Vuelvo a Vds., hecho espíritu, para seguir viviendo eternamente, en los lugares que mecieron mis días felices de niño.

El destino me apartó de vuestros campos, arroyos y montes, pero me dejó intactos los tesoros del alma, para seguir amando desde lejos, lo que de niño formó mi primera realidad.

En este libro leerán muchas cosas del pasado de nuestro pueblo, de los primeros pobladores y de sus instituciones más beneméritas.

El en su modestia, tiene algo de Biblia lugareña, de historia simple, de luz bienhechora y mucho de amor.

Sólo anhelo, que él, no esté ausente en ningún hogar de mi terruño amado, para que los que se sucedan en el tiempo, no olviden a los forjadores de nuestro pueblo, al que le dieron impulso, alma y muchos hijos.

F. Horació Francou.

Buenos Aires, 1942.

CAPITULO I

EL FUNDADOR

A la memoria de don Héctor de Elía

VILLA ELISA

A treinta y cinco kilómetros más o menos al Noroeste de la ciudad de Colón, cabecera del departamento del mismo nombre, coronando las cumbres de unas cuchillas de escasa altura, se encuentra el pueblo de Villa Elisa, cuya existencia apenas pasa del medio siglo.

Fundado a principios de 1890 por don Héctor Elía, su nombre recuerda a la posteridad, el de su esposa doña Elisa Dickson, en cuyo honor le fué puesto.

Edificado sobre un plano con miras a un progreso acertadamente previsto por su fundador, está delineado en una extensión de sesenta y cuatro cuadras cuadradas, separadas por sus calles respectivas.

Dos amplias avenidas de cincuenta metros de ancho, se cruzan perpendicularmente en el centro, donde se levanta aún la primitiva iglesia local. Los nombres de General Mitre y General Roca con que fueron designadas por su fundador, recordarán eternamente a los hijos de este pueblo, a dos prohombres de nuestra organización nacional.

El nombre de Presidente Urquiza puesto a la plaza, les hablará siempre, del más grande hijo de Entre Ríos.

La orientación de sus calles difiere de la mayoría de otros pueblos. Trazadas éstas de Noroeste a Sudeste y de Noreste a Sudoeste, las cuatro paredes de las casas reciben los beneficios directos de la luz solar.

La iglesia nueva -en construcción- que reemplazará a la primitiva con su imponencia majestuosa, ostentando en su aguja saetada la milenaria cruz del cristianismo, señalará por los siglos de los siglos, el sentimiento religioso que impulsó la vida espiritual de los primeros pobladores.

Más de cien casas, un tanto dispersas por la extensión

del terreno sobre el que aquél fué planeado, forman su edificación. La mayoría de ellas son de humilde apariencia y están construídas de ladrillos, cal, arena, techo de zinc y tejuelas, con puertas y ventanas de madera.

Varias nacionalidades estuvieron representadas entre sus pobladores primeros. De origen belga, italiano, francés, suizo, español y de rancia estirpe criolla, cada uno aportó al medio, lo que le es peculiar.

Junto al trabajo rudo, tesonero y provechoso de unos y de las costumbres sencillas, morales y divertidas de otros, floreció un nuevo tipo argentino, que recogió para si todo lo bueno que le legaron sus ascendientes, aminorando los defectos que son ineludibles a todo ser y que como lastre irá dejando en su ascensión, a medida que la cultura vaya penetrando en los espíritus que aún no la poseen.

Sus centros culturales son: la escuela fiscal "Bernardo Monteagudo"; el colegio "José Manuel Estrada" y la biblioteca pública "General Bartolomé Mitre".

Los de orden social lo constituyen: el "Club Progreso" y el "Club Atlético Villa Elisa".

Posee una Sociedad de Beneficencia, que sostiene con sus recursos, al hospital "San Roque".

Numerosas casas de negocios distintos, talleres, molino harinero, usina eléctrica, fábrica de hielo, un Banco Agrícola y el Correo de la Nación, polarizan la actividad industrial y comercial de este centro agrícola-ganadero por excelencia y además gran productor de aves de corral y frutos del país.

Su población actual es de unos mil trescientos habitantes.

De este pueblo pequeño, perdido entre los trigales, quiero dejar en estas páginas su historia, humilde como las vidas que lo poblaron en el amanecer de su existencia.

DON HECTOR DE ELIA

ANTECEDENTES

Nació en Río Negro, República Oriental del Uruguay el año 1860, en forma accidental, ya que su padre don Genaro por desavenencias con el General Urquiza había abandonado precipitadamente la República Argentina, buscando protección en el país hermano. En tal circunstancia su esposa dió a luz este hijo, a quien se le puso el nombre de Héctor.

Sus ascendientes pertenecen a familias españolas de rancia estirpe, por vía paterna y a descendientes de héroes de nuestra emancipación, por línea materna.

Don Genaro era hijo de don Angel Mariano de Elía y de doña Isabel Alzaga. Basta con este último apellido, para reflexionar sobre su ilustre abolengo hispano.

Su madre doña Dolores Balcarce Coe, fué de cuna patricia, ya que era sobrina del General Balcarce.

Del matrimonio de don Genaro con doña Dolores Balcarce Coe, nacieron cinco hijos cuyos nombres fueron: Jorge, Sara, Héctor, Genaro y Rodolfo.

Sara, Héctor y Rodolfo estuvieron muy vinculados a nuestra zona. Sara, casóse con don Carlos Rozas y vivió en su estancia cuya propiedad pertenece hoy a don Victorio Trebou. Rodolfo, radicado en la Villa, fué el primer juez de paz que tuvo ésta y Héctor, el preclaro fundador del pueblo y la colonia Villa Elisa.

EL COLONIZADOR

Su padre don Genaro fué dueño del establecimiento "Cupalén" y del campo "San Lorenzo", los que juntos abarcaban una superficie de ochenta leguas cuadradas. Estos campos, según referencias que me hiciera su hijo Esteban, fueron la causa de su diferencia con el General Urquiza.

Vuelto don Genaro a su país con este hijo uruguayo por accidente, procuró darle a su debido tiempo, una educación superior de acuerdo con su rango histórico y social.

El señor de Elía, dice en su artículo póstumo del 29 de abril de 1922 el periódico "La Juventud" de Concepción del Uruguay, "realizó en la Capital Federal, sus estudios primarios, secundarios y universitarios".

No terminó su carrera, pues abandonó las aulas para regresar a la Provincia y ponerse al frente del establecimiento "Cupalén", como administrador. Varios años de dedicación en sus nuevas actividades, hicieron de él, un hombre de acción, enérgico, emprendedor y de capacidad no común.

Emanuel Orcellet- 1er año

Es entonces cuando surge el hombre en potencia, para empezar su obra verdaderamente grande por su extensión y patriotismo. Es su empresa colonizadora de gran aliento, de capacidad y de sacrificio, donde hemos de encontrar los verdaderos valores del hombre que fundó Villa Elisa.

Pudo ser un egoísta y no lo fué, ya que toda su fortuna puesta en juego tuvo una finalidad generosa, altruísta, desinteresada. No es el comerciante que expone un capital y su energía para duplicar su patrimonio. No; es un Quijote de nuestra colonización que "reja en ristre", a la manera de los "Caballeros Andantes", arremete contra el latifundio, para que en ellos surjan pueblos y vivan felices en su propiedad, miles de familias dignificadas por el trabajo, por la abundancia de los alimentos y en la santa paz de sus hogares atados con raíces a la tierra.

Sólo los corazones altruístas son capaces de pensar desinteresadamente y don Héctor lo fué en grado superlativo, No se conformó únicamente con dar la tierra en propiedad, lo que de por sí sólo constituye el fundamento de un juicio consagratorio, sino que a sus colonias les dió su centro de sociabilidad, en planos de concepciones rivadavianas, con sus tres pilares básicos, espiritual, cultural y de trabajo, representados por la iglesia, la escuela pública y los artesanos.

Repartió herramientas de labranza, trajo máquinas costosas, dió gratuitamente árboles de sus viveros a quienes se acercaron a pedirlos e introdujo en la zona, animales de "pedigreé", para la mestización de las haciendas de baja calidad en aquellos años.

Dió facilidades para el pago de la tierra, a los colonos que ingresaban a su obra de gran soñador de campos hechos vergeles y al colmenar humano entregado al trabajo que trae junto al bienestar económico, la elevación espiritual y moral del individuo, dándole independencia, que es índice de dignidad.

El valor moral conductor de mi biografiado, es el altruísmo. El mueve indudablemente las otras potencias de su alma, manifestadas en su acción, carácter, tesón, capacidad, visión, sueños, etc.

Las grandes acciones o hechos, son casi siempre obra del corazón. Con frecuencia nos engañamos dando la dirección al cerebro, pero a poco que observemos los grandes acon-

tecimientos históricos en las grandes vidas, comprenderemos que el corazón termina por posesionarse de aquél para mover al mundo.

Jesús es el más grande ejemplo de amor que vieron los siglos, por eso su doctrina será inmortal y toda acción que lleve un germen algo de esa chispa divina, tendrá reflejos de llama eternal.

Sólo el amor al bienestar del prójimo pudo mover el altruísmo de don Héctor, para realizar su gigantesca empresa colonizadora.

Por eso su obra vivirá eternamente en los campos de la patria, junto a los rubios trigales, a los linales en flor, a los maizales de esmeralda, a las arboledas dispersas, a la paz de las cabañas y granjas, a los surcos de los arados, al canto de las aves, al ruido de las trilladoras, al rodar de los carros, al balar de la haciendas, a la casa de Dios, a la casa de los niños, a la quietud del Camposanto y bajo los crepúsculos de incendios, los soles, los vientos, las noches y las estrellas, de la tierra que lo acogió como a un hijo más y que él repartió pródigo, para que cientos de hogares extranjeros fructificaran en miles de hijos argentinos, que hoy veneran su memoria de benefactor.

"CINCUENTA AÑOS DE HISTORIA"

Artículo publicado por el periódico "Jornada" el 7 de abril de 1940:

"La colonia Villa Elisa fué planeada en el año 1888. En dicha fecha su fundador don Héctor de Elía adquirió por compra a los señores Palma, Castello, Urrieta y Fagúndez la primera legua de campo sobre el arroyo "Pantanoso" y al año siguiente -1889- con fecha 11 de abril compró a don Juan Medina, el resto de lo que hoy forma la colonia y villa, cuyo conjunto total alcanza a 7.536 hectáreas distribuídas en la siguiente forma: 6.586 dedicadas a la agricultura; 450 cedidas al señor Francisco Quesada; 400 que constituían el establecimiento "El Porvenir" y 100 para la planta urbana de Villa Elisa, denominada así por su fundador en homenaje a su señora esposa, doña Elisa Dickson de Elía.

"En el año 1890 don Héctor de Elía gestiona del Supe-

Emanuel Arcellet- 1er año

rior Gobierno de la Provincia el reconocimiento de la colonia y acogiéndose a los beneficios de la ley General de Colonización, solicita la exoneración del pago de la contribución fiscal por el término de diez años, comenzándose inmediatamente a estos trámites legales la venta de las fracciones.

"En este año se instalaron en la flamante colonia cincuenta y cinco familias que trabajaron tres mil doscientas treinta hectáreas.

"En el año siguiente -1891- el número de familias ascendía a ciento treinta y cinco y las tierras labradas alcanzaban a cuatro mil seiscientas hectáreas y siempre en marcha ascendente, al terminar el año 1892 la población de la colonia llegaba a ciento cincuenta familias que hacían productiva la extensión de seis mil quinientas ochenta y seis hectáreas destinadas a tal fin por el fundador.

"Todos estos datos están debidamente corroborados y constan en una nota pasada con fecha 22 de febrero de 1893 por el señor Receptor de Rentas de Colón, a la superioridad de Paraná".

"CINCUENTA MIL HECTAREAS COLONIZADAS"

Del mismo número del periódico "Jornada". - "Datos biográficos de don Héctor de Elía":

"Don Héctor de Elía, aunque uruguayo de origen, desde los primeros años de su juventud experimentó gran cariño por la patria de sus mayores y lo demostró con las grandes empresas de colonización efectuadas en el país.

"En el año 1885, con la parte del campo que heredara de su padre, fundó la colonia "Elía", en el departamento Uruguay, con una extensión de 3.600 hectáreas.

"En 1888-90 fundó la colonia "Elisa", con 6.586 hectáreas para la agricultura, en una de las zonas más ricas de la Provincia.

"En 1889 adquirió el establecimiento de campo denominado "Chima-Lauquén", en los partidos de Olavarría y Coronel Laprida, en la provincia de Buenos Aires, compuesto de 2.700 hectáreas y formó la colonia "San Jorge", destinando 100 hectáreas a la erección de un pueblo que lleva el mismo nombre y que da sobre la línea del F.C. Sud, comu-

nicándose por dicha estación con las colonias de Chima Lauquén, también por él colonizadas.

"En 1891 compró un condominio con los señores Saavedra, Meabe, 3.000 hectáreas en el ejido del Azul, ciudad importante de la provincia de Buenos Aires, cuya superficie convirtió en quintas.

"En 1892 compró a nombre de su señora esposa un campo de 2.700 hectáreas, creando las colonias de Villa Dolores, en el distrito Lucas y San Jorge, en el distrito Bergara, del Departamento Villaguay.

"En resumen: don Héctor de Elía ha sido colonizador de más de cincuenta mil hectáreas de campo".

DE PUÑO Y LETRA

En el mismo número del periódico mencionado aparecen con el título del epígrafe, unas anotaciones escritas por don Héctor, en un libro de su biblioteca.

Por ser un documento de inestimable valor, creo de interés reproducirlo.

He aquí el tenor de las mismas:

"En 1890 Héctor de Elía, fundó Villa Elisa y en 1892 se embarcaron por primera vez en el puerto de Colón 700 fanegas de trigo".

"En 1890 el señor de Elía introdujo por los puertos de Colón y Uruguay 367 familias de inmigrantes, 37 segadoras y 3 juegos de trilladoras. En la colonia San José existía una segadora de atar con alambre".

"La colonia Villa Elisa la fundó el señor de Elía en tres leguas de su propiedad en 1890 y fué el que dió impulso a la colonización; antes se sembraba lo que se alcanzaba a cortar por una familia y con hoz".

"Las colonias 1° de Mayo, Hocker, San Francisco y Carmen, solo existían en los papeles, nadie compraba y recién después de 1893 se colonizaron por colonos de Villa San José".

"El señor de Elía fué colonizador habilitador y los colonos le llegaron a deber 387 mil pesos, fuera de 1.200 bueyes que tenían los colonos prestados".

"El señor de Elía tuvo en las 10 leguas que colonizó 101

segadoras, 5 juegos de trilladoras, 1 desgranadora a vapor y cientos de otras máquinas".

ANECDOTAS

El Fonógrafo

Corría el año 1902. Las cosas de las civilización tardaban en llegar por aquel apartado rincón de la tierra. A no ser por el diario "La Nación", la revista "Caras y Caretas", "El Entre Ríos", de los cuales era subscriptor mi padre y otras revistas y semanarios que mis tías de Buenos Aires mandaban, de tanto en tanto, poco era lo que sabíamos del resto del mundo. ¡Pensad, lector, lo que ocurría en otras casas, donde no llegaba un diario, una revista y no había un libro!...

Un día trajeron un fonógrafo a la estancia de don Héctor, aparato hoy relegado al olvido ante el progreso de la radio, pero que en su hora de reinado fué considerado como una de las creaciones más felices del genio inventor del hombre.

Thomás Alva Edison fué su inventor, en 1877, como también de la bombita eléctrica de filamento incandescente y de otros inventos más que la humanidad debe a este cerebro portentoso, que cerró sus ojos a las investigaciones inmortales en el año 1932.

La noticia de la llegada de dicho fonógrafo causó revuelo por todo el pueblo y especialmente en mi casa. Fué así que una noche, acompañando a mi madre, previa invitación de don Héctor, nos trasladamos a pie hasta la estancia, con el objeto de ver y oír el aparato del cual se contaban tantas cosas raras.

Con la ansiedad en el pecho y el paso rápido, una noche oscura, como a las veinte, atravesamos el potrero que linda con el pueblo y con la calle General Mitre. Formábamos un grupo de treinta personas, entre hijos, sirvientes, peones y agregados de esos que nunca pierden la bolada de entreverarse en el montón.

Nos recibió don Héctor, con toda la amabilidad y atención que dispensaba a mis padres en aquellos años, haciéndonos pasar al comedor. Los más, quedaron afuera.

En la oscuridad del patio se veía por momentos, el fuego de algún cigarrillo avivándose ante la chupada interminable de quien lo saboreaba, al par que llegaban hasta nosotros, las risas entrecortadas y contenidas de los que festejaban esas ocurrencias que nunca faltan entre la gente joven, dicharachera y poco acostumbrada a etiqueta social alguna.

Previas palabras, que la buena educación hace indispensable, preparó don Héctor el fonógrafo, explicando simultaneamente, lo de la púa, la cuerda, el disco, la bocina, etc., y comenzó la función.

Empezó a girar el disco y "ahi no más" se oyeron unas palabras, mientras los mirones estiraban el cuello, a lo ñandú, para no perder, nada de la conversación. Asombrados todos ante la maravilla presente, seguíamos el diálogo sin pestañar siquiera; cuando una serie de carcajadas, de no acabar más, nos arrastró como remolino envolviéndonos en el tumulto. Eran tantas y tan contagiosas, que al unísono reíamos todos. Los de adentro lo hacíamos con cierta moderación; pero los de afuera metian más barullo que comparsa en Carnaval. Aquéllo parecía un gallinero en plena revolución de cantos, cacareos y revuelos de gallinas, después de poner los huevos. ¡Si ya parecía fonda de vascos!...

Gozando don Héctor de la alegría de los demás, pasó varios discos, pero el de las carcajadas tuvo que repetirlo varias veces, porque fué el que más aceptación encontró, a juzgar por el barullo de los de afuera.

Como a las once de la noche, desanduvimos el camino y aun recuerdo algunas expresiones oídas mientras "cortábamos campo" o pasábamos alambrados.

—"Pero si el cajón habia sido como el de un molinillo 'e café"— decía uno medio asombrado todavia.

"¿Y dónde estarán metidos los hombres, si es tan chiquito"— preguntaba otro, que no atinaba a explicarse.

—"Pero si los hombres no están adentro, pedazo 'e bárbaro"— aclaraba uno más inteligente.

—No, y ¿dónde querés que estén, pedazo 'e burro?" "¿Abajo 'e la mesa?", "tallaba" otro, "metiendo su sancocho en la penca" y más desconfiado que caballo tuerto, agregando: "es claro que están adentro 'el cajón. ¿No es cierto, doña María?"

—"Cómo serás de bagual, no darte cuenta"— replicaba otro del grupo.

—"Cómo se raiban por adentro 'el caño"— dijo alguno perdido en lo oscuro, contestando alguien: "lindo caño pa bonete, en carnaval".

—"Pa mi, que don Héctor lo tenía escondido abajo 'e la mesa al negro Machado y era éste el que ráia"— irrumpió el "rengo Lombardo", provocando con su graciosa salida, que mató el punto a todas las oídas aquella noche inolvidable, una carcajada general.

Así, entre bromas y risas, llegamos a las casas.

Varios días duró el comentario de esa excursión nocturna, en que la voz del progreso en uno de sus inventos más extraordinarios, hizo la delicia de aquellos seres apartados de las comodidades y de la ciencia que tienen las ciudades.

A la distancia de los hechos, pienso que Sarmiento no mentía, cuando cuenta que los paisanos, al ver el tren, decían desconfiando: "A mi no me embroman, los caballos van adentro".

LAS LECHUZAS

Era don Héctor un hombre que inspiraba mucho respeto por su porte distinguido y sus maneras de gran señor.

Cualquier advertencia de él, no caía en saco roto, especialmente entre los muchachos, siempre ingenuos creyentes de toda amenaza.

La tarde que rememoro, llegamos como todos los días a la estancia en busca de las lecheras, Américo Küttel y yo.

Montaba Américo un petiso zaino, que supo ser famoso en las canchas de carrera y que fué un Matusalén, entre el mundo caballar.

Yo lo hacía en un tordillo viejo y panzón, cuya fama acaso la gane algún día en las páginas de muchos recuerdos que de él tengo para escribir.

Ya adentro del potrero, donde hoy se corren las carreras estilo Hipódromo Argentino, en vez de cumplir enseguida con nuestro cometido, se nos ocurrió dedicar nuestras alegrías a la caza de pobres lechuzas, que en aquellos años abundaban por todas partes. El asunto era sencillo. Bastaba con

hacerlas volar contra el viento unas dos cuadras de distancia, sin darles tregua. A veces de poco vuelo, enseguida caían agotadas de cansancio.

No olvidé nunca las poses fantasmagóricas que tomaban estos pobres animales, en instintivo acto de defensa. Con las alas extendidas, apoyando en el suelo sus extremos, el cuerpo echado hacia atrás en actitud expectante, las patas con sus garras afirmadas en el pasto, los ojos desmesuradamente abiertos, resplandecientes de fiereza y haciendo castañetear el pico amenazante, aguardaban el ataque adversario.

En ese momento, esos inofensivos animalitos, me representaban la imagen de Satanás, de la deseperación, del terror, en el supremo esfuerzo de salvar la vida en trance de perderla.

Unos arriadorazos o rebencazos sin apearnos de los caballos, satisfacían nuestra cruel alegría. Presto divisábamos otra e incitando nuestras cabalgaduras partíamos a media rienda, para repetir el entretenimiento muchas veces, entre risas y gritos propios de la edad.

"Dios castiga, pero no con la mano", y ésta vez tomó la forma de don Héctor.

Después de incontables correrías, regresamos contentos arriando las lecheras, dirección a la estancia, en busca de la salida.

Ya el sol incendiaba las cuchillas más allá de lo de Mout. ¡Cuál no sería nuestro asombro y susto, cuando un peón nos dijo que don Héctor había cerrado con candado el portón y que no nos dejaría salir con las lecheras, como castigo por haber andado corriendo a las lechuzas!... Miles de ideas nos hicimos con mi compañero, porque en nuestros corazones había mucho miedo, no sólo a don Héctor y a la noche que se cerraba sobre nuestras cabezas, sino por lo que no esperaba allá "en las casas".

Después de una espera que nos pareció eterna, conseguido el objeto de darnos una lección, don Héctor mandó otro peón para que abriera el candado.

Sonreímos contentos al vernos libres y apurando el trote para recuperar el tiempo perdido, salimos con no sé qué recuerdo criollo en los labios, dedicado al patrón de la estancia.

Emanuel Orcellet - 1er año

Al otro día cuando fuí a llevarle el pan, al acercarse junto a la sirvienta, entre sonriente y amable me dijo: "¿a vos te mandan a buscar las lecheras o a cansar el caballo corriendo lechuzas?".

Comprendí la advertencia, guardando un respetuoso silencio.

Desde ese día las pobres lechuzas del potrero vivieron tranquilas, porque no se me ocurrió más andar cansando mi pobre tordillo, para hacer herejías a tan útiles como inofensivos animalitos.

UN SANCOCHO Y UN CAJETILLA

Dicen que don Héctor tenía, pese a su gravedad aparente, cierto humorismo, que sirvió para que algunos de los que acompañaban en su estancia, ya como amigos o como peones, gozaran en algunas ocasiones de sus ocurrencias.

De mi primo Juan Fallay he oído el cuento que narro en estas líneas y que aconeteció cuando él era su inquilino en la chacra que existe entre las vías del ferrocarril y el camino que conduce a la colonia Mayo, pasando por entre las propiedades de don Agustín Joannás y de don Esteban Raviol.

Llegó a su casa un "langostero", después que la saltona le había devastado su sembrado, malogrando en pocas horas el esfuerzo y las esperanzas que todo labriego alienta en la ilusión del fruto que compensará el sudor de los días que comienzan con el lucero y terminan con la llegada de la noche.

Inoportuna fué la visita del inspector, en momentos que se confundían la rabia y la amargura, sobre los restos de lo que hasta hacía pocos días era una sábana verde.

Creyéndose el inspector con mandato ineludible, superior a toda razón y a todo sentimiento humano, pretendió del labriego, que aun maldecia su impotencia ante el voraz insecto, que colocara barreras y cavara pozos para su destrucción.

Vano empeño y bien hizo en no insistir, por aquello de que "peor es menealo", como dicen los españoles.

Acudió a lo de don Héctor, el "langostero" y aquél, conocedor profundo de las personas y cosas del campo, lo convenció con palabras cargadas de razones, para que no insistiera en su pretensión autoritaria.

Convencido el empleado, aprovechó la oportunidad para pedirle prestado un caballo de andar, a fin de recorrer la zona donde lo habían destacado. "Con mucho gusto", contestó solícito don Héctor, ordenando a un peón que trajera la tropilla y ensillara "un manso" que había en ella.

Bien sabía él y los demás, que el tal "manso" era uno de esos "sancochos" "mal enseñados" y más bellacos que un potro cimarrón "agarrado a bolas", según la gaucha expresión cuando se quiere superar la bravura del mismo.

Listo ya el "reservado", "estribó el de las polainas", sentándose cómodamente en el recado.

"Hinchó el lomo el sotreta" y apenas sintió el talón por las costillas y vió el amago de un chirlo, "se hizo un ovillo, largándose a corcovear". Un salto; otro más y al diablo con el forastero, que salió despedido "por los aires", según decía don Angel Dominguez, como por adentro de un tubo "desparramándose confundido con la polvareda que levantó, al son de las carcajadas de los que palpitaban la escena.

Nada grave le pasó al neófito jinete, a no ser el susto y el rubor, ante los que miraban y se reían con la "boca abierta hasta las orejas".

"Pero quién iba a creer de un caballo tan manso", dijo don Héctor, haciéndose el inocente. "¿Será lo que hace mucho que no lo montan?", agregó dismulando las ganas de soltar la risa. "Ensíllese el mío de andar", ordenó; cosa que se hizo en seguida.

Montó de nuevo el forastero, no sin preocupación, y partió contento ya que esta vez, "fue de veras".

"Téngalo hasta que lo necesite", le gritó don Héctor, escondiendo el regocijo de un momento que no olvidaron los que lo presenciaron.

SU FALLECIMIENTO

Fragmento del artículo en el periódico "La Juventud", de Concepción del Uruguay, el 29 de abril de 1922, con motivo del fallecimiento de don Héctor de Elía:

"En el hotel Concordia, donde residía accidentalmente, falleció en las últimas horas de la tarde del jueves pasado,

el anciano caballero don Héctor de Elía, industrial y comercial de nuestra provincia".

"Don Héctor de Elía, aunque uruguayo de nacimiento, dedicó por entero su vida al servicio de nuestro país, que era también patria de sus ascendientes, dejando un recuerdo imperecedero de su acción enérgica y constructiva, porque él tuvo siempre la clara visión de cuales eran nuestros verdaderos emporios de riquezas y por su defensa bregó y luchó constantemente, logrando sólo la satisfacción moral de haber triunfado".

"El señor de Elía realizó en la Capital Federal sus estudios primarios, secundarios y universitarios, y en esa faz de su azarosa vida cimentó bien su nombre por su dedicación al estudio".

"Antes de obtener su diploma de ingeniero, vino a nuestra provincia y se puso al frente del establecimiento "Cupalén", que en aquella época era de propiedad de su señor padre, don Genaro de Elía, cargo que desempeñó acertadamente durante varios años, logrando imponer reformas importantísimas para la época y que sirvieron de ejemplo a los ganaderos de nuestra provincia. El señor Elía, como administrador de "Cupalén", fué el primero que especializó el refinamiento de haciendas entre nosotros".

"Abandonaba algún tiempo después sus actividades ganaderas para dedicarse con ahinco a la agricultura, a cuyo ramo de actividades prestó preferente atención, fundando colonias cuya propiedad hoy nadie discute, entre las que se cuenta: "Elía", "Elisa" y "San Jorge", en esta provincia, y "Chimalauquén", el la provincia de Buenos Aires.

"Su demasiado optimismo y algunas malas cosechas le trajeron difícil situación al esforzado paladín de nuestras riquezas agrícolas, haciéndole fracasar en sus vastas y benéficas empresas".

"No obstante esa circunstancia el señor de Elía no se sintió derrotado y como varón fuerte y decidido luchó siempre, se puede decir hasta el preciso momento en que la muerte ha venido a poner el silencio eterno en su espíritu inquieto y luchador".

"De inteligencia clara y con profundos conocimientos científicos, para el señor de Elía resultaron estrechos los campos de su actividad profesional, y a ello obedece que su actuación se puso de relieve en las formas más distintas, logrando imponerse siempre por la clarovidencia de sus juicios".

"La Juventud" lo contaba entre sus mejores colaboradores y en infinidad de oportunidades honró sus columnas con publicaciones suyas, que reflejaban el perfecto conocimiento de los asuntos que trataba".

"Tal es el hombre cuya vida acaba de extinguirse después de haber vivido 64 años, consagrado al trabajo metodizado y progresista".

"El sepelio de sus restos mortales se realizó en la mañana de ayer en nuestra necrópolis, siendo presidido el duelo por los amigos del extinto, señores: Mariano E. López, Pablo E. Becchi, Juan A. Mantero y Juan Eyhartz. Al depositarse el féretro en un nicho municipal, usó de la palabra el doctor Mariano E. López, en los siguientes términos:

"Señores: hablo en nombre de los amigos de quien se llamó en vida Héctor de Elía, cuyos despojos mortales venimos a acompañar a este sitio del silencio, del olvido y también del eterno descanso, que bien lo merece el hombre que fué trabajador incansable y un laborioso de energías incalculables, en su perpetua lucha contra la adversidad, que ruda y porfiadamente se le cruzó en el camino, impidiéndole desarrollar su vasto programa colonizador, con que aspiró a sembrar de emporios agrícolas los privilegiados campos de nuestra provincia".

"¿Quién no conoce los obstáculos y dificultades de todo género, que tuvo necesidad de salvar este hombre de tan raro temple moral y de envidiable vigor físico, para implantar en Entre Ríos sus magnos proyectos colonizadores, con el loable propósito de fomentar la agricultura como fuente inagotable de riqueza, que le asegurase vida propia a esta zona de la República?".

"Fué así, en medio de contrariedades y tropiezos, que salvó con verdadero talento, como fundó la colonia Elía, en el departamento Uruguay; la de Villa Elisa, en el departamento de Colón y la denominada San Jorge, en Villaguay; colonias hoy en franca prosperidad".

"Este solo hecho bastaría para que su nombre se distinga, con lineamientos inconfundibles, entre los grandes benefactores del país y entre aquellos de mayor empuje progresista; porque tuvo la clarovidencia de lo que importaría

Emanuel Arcellet. 1er año

para nosotros la industria agrícola y a ella entregó de lleno sus inteligentes iniciativas, como antes lo había hecho fomentando la ganadera".

"Optimista algo exagerado para su época, esas empresas lo llevaron a la ruina, porque abusó del crédito, en su impulso generoso de poblar y colonizar cuantos campos pudiera adquirir. Fué esta especulación atrevida, que lo precipitó al desastre, porque no pudiendo atender deudas exigibles, obligado a contraerlas por el engranaje de sus negocios, tuvo que pedir concurso de acreedores, para solventar legalmente su situación".

"Y, cruel ironía del destino, hacía apenas dos meses que recuperó su crédito, y la plenitud de sus derechos civiles, con la carta de pago que obtuvo de nuestros Tribunales, cuando se produce el luctuoso acontecimiento que ahora nos congrega en torno de este feretro, para despedir emocionado los tristes despojos que encierra.

El Supremo Hacedor de todo lo creado, ha querido sin duda que el hombre que tanto trabajó por el bien, y por labrarse un venturoso porvenir, -tuviera la compensación si quiera, de verse rehabilitado, aunque fuese moralmente-, antes de emprender su viaje eterno".

"Señores: Un conocido pensador argentino ha dicho: "El hombre que plante un árbol en su vida, no pasa impugnemente por el mundo". Héctor de Elía plantó muchos, verdaderos bosques, sembrando colonias por doquier, y asegurando el progreso agrícola de nuestra provincia".

"Luego tiene bien conquistada las páginas que perpetúe su memoria, en la historia de la colonización de Entre Ríos".

NO MAS ALLA DE LA TUMBA

El tiempo, al alejarnos de los acontecimientos, afianza las virtudes que algunos poseyeron, arrojando un piadoso olvido sobre los errores que acaso pudieron cometer. El pone la paz eterna entre los que disintieron y hace abrir en las almas, flores de perdón.

Mala simiente es aquella que no lleva en germen lo que será flor de olvido para las pasiones e intereses encontrados

en su hora.

En la feracidad de la tierra de mi suelo querido, sólo fecundan semillas que llevan en sus entrañas las virtudes que pueden acercarnos a Dios y purificar nuestros corazones.

No es la tierra entrerriana propicia para cultivar granos de los que surjan plantas raquíticas, cargadas de egoísmo, sino plantas vigorosas, opulentas de sentimientos que dignifican al ser.

Esta tierra de Villa Elisa que don Héctor entregó al arado y a la seguridad de los hogares que la embellecen, debe brindar soplo de vida eterna a su preclaro fundador, trayéndolo a su seno a presidir, desde el monumento que la posteridad agradecida ha de erigirle un día, el trabajo diario, en el rumor del colmenar que él creó y donde nuestros padres cantaron a Dios los salmos de la felicidad, que a todos les llegó a manos llenas, hecha pan abundante, hijos sanos, abecedario luminoso y fe infinita en la moral cristiana que imprimió su selle milenario en la conciencia de los que construyeron los cimientos inconmovibles de su imperecedera fundación.

PRIMER CINCUENTENARIO DE VILLA ELISA

Discurso pronunciado por el autor de este libro, el 12 de octubre de 1940, con motivo del primer cincuentenario de Villa Elisa:

Señor Representante del Poder Ejecutivo de la Provincia, don Luis Langevín; señor Presidente de la Comisión Organizadora de Festejos del Cincuentenario de Villa Elisa, doctor Agustín Gutiérrez; señores Miembros de la Comisión: señor Juez en lo Civil, Comercial y Criminal de Colón; señor Diputado por el departamento Colón, doctor David Moix; pueblo de Villa Elisa y colonias:

Un día, no sé cuál, hace treinta años, niño aun, partí de este pueblo querido de mi nacimiento, con una esperanza en la mente y un dolor muy hondo en el corazón.

Dejaba en el terruño amado, todos los tesoros más grandes que la vida da al ser humano. Quedaban en el hogar paterno mis padres y hermanos; al lado de éstos los amigos de la infancia; cerca de ellos sus venerables padres; más allá las colonias, los campos, los arroyos, los montes, con su conte-

Emanuel Orcellet. [illegible]

nido inapreciable de personas, plantas y animales que formaron nuestra primera realidad del mundo maravilloso de las cosas, las que no se olvidan más, porque echaron raíces profundas en nuestras almas; porque llenaron el corazón de ese fuego sagrado, que es esencia de vida y fuente de inagotables sentimientos que atesoran los pechos, de quienes tuvieron la suerte de incorporarlos a su ser, en los albores de la existencia.

Vuelvo a ti, pueblo querido, algo más viejo. Cambiadas las ropas de la humildad en que naciera, por éstas que impone la vida en sus exigencias ineludibles; pero no me desconozcas: soy el mismo. Aquellos sentimientos que arrulló la madre buena en su canción de cuna, que bendijo la iglesia santa de la aldea naciente y que grabó hondo la escuela humilde de las primeras letras, hoy como ayer, florecen en los vergeles del espíritu y quieren ser más que flores de matices mil, lágrimas con emoción de hombre que condensan en ellas dolores y alegrías mezcladas, en este momento de solemne recogimiento y de rebosante júbilo, por la jornada que iniciamos en el primer cincuentenario de la fundación del pueblo y de la colonia Villa Elisa.

Cincuenta años en la eternidad del tiempo es un momento fugaz; pero cincuenta años en la vida del hombre es un espacio de tiempo demasiado largo y el que los haya vivido honorablemente, bien puede dar gracias a Dios por su bondad infinita.

Quien alguna vez haya recorrido con su imaginación el pueblo y las colonias tributarias de Villa Elisa en busca de los seres que los poblaron en sus primeros días, habrá visto, no sin pena, cómo poco a poco han ido cayendo esos viejos troncos de tantos hogares inolvidables, en el largo camino recorrido y que pocos son los que como reliquia de aquellos primeros años distantes, comparten hoy nuestra alegría nuestro dolor. Seguramente al descorrer el velo que oscurece los recuerdos, para ver en el brumoso horizonte de los años que se alejan impertérritos, verán esfumarse en el infinito de sus ensueños de otras horas, la rosada juventud que fué como una canción de primavera despertando los campos dormidos de la serena quietud virginal en que vivieron, hasta que el impulso colonizador del preclaro fundador de nuestro pueblo, Don Héctor de Elía, los dió al arado, para que su bruñi-

da reja al romper la tierra madre, hiciera brotar de sus terrones negros y lustrosos, la canción inmortal del trabajo que debía transformar el erial en colmena rumorosa, en vergeles de preñadas espigas, en hogares tan fecundos en hijos como en virtudes cristianas.

Antes de entrar al nudo medular de este homenaje, dispensadme señores que trace en ligeros brochazos, la evocación de los que pusieron el músculo y el sudor, al lado de la mente del fundador para hacer posible el éxito de la empresa. Porque, si uno fué el cerebro que manda, el otro fué el brazo que empuño el arado, y ambos se necesitaron para le existencia, como necesita la naturaleza el agua, la tierra y el sol para fructificar en la vida de los seres.

Me refiero al colono; a ese ser laborioso, de ropas humildes, de cara curtida por los soles, los fríos y las lluvias; de arrugas como cicatrices marcadas en bajo relieve a fuego de estíos y a heladas de inviernos; de cuerpo recio, modales estoicos y de manos callosas. Ese colono a quien tantas veces abracé cariñoso estrechando su mano áspera con cordial afecto, porque al hacerlo ví siempre en él, a toda la grandeza oculta de mi patria; a la fuerza escondida que alienta al pueblo argentino hacia su engrandecimiento; a la verdadera columna donde descansa seguro el bienestar de todo nuestro pueblo.

Su figura de aspecto simple se pierde en el infinito de la sociedad, a manera de esas estrellas lejanas que apenas se ven entre el pedrerío brillante de las más cercanas que tachonan el cielo, robándonos toda la vista sin dejarnos observar mejor a las que por estar más allá parece que alumbran menos. ¡Engañosa visión!... Yo que te conozco, sé que alumbras y tienes luz propia como aquellas estrellas que apenas se ven en las constelaciones de las noches límpidas de azul. Sé también que las verdaderas virtudes se esconden como la flor de la violeta para dar su perfume; sé también que no se muestran radiantes; por el contrario, ellas como aquellas estrellas más lejanas en la bóveda azul, dan más luz aunque no las veamos, al igual que tú en la tierra, colono de vida sencilla y de alma limpia por el trabajo que sostiene la vida de los pueblos y que no todos ven, porque no todos te conocen.

Muchas veces en la comodidad de la ciudad, viendo al magnate, al opulento, rodeado de estufas y de alfombras, im-

pecablemente trajeado o haciendo jugar en su enguantada mano el bastón señorial, me he acordado de tu vida sencilla, de tu humildad y de tu valer.

Entonces en el recuerdo de las horas inolvidables de mi niñez, eras tú la estrella de más puro brillo en el cielo de mi patria y te agrandabas inconmensurablemente en mi alma. Con tu humildad, con tus cicatrices, con tus callos, eres la fuerza pujante que levanta pueblos dándoles la vida con tus granos que alimentan al mundo y con tus hijos que conquistan los campos incorporándolos al progreso con el arado.

Aquí acamparon hace cincuenta años junto al conquistador de esta inmensidad hecha de verde y azul, para levantar su tienda de amor y de trabajo, los que jalonaron el progreso de esta colonia. Aquí construyeron vasto taller de enorme resonancia en la campaña infinita, que poco a poco fué cambiando su fisonomía monótona, por la belleza que dan los campos roturados, los sembrados ya verdes, ya amarillos y las arboledas y casas que agregan su nota de armonía al panorama hermoso de las cuchillas pintorescas con que Natura engalanó la topografía de la región.

Poco a poco fueron incorporándose a don Antonio Maffioly, a Juan Küttel y a Fermín y Francisco Jaime, en la colonia; a don Domingo Pioli, a don Juan José Joannás y a don Manuel Beristain en el pueblo, los demás pobladores cuyos apellidos aun perduran por todo el contorno.

Vinieron de allende al océano o de lejanas tierras. Incorporaron sus energías a este suelo, transformando las praderas desiertas en mares de granos y en miradas de animales útil al hombre. Fueron como sus hermanos de toda la República, los que formaron las ciudades, pueblos y aldeas en toda la extensión del país desde 1853 en adelante y que nos brindaron al par que la riqueza y el bienestar económico de que disfrutamos, todo el tesoro de sus hijos en madres heroicas en el sacrificio y fecundas como la tierra que generosa se prodigó, para que en ella encontraran la felicidad que acaso no pensaron alcanzar en sus lejanos países. En ninguna parte mejor que en este centro agrícola y en este momento excepcional, para un reconocimiento justiciero a los extranjeros de mi pueblo y de mi patria, ya que estas colonias cargadas de tantas promesas de embrión, son parte del fruto de aquéllos que hacen muchos años ya, llegaron para arraigar

hondo en este pueblo argentino; para no irse más; para dormir junto al recuerdo y a las flores de sus hijos, el sueño eternal.

Yo, como todos los de esta colonia y pueblo, soy un pedazo del gigantesco edificio que empezaron nuestros abuelos mancomunados con los argentinos nativos, en la esperanza de una mañana cada vez mejor.

Permitidme que en este día de recordación inmarcesible, evoque desde esta tribuna, a los que hicieron bien a la patria y que como una ofrenda de gratitud, recogiendo el sentir unánime, los envuelva en el símbolo augusto de los argentinos que creara el alma más pura de la Revolución de Mayo, General Manuel Belgrano, y en santa plegaria diga con unción: ¡Bandera sacrosanta de mi patria!. Hace más de cincuenta años nuestros abuelos y padres llegaron a esta tierra de promisión a cobijarse bajo tu amparo generoso, encontrando la dicha que tú tienes reservada a los que llegan a tus playas para ennoblecer la vida en el trabajo honesto, provechoso y dignificador.

Soy un descendiente de aquellos colonos que allá en lontananza de días difíciles y oscuros sentaron su morada en el desierto desafiando los peligros del pampero y de lo desconocido; que araron, sembraron y regaron con sudor de esfuerzo, estos campos dormidos, sacando del rico manantial de sus entrañas, el grano que es pan y bienestar de miles de tus hijos; que transformaron tus bajos y cuchillas, en taller de actividad febril, que es vida creadora y progreso que se afianza; que crearon en el centro de la aldea su iglesia de creyentes sinceros para la conservación de la pureza de las almas de sus descendientes y que crearon la escuela del lugar como templo de virtudes patrióticas, donde se confundieron con sus hijos, en la adoración de nuestros héroes, grabando de paso en sus retinas impresas de nostalgias lejanas, de auroras nuevas, de nubes orladas en atardeceres como incendios, de cielos serenos y de noches plateadas bajo la Cruz del Sud, el celeste y blanco de tu paño santo que protegía como Dios sus vidas, sus hogares y que hoy cubres de bendiciones, por los hijos que te dejaron como tesoro incomparable.

¡Los hijos de ellos; tus hijos de hoy, agradecen tu protección, lábaro bendito de los argentinos!...

Junto a los tres primeros colonos que se radicaron en

la colonia Villa Elisa, llegaron al pueblo los primeros artesanos indispensables a la nueva fundación. Fueron estos: Don Domingo Pioli, don Juan José Joannás, don Filiberto Sigot, don Juan Erramuspe, don Pedro Munist, don Tomás Yrigoyen, don Pedro Sala, don Mauricio Küttel, don José Guex, don Alfonso Fellay, don Germán Guntren y otros más recientes.

Fué don Domingo Pioli, el "Vulcano" de estas colonias. No tenía como el Dios mitológico griego sus forjas en las cavernas infernales del volcán Etna, en la isla de Sicilia; ni habitaba en palacio de bronce con techo abovedado donde fulguraban las estrellas y constelaciones del infinito azul, sino bajo la fresca fronda de verdes paraísos que protegían su casa familiar y donde miriadas de golondrinas, después de revolotear en el espacio anunciando su próxima migración a otras tierras, buscaban refugio nocturno, en atardeceres inolvidables de años que se fueron con mi infancia.

Su brazo hercúleo en su bigornia sonora, no forjaba yelmos brillantes de áurea cimera, ni grebas irrompibles, ni escudos de guerreros, ni espadas tajantes como la de aquel Dios forjara para el más bravo guerrero de la Historia, Aquiles de Peleo y que nos cantara Homero, hace más de tres mil años, en páginas que han vencido con su belleza a los siglos. De su fragua que enrojecía el hierro para hacerlo maleable a fuerza de martillo sobre sonoro yunque, salieron las rejas de los primeros arados que roturaron estos campos. Rejas que escribieron sobre las páginas verdes de estas cuchillas entrerrianas, su égloga inmortal y que fueron espadas de paz abriendo el surco profundo en las entrañas vírgenes de estas tierras, para que las semillas arrojadas por el labrador y regadas con sudor de esfuerzos, transformadas en gráciles plantas, no cantaran al ser mecidas por los vientos la canción de los siglos, la canción milenaria del trabajo, la canción de las fuerzas secretas de la naturaleza concentradas en el Dios Pan, Dios de los labradores y pastores en la mitología clásica.

En pos de él, llegaron los otros: Germán Guntren, Alfonso Fellay, Fracisco Bel, Isidoro Marchand, Enrique Orcellet y Nicolás Sigrán.

Al mismo tiempo y avenida General Mitre por medio, en el solar propiedad hoy de don Juan Pedro Schoeder, instaló su taller de carpintero don Juan José Joannás, llegando

con él como oficial, don Filberto Sigot.

La canción de la sierra se une a la sonoridad del yunque y del taller de este nuevo "San José Bíblico", salieron incontables las ventanas y puertas que llevaban la tranquilidad al sueño del labriego y su familia, protegiéndolo de los vientos, los fríos y peligros que en la sombra acechaban; el banco escolar desde donde el niño balbuceaba el silabario, aprendiendo los nombres de nuestros héroes y también a amar a la patria, en la escuela pública que crearon don Héctor de Elía y los pobladores del lugar; el "carro colono" que fué vehículo de paseo al par que medio de transporte en estos lugares apartados de centros populosos.

Sigue a los dos primeros don Mauricio Küttel, quien lo mismo que su predecesor carpintero, construye una puerta, un carro, una rueda o hace junto a José Gay el primer altar que ostenta la iglesia del pueblo.

No puede faltar en esta justa recordación del pasado elisense, el nombre de don Pedro Sala, primer albañil de este pueblo. El fué quien levantó la primera escuela, la primera iglesia comenzada por don José Gay y la mayor parte de las primeras viviendas que formaron nuestros hogares, modestas aquéllas en su argamasa de barro y pisos de ladrillos, pero pletóricos éstos de virtudes cristianas, en madres tan buenas como fecundas en hijos sanos de cuerpo y alma.

Bien recordados están los alambradores de este pueblo y de estos campos que se llamaron: Don Juan Erramuspe y don Tomás Irigoyen. Estos trazaron las paralelas de los caminos para escribir con ellas sobre la tierra dividida en parcelas, el derecho de propiedad diciendo en mudo lenguaje: hasta aquí es el dominio de tu predio. Repeta el ajeno para que respeten el tuyo.

Junto a estos valores materiales no puedo pasar por alto los valores espirituales representados por la Justicia, Dios y la Escuela Pública.

Don José Guex representa en su condición de primer alcalde de este pueblo, uno de los valores puros y eternos de la humanidad: "La Justicia".

Aunque en su valor absoluto la justicia es del dominio de Dios, en su valor humano es la que hace posible la convivencia social. Los pueblos que no tienen justicia o la tienen corrompida, naufragan en la infelicidad y en el caos.

Auxiliar de la justicia y de gran influencia en la seguridad de las vidas y del orden en toda la tierra, es la Policía.

Fué representada en su primer momento por el comisario don Cornelio Ozuna, pero también merece recordarse por su larga actuación, como por el orden impuesto en su hora para la tranquilidad de los habitantes de esta zona, don Ramón Munilla.

El sentimiento religioso de esta naciente población es indiscutible. San José queda en aquellos años de caminos largos y vehículos lentos, demansiado lejos para que las familias pudieran cumplir sus deberes con la Santa Madre Iglesia Católica, y al par que se levanta ésta, viene como primer Cura del pueblo ese santo sacerdote que durante quince años fué el pastor de almas en esta comarca apartada y cuyo nombre venerable es Augusto Hoflack.

En marzo de 1892 empieza a funcionar la escuela pública que el fundador de esta colonia y sus pobladores ofrendan a la patria de sus hijos, para que en ella aprendieran a amar a sus héroes, a sus símbolos sagrados y a cantar la Canción Nacional. Por ella desfilan doce generaciones de niños que hoy forman la mayor parte de los pobladores de esta colonia y que seguramente no la habrán olvidado, porque no se olvida nunca la primer alegría, el primer triunfo, ni el primer quebranto; ni donde hemos jugado, peleado y aprendido el abecedario que nos iluminó la mente; porque no se olvida más el lugar donde hemos aprendido a amar y a respetar los símbolos supremos de la patria.

No puedo pasar por alto los nombres de los primeros criollos que se unieron a la naciente población, porque fueron ellos la presencia de alma de la tierra nativa, con su carga de costumbres, virtudes y defectos, en estos campos que transformó el arado en graneros inagotables y en colmenas laboriosas: Anastasio Almada, Isabelino Bergara, Santos Castañeras, Viviano Ruiz Diaz, Manuel Lezcano, Wenceslao Medina, Marcelino Quiroga, Prudencio Aguirre, Mercedes Martínez, José Horta, Alejandro Riquelme, Diego Burgos, Zacarías Abrigo, Juan Leiva, Zenobia Rojas, Cecilia Fagúndez, Inocencio Monzón, Justo Quintana, Pablo Chupitea, Gregorio Quirico, Mauricio Acuña, Francisco Mendoza, Cecilio Nuñez, José Ballestero y el "Negro Machado".

Permitidme, criollos de mis pagos, que os traiga en mis

recuerdos y que al pasar a vuestro lado os deje una flor humilde, en mi rezo amante de la tradición nativa.

¡Hogares criollos de mis pagos natales, de costumbres sencillas, de creencias ingenuas y de abundantes hijos, donde echó sus más hondas raíces la tradición campera!.

¡Hogares criollos de mis pagos queridos, quinchados en junco, totora o paja brava, con tientos de ilusión, tijeras de ensueños y aleros de esperanzas; que guardáis en vuestras entrañas retobadas de leyendas, todas las bellezas con que la generosa estirpe que os creó suyo adornar vuestras vidas humildes para que los que os conocieran buscaran un día vuestra história que viene de allende lo ignoto, donde no se cuentan las horas que fueron, porque no hay memoria que guardarlas pueda, de lejos que están! ¡Ya no sois más que un canto en mi alma y un rezo en mis noches!... La ciencia os hostiga y el progreso voltea vuestros viejos horcones sepultando con ellos lo que en vos vivió.

Fué vuestra presencia el alma sentimental de la raza nativa. Sin vos no hubieran vibrado las cuerdas de las guitarras sus acordes llenos de ternuras y las gargantas de los que llevan miel en la voz, no hubieran llorado en el silencio de las noches camperas, junto a los fogones, a las rejas pobladas de madreselvas fragantes, o a la inmensidad del espacio sin fondo, sus ilusiones hechas de armonías y amor, en estilos, vidalitas y canciones que traducen los sentimientos de un pueblo.

Fuisteis la armonía de la estirpe criolla, dándole acento a la canción de los arados.

Fuisteis la Grecia de mi tierra conquistando con vuestra alma, a vuestro seguro vencedor: El Progreso.

Hijo de mis pagos que como yo desciendes de extranjera estirpe, recuerda siempre que a la mayoría de los padres de muchas familias criollas que poblaron estos campos que el trabajo transformó en sembradíos y hogares de abundante pan, las dianas de Caseros los encontró al lado de su ilustre Jefe, arrancando con sus lanzas de bravos la libertad al déspota que la había suprimido del suelo argentino y sin la cual no hubieran arribado a estas tierras ubérrimas nuestros antecesores a gozar del bienestar, que ellos hicieron posible con sus brazos en los campos de batallas.

Vuestro bienestar de hoy, arranca de su esfuerzo de ayer.

Manuel Urcellet - 1er año

Ellos fueron los soldados que dieron a Urquiza la fuerza para imponer el imperio de la Constitución Nacional, bajo cuyo amparo vivieron nuestros abuelos, nuestros padres, vives tú y vivirán nuestros hijos por los siglos de los siglos, en esta bendita tierra de paz y de trabajo, bajo la protección de Dios.

Y bien señores: de este concepto armonioso de la fragua y el yunque; de la sierra y del martillo; de la maza y la plomada; del arado, de la justicia y del amor; de las campanas y de la tradición nativa, surge como a un conjuro sobre la sábana verde del infinito de estos campos, la unidad creadora de este pueblo que es y será cada vez más un centro de vida propia y de abundancia, por la feracidad de la tierra, por la enorme zona agrícola-ganadera que le es tributaria y un oasis de felicidad, por las virtudes cristianas y valores morales que afianzan las familias de hoy, dignas herederas de aquéllos que llenaron los hijos estos campos bendecidos por la mano del Creador.

Pasemos, señores, al recuerdo de la figura central de esta colonia y pueblo, ya que si bien éstas que acabo de recordar fueron el brazo ejecutor, el obrero que levanta el edificio, la abeja que trabaja sin descanso, el soldado que gana la victoria, las armonías que modelan las almas, Don Héctor de Elía, simboliza la mente que concibe, el cerebro que organiza y el ideal en marcha hacia aquella estrella de esperanza que alumbra todo el cielo de la patria para hacerla más hermosa y grande en la paz del trabajo, de Dios y de la opulencia.

Es Don Héctor el hombre que da las directivas del comienzo, a manera de arquitecto que sobre tela irrompible traza con mano firme la línea indeleble que plasmó antes en su imaginación, para construír en base a ella la armonía total que dará forma definitiva al soberbio edificio que se proyecta.

Nació por accidente en la República Oriental del Uruguay, y a pesar de ser uruguayo debemos considerarlo argentino, como hemos considerado argentinos a todos aquellos que en épocas de Rosas nacieron en el país hermano y cuyos padres huyeron de terror para salvar sus vidas.

Hermosa planta de varón. Su talla elevada y su figura imponente le daban tal majestad a su persona, que no ha-

brán olvidado aquellos que lo conocieron siendo joven y los que ya en el otoño de su vida fecunda, tuvimos oportunidad de tratarlo.

Yo fuí uno de ésos, que por razones de ser repartidor de pan en mi niñez hasta los catorce años, tuve la suerte que hoy es felicidad, de verlo todos los días en el retiro de su estancia azul de aquellos años inolvidables. Alguna vez su mano de alabastro acarició la cabeza del niño a quien brindó unas peras o unas naranjas y también una advertencia severa y amable a la vez.

La vida pasó con su carga de años para todos. El se fué a la eternidad, y aquel panaderito se hizo hombre y hoy tiene el honor excelso de haber sido designado por la "Comisión de Fiestas" de este primer cincuentenario, para pronunciar el discurso en el homenaje a su memoria eterna.

Al evocar su figura de gran señor, lo veo alto, corpulento, prolijamente vestido, luciendo en su cara de cutis alabastrino, poblado bigote cuidadosamente mantenido enhiesto y una pera larga, blanca como la nieve, de sedosa apariencia. Una sonrisa atrayente dejaba ver una dentadura blanca que daba a su cara agradable, un aspecto de varón hermoso.

Su voz era suave y enérgica en ocasiones, como la de todo hombre acostumbrado a dirigir. Sus ademanes correctos.

Infundía su persona, un respeto absoluto por su estampa señorial y modales finos, agrandada aquélla, indudablemente, en este centro de trabajo, de vidas humildes y maneras rústicas, propias de la vida del campo.

A mi padre, a quien mucho distinguió, ya que fué él quien lo trajo como primer maestro de la escuela hoy fiscal de este pueblo, pagándole los dos primeros meses con peculio particular, hasta que se consiguió la subvención de la Provincia, le oi decir siempre que don Héctor era un hombre de cultura superior, universitaria, que sabía mucho, que había leído siempre, que tenía una gran biblioteca; que era inteligente, emprendedor, activo y que fué más que todo eso: un hombre bueno, bien inspirado para los colonos y que un día, cuando la distancia de los años diera paso a los valores morales eternos que son los que la humildad guarda en caja invulnerable como acervo imperecedero, a fin de valorar el bien y el mal en su interminable lucha de todos los tiempos,

Emanuel Arcallet. 10 años

la figura y obra de don Héctor lo acercarían confundido con el bien, para ser considerado como un benefactor no sólo de esta zona, sino de todo el ámbito de la patria grande, porque fué de los que puso mayor esfuerzo en esa época de oro de la colonización argentina, que comienza con el advenimiento del General Urquiza y la fundación de Esperanza en Santa Fe, el año 1856.

El problema agrario es viejo como la vida del hombre en agrupación social. Recién en Roma el concepto de la propiedad privada toma el que aun subsiste en los pueblos latinos.

En nuestro país, Rivadavia, con su sistema enfitéutico, es decir, la tierra propiedad del Estado, dada en arrendamiento por veinte años, renovable, y valuada cada diez por comisiones de vecinos, empieza la colonización, dando a los colonos pequeñas parcelas para ser trabajadas por ellos mismos. Este sistema no dió el resultado que esperaba "el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos", como la llamara Mitre y cayó por propia inadaptación al medio.

Alumbra el sol de Caseros en 1852; con él la gran figura del "Organizador de la Nación", General Don Justo José de Urquiza, y junto a este entrerriano formidable, el genio escondido de Alberdi, que desde las páginas de "Las Bases" le gritan al supremo jefe: "Gobernar es poblar".

No desoye ese aserto el Jefe patriota, y se fundan desde 1853, las tres primeras colonias del país organizado, en el orden siguiente: en 1853, "San Juan del Puerto de Santa Ana" (Corrientes), por el doctor Brougnes, con familias francesas. En 1856, la colonia de Esperanza (Santa Fe), por Aarón Castellanos, con elementos suizos-alemanes; y la tercera, debida al General Urquiza, en San José (Entre Ríos), en 1857, con elementos suizo-franceses.

Aparece después la figura extraordinaria de don Héctor de Elía, una de las más grandes que tuvo el país como colonizador de miles de hectáreas.

El latifundio con que los conquistadores españoles obsequiaban a sus favorecidos, siguió imperando en los gobernadores de viejo cuño, y en esa forma se impidió la radicación del hombre en los campos, el nacimiento de nuevas poblaciones y el aprovechamiento de la tierra, favoreciéndose la existencia del desierto y de parias sin raíces en el suelo. La mayor parte de la obra quedó librada al esfuerzo particu-

lar, y es aquí donde sobresale con caracteres incomparables de desctructor de latifundios, el insigne fundador de varias colonias.

Colonia Elía, colonia Villa Elisa, San Jorge y Villa Dolores, en Entre Ríos y Azul, Chima-Lauquén, Keen y San Jorge en la provincia de Buenos Aires, fueron los centros que concretaron sus afanes. Imaginaos tres veces el campo de "San Miguel" y os daréis cuenta de la grandiosidad de su empresa.

Se agranda la figura del colonizador cuando se piensa en la forma como colonizó, la única de colonizar con patriotismo, haciendo al trabajador rural propietario de la tierra, a fin de que pueda llegar a ese bienestar económico que es base de dignidad e independencia.

Cimentó con su sistema la institución familiar al ligarla con hondas raíces al suelo y al trabajo provechoso, que es paz en el seno de ella y propiedad para los hijos que por ley natural suceden a los padres.

Sólo un corazón generoso y un espíritu superior, pudo tener semejantes principios de buen sociólogo, y justo es que aquéllos que hemos recibido el fruto de sus afanes y desvelos reconozcamos en la medida de nuestra capacidad y sentimientos, los méritos que atesoró tan vidente propulsor de los principios sociales más modernos, sintetizados en esta frase que pugna por hacerse realidad en los pueblos: "La tierra debe ser del que la trabaja".

Muchos imitadores debiera tener don Héctor de Elía en el país, y entonces podríamos imaginar como sonríen gozosos en sus tumbas sagradas, Urquiza, Alberdi y Sarmiento, bendiciendo desde la inmortalidad donde lo colocó la gratitud nacional, al hijo dilecto que recogió sus ideales de grandes argentinos para despedazar en parte la triste realidad que escribiera el ilustre sanjuanino en su "Facundo": "El mal que aqueja a la República Argentina es su extensión".

Veríamos la imagen de don Héctor confundirse en un abrazo con el genial autor de "Las Bases", midiendo en una visión del porvenir, horizontes inconmensurables, para recordar a los que dirigen, que "gobernar es poblar"; que la frase es la mayor actualidad hoy día y los hijos de este suelo llamado a grandes destinos humanos, tendríamos el inefable gozo patriótico de que la incomparable oración a la bande-

ra, cuando dice: "acaudillando cien millones de argentinos", no sea como hasta hoy nada más que una sublime exaltación patriótica de "Gran Civilizador", cada vez más lejana por la desnatalidad que amenaza la fuerza vital de un pueblo joven y fecundo en hijos e ideales.

No tendríamos la realidad de hoy como hace cincuenta años; esa realidad de la patria que clama: arados que transformen eriales en campos de cultivos mil; pueblos que jalonen el progreso formando centros de unión nacional en el vasto territorio, como escuelas e iglesias que alumbren tinieblas y hagan florecer como en vergeles, sentimientos nobles en las almas infantiles que despiertan puras a la vida, encaminándolas hacia la virtud del bien, de la verdad, del amor al prójimo, del cariño a nuestros héroes y tradiciones; y como compendio de esos valores morales eternos, racimos de hijos de todas las razas, tesoro incomparable de hogares apuntalados en familias laboriosas de sólida moral cristiana, seguras de su bienestar y encauzadas en el trabajo que ennoblece la vida haciendo dichosos a los pueblos.

Señor Presidente: os invito a descubrir la placa.

Don Héctor de Elía: desde la inmortalidad donde moran los que bien hicieron a los pueblos, ved el bronce, símbolo de eternidad que la gratitud de todos los hogares que poblaron de casas, hijos, arboledas, sembrados y animales estos campos y de las colonias vecinas, ofrendan a vuestra memoria imperecedera.

Pueblo de Villa Elisa y colonias; niños que sois la esperanza del mañana promisor: que nunca falten en este pueblo y colonia, las flores del recuerdo para su preclaro fundador.

Los pueblos que no saben de gratitud para sus benefactores, no tienen alma y no son dignos de la bondad de Dios.

¡Sed dignos de la bondad del Señor!

He dicho.

CAPITULO II

"LA JUSTICIA"

A la memoria de don Casimiro Monzalvo

LA JUSTICIA

Es uno de los valores morales esenciales de más difícil aplicación y sin el cual no es posible la felicidad en la vida de los seres civilizados.

Hay una justicia inapelable, absoluta, eterna, que sólo es el dominio de Dios, y otra terrenal que debe acercársele, con los principios éticos que la sociedad impone en las costumbres de cada pueblo, con el perfeccionamiento de las leyes y con la justeza de su aplicación.

Esta última como producto de la imperfección del hombre lleva su misma condición, pero es indiscutible que ella hace posible la convivencia humana, Jesús hizo justicia para los mortales de todos los siglos, cuando interrogado por los escribas contestó: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Salomón, también habría hecho justicia cruel cuando para descubrir la verdadera madre del niño dicto su "bíblico fallo": "Partid al niño por la mitad".

"La ley es sabia", reza el adagio latino con el cual siempre se coincide, pero lástima grande es que no todos los hombres sean sabios y buenos para acatarla y no hacer lo que ella prohibe.

El que se beneficia cree poseerla y le canta loas, mientras que el perjudicado la maldice diciendo que no existe.

El mundo del hombre con sus tendencias hacia el mal es tan complejo, que al analizarlo cabe preguntarse si no es una consecuencia lógica de la organización social.

Los enemigos que en los campos de batalla tratan de destruirse, hablan enfáticamente de la justicia de su causa. Los litigantes que en los estrados judiciales defienden sus intereses, la reclaman con distintos argumentos.

El que mata por robar, o por venganza, o por amor, teniendo aun tintas sus manos en sangre, cree que la justicia le asiste y reclama su derecho de libertad.

Los que arrojan en guerra a unos pueblos contra otros, pudiendo evitarla con la razón, alardean de la justicia de Dios para con ellos.

El fuerte que se impone al débil, habla de la justicia de su fuerza; y el débil que mata al fuerte apelando a cualquier recurso, también sostiene la justicia de su triunfo.

El capitán Dreyfus en uno de los procesos más ruidosos de la humanidad, fué condenado por la justicia y era inocente.

De todos estos ejemplos y de cientos otros más que fácilmente se encuentran apenas miramos a nuestro alrededor, podemos inferir; que hay en la justicia un aspecto ideal del dominio de la Filosofía y otro aspecto real, relativo a su ejercicio en la vida de relación de los seres en sociedad, que a veces acierta y otras yerra.

Pero aunque el complejo de su aplicación en la realidad nos arranque ya un aplauso, ya una censura, no desmayemos nunca y creamos siempre en ella, porque aun dentro de lo imperfecto, hace posible la existencia del hombre en la conservación de sus intereses primarios, como ser la vida, la propiedad, el trabajo y la libertad en su alcance lógico limitado por la conciencia y por las leyes.

¡Oh, justicia! Tú existes como la vida, como la verdad, como el amor, como Dios, aunque algunas veces es difícil encontrarte, para saber a quien le corresponde y otras cuesta hallar quien te administre con la unción que tu valor incalculable requiere.

Te representan hecha mujer con los ojos vendados, teniendo una balanza, cuyo fiel trata de tomar la vertical.

¡Qué tu ceguera sea iluminada por la conciencia pura de aquéllos a quienes la sociedad les encomienda tan sagrada misión y que Dios que es justicia suprema llegue siempre donde tú no alcances, para dar al "César lo que es del César" y para poner en cada corazón una chispa de su fuente inmortal!

DON CORNELIO OZUNA

La Justicia en Villa Elisa

Fué representada en su primera época por el Comisario

y el Alcalde.

El primer comisario que hubo en Villa Elisa, se llamó don Cornelio Ozuna, quien al crearse el pueblo, fué traído desde Puente Gualeguaychú, donde ejercía sus funciones, según referencias que me fueron dadas por mi tía Agustina Francou de Joannás, por mi primo José Bourren y por Francisco Guex, hijo éste del primer alcalde de la villa.

Desempeñó su puesto hasta 1895, época en la que fué reemplazado por don Ramón Munilla.

Fué su esposa doña Silvia Rojas, hija de doña Zenobia, criolla ésta que se cuenta entre los primeros pobladores del lugar.

DON RAMON MUNILLA

Sucedió en el cargo a don Cornelio Ozuna, en agosto de 1895, habiendo sido traído desde Arroyo Grande, donde era comisario.

Trajo don Ramón, como sargento de policía, a don Inocencio Monzón, criollo decente, honrado, bueno, querido y trabajador, que aun vive en la villa entre el aprecio de todo el vecindario.

Bajo de estatura y grueso de cuerpo, hacía más notable su escasa estatura, un vientre bastante pronunciado.

Mis recuerdos de muchacho me lo representan luciendo en el mentón de una cara ancha y mofletuda, de color trigueño más bien que blanco, una pera negra, siempre prolijamente recortada en la punta, la que formaba con el bigote poblado que lucía, un marco apropiado para hacer resaltar el blanco brillante de su dentadura.

Ojos no grandes, pero sí muy vivaces y penetrantes, protegidos por unas arcadas negras de anchas cejas, reflejaban un temperamento enérgico y dominador.

Su vestimenta más usual era el cuello o el pañuelo blanco de seda, saco, pantalón, bombacha y bota de caña corta.

Pocas veces lo he visto a caballo, y sí las más en sulky, predilección debida sin duda a su respetable peso, que no debía ser muy agradable para los nobles bestias obligadas a soportarlo sobre el lomo, más que a la dificultad de moverse, ya que era un hombre muy ágil, pese a su gordura.

Hablaba poco; era formal en su conversación y parco en sus ademanes. Su voz, como la de todo hombre acostumbrado a mandar, era enérgica cuando procedía en función del cargo y suave en el trato cordial con sus amigos.

Su conducta como funcionario conformaba a los vecinos, que vieron en él a un comisario honesto.

Todo el mundo lo respetaba porque era correcto y sabía mantener la autoridad necesaria a fin de que la población pudiera vivir tranquila en sus expansiones y segura en sus vidas.

Adquirió una propiedad rural en la colonia sobre la calle General Roca, marcada en el plano correspondiente con los números 84 y 60.

Casado con doña Josefa Quintana, numerosos hojos perpetúan el apellido de quien arraigó hondo en la tierra que supo custodiar con celo ejemplar, para que todos los hogares vivieran seguros en aquellos años difíciles. Sus nombres son: Miguel, Federico, Dominga, Ramón, Adolfo, María, Juan, Eduardo, Luis, Pedro, Julio, Angélica, Matilde y Florentino.

Por el año 1908 fué trasladado a San Antonio, gonzando finalmente de una jubilación justiciera, como premio a su cargo de guardián de la seguridad y tranquilidad de las familias de las zonas donde actuó.

Sus restos están depositados en el cementerio local. En su tumba no han de faltar las flores del recuerdo y con el tiempo el bronce, que los pobladores agradecidos por el cuidado que con celo ejemplar podigó a sus antecesores, dedicarán a su memoria.

OTROS COMISARIOS

De las distintas referencias obtenidas de mi tía Agustina, de mi madre, de Tobías Francou, de José Bourren (hijo), de Francisco Guex, de Pedro Irungaray y de la Jefatura de Colón, deduzco que al poco tiempo después de ser nombrado don Ramón Munilla, nombraron como subcomisario a don Luis Abella, quien por una breve temporada desempeñó un interinato.

Sucedió a don Ramón Munilla don Alejandro Gonzá-

lez, siendo reemplazado éste por don Clemente Paredes.

En 1913 fué nombrado don Salvador Dardán, el que se jubiló en la repartición y vive su ancianidad octagenaria entre el aprecio y respeto de los hijos del pueblo al que se incorporó para siempre en el año 1910. Comisario cordial, cultivó afectos hondos en su larga y delicada función.

Sucedieron a don Salvador Dardán, don Bernabé Ocampo, don Cipriano Oggier, don Angel Conciglio, don Plácido Dantas y finalmente al señor Héctor Penón que actualmente desempeña el cargo, y a quien le cupo la suerte de estrenar el flamante y cómodo local fiscal que fué inaugurado en 1941.

LOS ALCALDES

Eran los representantes de la Justicia en asuntos de menor cuantía, desempeñando además funciones de jefe de Registro Civil y de policía en el tránsito de hacienda. Desempeñaban el cargo ''ad-honorem'' y sólo una que otra propina insignificante, recibían de tarde en tarde, cuando extendían alguna guía para la conducción de una tropa de un pago a otro.

La invasión de animales a los campos, a las chacras, a las quintas y la destrucción de alambrados y sembrados, motivaba la intervención del Alcalde quien oficiaba de componedor amigable de las diferencias que se suscitaban entre los vecinos. Cuando no era posible el avenimiento entre las partes, se investía de la autoridad que el Código le acuerda y oficiaba de Juez, fallando el asunto y obligando a quien salía perdidoso, a pagar los daños correspondientes, previa tasación de los mismos.

Por suerte, todo el vecindario de esa zona tenía buenas costumbres y cuando se promovían cuestiones, eran de menguada importancia.

Era pues el Alcalde una persona honorable, casi diríamos un patriarca, respetado y acatado sin violencia alguna. Además siempre fué desempeñado ese puesto por vecinos de honor, insospechados, de costumbres intachables, lo que constituía una seguridad absoluta de buena fe.

Con la creación del Juzgado de Paz en la Villa, la función le fué reducida, ya que el Registro Civil ahora está a

cargo del Juez de Paz correspondiente.

DON SILVESTRE LEYES

Antes de fundarse Villa Elisa dependían esos campos del Alcalde que residía en Puente Gualeguaychú. Estaba la alcaldía en la época de don Diego Burgos en el campo que fué de don Manuel Lezcano, hoy de don Andrés Roude. Consistía la misma en un rancho ubicado a unos treinta metros de donde se encuentra la casa nueva del dueño actual.

El primer Alcalde de que yo tengo conocimiento por haberlo oído de sus labios y por algunas referencias posteriores, fué don Silvestre Leyes.

Conocí al ''Viejo Leyes'', como se le llamaba comúnmente, en sus últimos años, cuando los azares de la suerte y de los días vividos, lo habían transformado en un criollo manso, humilde, pobre y viejo. Contaría cerca de setenta años cuando mi edad no pasaría de quince y tendría ahora más de cien, si la verdad de todos los siglos no hubiese devuelto su envoltura corpórea al seno de la madre tierra.

Guardaba en su insignificante figura de esos días, algo que he notado en la mayoría de los viejos criollos que conocí: un don de gente que surgía, pese a sus alpargatas roídas, de entre sus ropas sencillas y de su sombrero descolorido, como la reminiscencias de una educación que la pobreza no había podido extinguir y que a manera de flor del espíritu se abría naturalmente para embellecer el huerto de su alma, donde acaso una madre amorosa sembró virtudes a manos llenas en sus horas de infancia.

Solía llegar siempre a mi casa paterna, montado en un caballo pangaré muy lerdo, ensillado con bastos típicamente criollos, a los que cubrían unos cueros cortos de oveja, que apretados bajo el cinchón, dejaban ver hasta mas arriba unos estribos, sujetos a guascas de cuero crudo bien sobado. Una cincha de piola vieja que apretaba la panza abultada de su caballo y de la que se veían hasta las argollas que junta el carreón al apretar el recado, hacían resaltar más aún la escasez de los cueros. Una maleta de lona de dos bolsones, puesta en forma de gurupa en la parte posterior de los bastos y donde ponía las provisiones compradas en los negocios que

visitaba, completaba la modestia incomparable de persona, animal y recado.

Al apearse saludaba cortésmente y al arrimarse al mostrador pedía con voz muy suave, una "cañita", que bebía con fruición. Hacía después su compra de yerba, harina, pan, tortas, galleta y tabaco. Conversaba poco, como escondiendo la vergüenza de haberse venido a menos, él que tuvo campo y majada, orgullo de los criollos de viejo cuño.

Sobran los dedos de la mano, para contar los criollos de antaño que sabían escribir, en los años a que se refieren estas memorias. Saber hacerlo, era un lujo. Significaba la procedencia de un hogar distinguido o haber estado al servicio de gente de buen corazón y de sanas intenciones.

Un día me pidio lápiz, papel de estraza y escribió en él su nombre y otras cosas que escapan a mi memoria, para convencerme con la verdad.

Su letra era fea, dificultosa, pero legible, dejando en la estela tortuosa de su rasgo, la evidencia de una mano temblorosa. Seguramente los años y la poca práctica, hicieron su obra nefasta.

Fué entonces cuando me dijo que había sido Alcalde, cosa que no olvidé y que por suerte me ha servido para que no se perdiera su nombre en la nada.

La muerte de su hijo Sixto ahogado en el arroyo "La Potenciana", al arrojarse temerariamente a caballo para cruzarlo e ir a la estancia "La Flora" en busca de un bote, con el fin de salvar unas ovejas que habían quedado embretadas en la bolsa que forma "El Pantanoso" con "El Gualeguaychú", un día en que éste había salido de madre inundando los campos, fué un rudo golpe en su corazón que no encontró más consuelo en el resto de sus días. Alguna vez el recordarlo entre los vapores de algunas copas, sus ojos se pusieron rojos al restregarlos secándose una lágrima; ¡Pobre mijo!..., decía tristemente; ¡Pobre viejo Leyes!, agrego yo, trayendo el recuerdo de su figura simbólica de paisano pobre y aporreado por la mala suerte, que no todos respetaron porque no conocían su historia y el hondo drama de dolor que vivió su pobreza y su corazón de padre.

Pocos vieron a través de su indumentaria modesta a uno de esos bravos que formó en las huestes inmortales de vencedor de Caseros en 1852.

Aun lo ve mi retina cabalgando hacia el poniente rumbo al sol de la tarde y del olvido, para perderse, en el ocaso, detrás de las cuchillas y montes que le oyeron llorar su pena o reir sus alegrías, y de donde traigo su recuerdo, para que viva en estas páginas junto al alma del niño aquel que al despacharle su mercancía, supo ver y oír entonces, para comprender cuando hombre, que el cielo se gana en la tierra para gozarlo después en la eternidad.

DON DIEGO BURGOS

Figura entre los primeros pobladores, de la parte Oeste de la colonia Villa Elisa.

Alcalde vitalicio desde 1885, hasta hace pocos años y casado con doña Vicenta Amado y Artigas, bisnieta del prócer uruguayo José Artigas, fundador de la independencia de ese país, es un hermoso exponente de familia fecunda, que dió a la tierra argentina diez y seis hijos: Diego, Angela, Victorina, Gerónimo, Vicenta, Aurora, Elvira, María, Gregorio, Julio, Aída, José, Violeta, Jesús y dos mellizos fallecidos.

Aun vive su ancianidad octogenaria, en los campos que lo vieron mozo luciendo sus habilidades de buen criollo. Aficionado a las "cuadreras", fué compositor y corredor en aquellos años de mi niñez, cuando éstas conservaban aún el prestigio de la más arraigada tradición campera, atrayendo al paisanaje de todas las estancias vecinas, a los pobladores de Villa Elisa y sus colonias tributarias, en reuniones inolvidables, por el gentío, por los parejeros, y por el entusiasmo con que se apostaba a los "mentados" o a los "sotretas" que corrían en las canchas de carreras.

Lo recuerdo luciendo una barba negra bien cuidada, en ocasión de cuidar un alazán del comisario Alejandro González, con el que el ganó una carrera a un tobiano de los Quiroga, en la cancha que en tiempos del turco Amalio Félix hubo en la avenida General Mitre, desde la alameda de don Pedro Joannás, hasta frente a la casa de don José Mendiverry.

Hombre honesto, prudente y respetuoso, fué y es respetado y estimado, como una buena persona, entre la gente del lugar.

Su hijo Diego concurrio a "El Faro de la Cuchilla", don-

de al igual que la mayor parte de los hijos de otros criollos, iluminó su cerebro con el abecedario que mi padre sembró a manos llenas en las mentes infantiles.

OTROS ALCALDES

También fué alcalde de Puente Gualeguaychú en época más cercana, don Santos Benítez, criollo ejemplar, descendiente de una vieja familia de hondo arraigo en el lugar, casado con doña Anastasia Mena. Don Augusto Mout actualmente ejerce el cargo.

Ambos fueron alumnos de mi padre.

CREACION DE LA ALCALDIA DE VILLA ELISA

Hasta 1896 no fué creada la alcaldía de Villa Elisa.

Dependía ésta del alcalde de Puente Gualeguaychú, pero para facilitar a los pobladores las actuaciones y evitar los largos viajes, se puso un teniente alcalde cuya función recayó en mi tío Juan José Joannás desde 1891 a 1894. Sucedióle en el mismo cargo hasta 1896, don José Guex, época que se creó la alcaldía.

DON JOSE GUEX

Fué el primer alcalde que tuvo Villa Elisa.

Nació en Valey, Suiza, el año 1846 y falleció en 1921.

Casado con Luisa Dayme, de nacionalidad italiana, dió a esta tierra tres hijos, que se llaman Adela, Luisa y Francisco. Arribó a las playas del Río Uruguay, siendo un niño de once años, entre los primeros colonos con que Urquiza colonizó a San José en octubre de 1857.

Se radicó en la Villa en el año 1892.

Era la patria de Guillermo Tell, el héroe nacional que dió a los suizos, el legado de ser los mejores tiradores de todos los tiempos. De la patria de aquel héroe legendario de la vieja Helvecia que un día obligado por el tirano Gesler, disparó con pulso sereno la flecha que partió en dos la man-

zana que serviá de blanco, puesta sobre la cabeza de su hijo, provocando la admiración del cruel opresor de su país, y otro, oculto entre las rocas, con otra flecha partió en dos el corazón del déspota.

Desde allí vino él, como muchísimos otros colonizadores helvéticos, para incorporarse a nuestro suelo con las cualidades admirables de ese laborioso pueblo, modelo de organización, de trabajo, de paz y de buenas costumbres.

No desmintió su conducta intachable, la bondad del concepto general del mundo para los habitantes de ese diminuto territorio que protegen los Alpes, como si la naturaleza sabedora de lo que es digno de perdurar sobre la tierra, hubiera construído pétrea caja y guardado a manera de alhajas valiosas, las virtudes que hacen dichosos y apreciados a los hijos de esa confederación seis veces centenaria.

No he visto entre los pobladores de la primera época, nada más prolijo y aliñado en su vestir sencillo, como tampoco nada más prudente en el hablar, ni más medido en sus expresiones de parroquiano sociable.

Meticuloso en su oficio, como buen suizo, muchas veces lo vi trabajando en su taller de zapatero, allá en la casa de la cuchilla de vértice norte del pueblo adonde llegaba yo todos los días a llevar el pan. Sentado a la máquina de coser, machacando una suela gruesa a fuerza de martillo sobre una plancha colocada sobre su pierna, cortando con habilidad de artista un cuero, clavando un zapato en compostura o fabricando un par de botas finas, ganaba así, este artesano ejemplar, con el sudor de su frente, el pan nuestro de cada día bendecido por el trabajo que lo hace más sabroso a los ojos del hijo que ve las virtudes naciendo del ejemplo sano; de ese ejemplo que fortalece el alma invitando a seguir el camino de la paciencia, de la abnegación, del esfuerzo, de la honradez y de la esperanza.

Su esposa, compañera infatigable en las tareas del hogar, cuidaba de los quehaceres propios de su condición de mujer, alternando sus obligaciones ineludibles, con el cuidado de las aves del corral y de la huerta, para aportar en esa forma, la ayuda necesaria para a esa vida sencilla, con mesa de abundante pan.

Tales eran algunas de las virtudes del hombre a quien le cupo el honor de ser el primer alcalde de Villa Elisa.

Si al evocar la figura simpática de aquel viejecito de escasa talla, de tez muy blanca, de barba nívea, de vestir modesto, he dejado muchas virtudes olvidadas, sirvan éstas que escribo, de pedestal sólido y eterno para sostener el prestigio moral de quien supo ser trabajador constante, vecino apreciado y alcalde probo, a fin de que los que se sucedan, por los siglos de los siglos en la misión de distribuir justicia entre los hombres de mi pueblo natal, sepan volver al pasado, a esas vidas humildes, sobrias y honradas, en busca de inspiración, cuando sientan flaquear esos tesoros del alma que forman el valor incomparable de los hombres virtuosos.

OTROS ALCALDES

Con datos que me ha suministrado el ex-juez de Paz de Villa Elisa, don Francisco Guex y otros que me son personales, publico una nómina de los distintos alcaldes que sucedieron desde 1891 a 1941.

De 1891 a 1894 Sr. Juan José Joannás, 1er. Teniente Alcalde
De 1894 a 1896 Sr. José Guex, 2º Teniente Alcalde
De 1896 a 1901 Sr. José Guex, primer Alcalde
De 1901 a 1904 Sr. Enrique Rieter
De 1904 a 1909 Sr. José Guex
De 1909 a 1911 Sr. Francisco Guex
De 1911 a 1913 Sr. Luis Lugrin
De 1913 a 1916 Sr. José Guex
De 1916 a 1930 Sr. Emilio E. Francou
De 1930 a 1931 Sr. Héctor Vilche
De 1931 a 1941 Sr. Benito Enrique Orcelllet

LEY DE LA CREACION DEL JUZGADO DE PAZ

La Legislatura de Entre Ríos sancionó el 6 de setiembre de 1912, la ley que creaba el Juzgado de Paz de Villa Elisa.

La ley aprobada dice:

Artículo 1º — Créase un Juzgado de Paz en Villa Elisa, departamento de Colón, con el personal y dotación que le asigna el presupuesto a los de igual clase.

Artículo 2º — Este Juzgado tendrá por límites de su jurisdicción: por el sud arroyo Pantanoso y punta del arroyo Cordobés y ejido del centro rural de San José; al oeste el arroyo Santa Rosa y el límite de Colón con Villaguay hasta las puntas del río Gualeguaychú; por el norte y este al río Gualeguaychú hasta el norte de la colonia El Carmen, el este de la misma, al norte de la colonia Hocker, el este Villa Elisa y de la colonia La Matilde y este de la colonia Mayo hasta el límite del departamento Uruguay.

Artículo 3º — Este juzgado tendrá a su cargo todas las atribuciones que dan a los de su clase la Ley Orgánica de los Tribunales y demás leyes de la Provincia.

Artículo 4º — Comuníquese, etc.

PRIMER JUZGADO DE PAZ

Don Rodolfo de Elía

El primer Juzgado de Paz abrió sus puertas al servicio público el 2 de marzo de 1913.

Le cupo el honor de ser primer Juez de Paz, a don Rodolfo de Elía, hermano del fundador de Villa Elisa.

Actuó don Rodolfo como juez desde 1913 a 1917, siendo secretario don Francisco Guex.

Ocupó el juzgado el edificio que perteneció a la escuela de la Villa hasta 1904.

Vinculado al Fundador por lazos sanguíneos, fué de los primeros pobladores. Hombre alegre y cordial contó con la simpatía general de los viejos pobladores. Durante varios años fué el estafetero que vinculó a Villa Elisa con el mundo civilizado en viajes rudos y peligrosos, con algunos de los cuales compartí la emoción del peligro, frente al Perucho Verna crecido y desbordado del cauce en una anchura de más de cien metros.

OTROS JUECES

Sucedieron a don Rodolfo de Elía los siguientes jueces:
De 1917 a 1925: don Asés Duprat,
Secretario don Francisco Guex.

EL TRABAJO

El trabajo que es función biológica en la célula, interesa a la sociedad como medio de existencia en los seres y como una fuente perenne de la dignificación del hombre.

Es desde este punto de vista, que él ha de reinar en estas páginas a través de las vidas humildes que he conocido en el pueblo de mi nacimiento y que quiero como parte de mi propia existencia.

Aparte de procurarnos los medios para asegurar nuestro sustento, base primaria de la vida, engendra muchas virtudes que hacen poderosos y felices a los pueblos.

Planteado como problema de la Filosofía, debe ser considerado un valor moral, porque genera en el ser humano cualidades muy estimables, tales como la iniciativa, la responsabilidad y la capacidad de acción.

Considerado así, es fuente inmanente de moralidad, en la cual todo ser virtuoso quiere sumergirse, para gozar del aprecio de los demás y no caer en el desprecio de los que le rodean.

La existencia modesta de los seres que evoco y que lo representan en sus manifestaciones más sencillas, como también más indispensables al subsistir, me llevan a buscar en los primeros artesanos de mi pueblo, cualquiera haya sido el oficio en que cada uno desenvolvió su acción, esos valores morales enunciados anteriormente.

Se acrecienta mi admiración hacia ellos, cuando los coloco en el medio y en los años en que actuaron.

Por eso éstan en el libro estas líneas. Es mi homenaje de admiración, tanto más halagüeño a mi espíritu, cuanto más humildes esas existencias.

No hay vida por pequeña que sea su actividad y cualquiera sea el centro de su manifestación, que no llene su papel en el conjunto general de una sociedad. Todas unidas, armonizadas y orientadas por la libertad, la moral, las leyes y las costumbres, constituyen el complejo social que forma los pueblos en constante evolución. Visibles unas por importancia de valorización colectiva y desconocidas otras por función secundaria, todas son piezas necesarias de la maquinaria total de un país, para su funcionamiento integral.

Como en la colmena auténtica, no todas sus abejas pueden ser reinas.

De aquellas vidas perdidas en la distancia de los años y en el modesto marco de su acción, es que quiero traer el recuerdo, porque fueron humildes, útiles, buenas, abnegadas y porque cumplieron mansamente con el divino precepto de: "Ganarás el pan, con el sudor de tu frente".

¡Hombre de manos encallecidas, de músculos fuertes, de cuerpos sanos y de muchos hijos; que vuestras vidas humildes, sean lección imperecedera de moral reinando sobre las cuchillas y laderas que mecen en sus ondas verdosas, el pueblo y la colonia que formasteis al ritmo incesante del trabajo que embellece y hace digna la vida de los seres!.

LOS PRIMEROS ARTESANOS

Con gran comprensión de las necesidades espirituales, culturales y de trabajo, don Héctor, trajo los artesanos, el maestro de primeras letras y el cura, indispensables a la nueva fundación.

Esos artesanos fueron: don Domingo Gamoliel Pioli, don Juan José Joannás, don Pedro Munist, don Juan Erramuspe, don Tomás Irigoyen y don Pedro Sala.

Con don Juan José Joannás, llegó también como oficial carpintero de su taller, don Filiberto Sigot.

Posteriormente llegaron los señores: Alfonso Fellay, Germán Guntren Mauricio Küttel, Isidoro Morchand, José Mendiverry, Enrique B. Orcellet, Francisco Bel, Esteban Serra, Nicolás Sigrán y otros más.

VIDAS HUMILDES

Don Domingo Gamoliel Pioli

PRIMER HERRERO

Se radicó en la Villa el año 1889.

Nació en Berceto, Pcia. de Parma, Italia, el 28 de junio de 1843.

Llegó a Buenos Aires en junio de 1872 y en 1876 se estableció en Caseros, Entre Ríos. Conoció allí a doña Angela Francisca Orato, italiana, de Butigliera, Pcia. de Alejandría, Italia, llegada al país en 1874 y con quien se casó en Concepción del Uruguay, en 1877.

Fueron sus hijos: Juan, Félix A., Patricio, Pablo, Leopoldina, Domingo C., Silvio, María Rosa, Rosa, Luis y Manuel.

De las referencias obtenidas de mi tía Agustina Francou de Joannás y confirmadas por Leopoldina Pioli, resulta que el primer hijo nacio en Villa Elisa, es Luis Pioli.

Contratado por don Héctor, levantó su vivienda familiar y taller, en el medio del solar sito frente a la plaza, en la esquina que formaban la avenida General Bartolomé Mitre y la calle Héctor de Elía, correspondiente a la manzana 33 del plano de fundación. Ese sitio es hoy propiedad del señor Héctor Vilche.

Rodeada su casa de un paraisal numeroso, de un membrillar apretujado, de una quinta muy grande, de parrales, de una larga alameda y de plantas de jardín, el verdor de su marco, nos habla de la labor múltiple de este artesano que alternaba sus tareas rudas, con el fresco de las frondas, el jugo de los racimos, las mieles de los frutales, la belleza de las flores y las delicias del huerto, confundido entre el canto de esas avecillas criollas que en aquellos años sin gorriones poblaron las arboledas rumorosas, viviendo al mismo tiempo la armonía plena de la naturaleza, en su exuberancia vegetal, con los goces inefables del alma capaz de sentirla.

Su vida de trabajo fuerte, vivio en la eclosión de esa naturaleza embellecida, el contrapeso que dulcifica los sentimientos, suaviza las durezas de la lucha y acaricia lo insondable

del espíritu, al cubrir con el goce de lo que crece, produce y canta, el acíbar que deja en la existencia, el cansancio de jornadas que nacen con el lucero de la madrugada y mueren ya entradas las sombras de la noche.

De su contrato firmado con don Héctor de Elía, que publicó el semanario "Jornada", el 7 de abril de 1940, merece destacarse con tinta cargada, la construcción de "cien arados" a que se obligaba don Domingo Pioli, a cambio de dos manzanas de tierra que recibió en pago y que debía alambrar y edificar en tiempo prudencial.

Esos arados simples y fuertes, sin complicaciones costosas, son los que hundieron por primera vez sus rejas recién forjadas y filosas, en la entraña virgen de esos campos feraces, para hacer de la inmensidad de sus bajos y cuchillas un granero inagotable, un jardín de arboledas dispersas y un enjambre de hogares entregados afanosos al trabajo y a la procreación de hijos argentinos.

Fueron esos arados los que despertaron la vida latente que dormitaba su largo sueño bajo verdes sábanas de pastizales, esperando el tajo ancho, profundo y largo, para aflorar incontenible en la exuberancia de los tallos y de las espigas cargadas de granos. Ellos fueron los que al diseñar el pentagrama de las melgas sin fin, cantaron sus églogas primeras, llenando los campos apacibles y silenciosos; con el rumor de una vida nueva y con el susurro de esperanzas nacientes en el alma de los que allí vivieron el amor a su prole, soñando con las arcas doradas de la abundancia.

Cada vez que sus rejas se hundieron en la tierra, de los terrones negros y lustrosos dados vuelta para recibir los besos del sol, la caricia de la lluvia o el grano fecundo, surgió el himno inmortal del trabajo que la humanidad en sus primeros balbuceos de civilización, grabó en el corazón de los pueblos para que en él encontraran la felicidad y grandeza de su existencia.

Bajo ese himno milenario nació, creció y seguirá viviendo Villa Elisa, confiada en la pujanza de los arados y en el bienestar de todo orden que ellos cimentan desde la tierra madre.

Complacidas maquinarias llenan hoy con sus estridencias los campos por donde aquellos arados escribieron con rayas negras sobre planas verdes, sus primeras páginas, arrastrados silenciosamente por bueyes de babas como hilos de pla-

ta, de vacíos chupados, de cueros sudorosos, de cuernos inconmensurables y de paso lento; arados de doble y triple reja, tirados por monstruos de hierro se bañan en la luz de las noches plateadas o de las estrellas rutilantes; pero aquéllos forjados y moldeados a golpe de martillo bajo el hercúleo brazo de don Domingo Pioli, serán recordados eternamente en nuestra colonia, mientras los trigales se balanceen al empuje de los pamperos o caricia de las brisas, los lineales florezcan, espiguen los maizales, canten las aves, nazcan los niños, los animales pasten, amen los seres, y el corazón de los hijos de mi pueblo natal sea en sus pechos un ánfora de amor y no un músculo que sólo sirve para impulsar la sangre que conduce la vida animal.

Aparte de su profesión de herrero, don Domingo se dedicó al cultivo de la tierra, en las concesiones que fueron de su propiedad, hoy atravesadas por la diagonal que une la avenida General Urquiza, con la estación del ferrocarril.

Vecino cordial, fué solidario con el progreso de la villa.

Colaborador de la escuela, formó parte de una comisión escolar de padres de alumnos de la misma.

Son innumerables los trabajos que hizo en ella y los materiales donados a la misma, sin cobrar un centavo. Tales asertos lo comprueban recibos firmados por don Enrique Bourren en su carácter de presidente de la Comisión y por mi padre, como director.

La iglesia lo contó entre sus más fervientes creyentes y entusiastas propulsores. Con sus hijos trabajó "ad-honorem", en la descarga de materiales para su construcción, aportando además su acción desinteresada en otros quehaceres de la misma.

Fué el "pregón" obligado, en aquellos domingos de la primera época: encaramado a un cajón cerca de la puerta principal de la iglesia, leía al público que lo rodeaba, las noticias más importantes del mundo y las de orden local referentes a misas, pérdidas o encuentro de animales, con las marcas y señales correspondientes.

En el año 1903 se radicó en Urdinarrain con su familia, donde falleció el 18 de junio de 1911.

Su esposa, murió el 7 de agosto de 1938.

Ambos están sepultados en el cementerio de Urdinarrain.

Tal fué la vida humilde de mi biografiado.

Hombre de trabajo, de saludable actuación en la alborada que alumbró el pueblo de mi nacimiento, he guardado para él, por lo que como valor moral representa en una sociedad, un aprecio inestimable que dejo impreso en estas líneas, con la emoción de un recuerdo que deseo perdure más allá de mis días.

De las escenas grabadas hondo en mi alma de niño, y que los años no han borrado totalmente, vive su fantasmagórica silueta, la talla gigantesca de un hombre de espaldas encorvadas, brazos robustos, manos callosas, cara tiznada y frente sudorosa. Esa silueta desdibujada un tanto por el tiempo y ataviada de un grueso delantal de cuero marrón, con flecos que casi llegan hasta el suelo, se mueve incesantemente, ora tirando de una gruesa cadena que balancea un enorme fuelle que al soplar con fuerza de tromba aviva el fuego de una fragua, levantando chispas que crepitan altisonantes como cohetes; ora colocando en ella un hierro que ha de salir al rojo blanco ardiendo como si fuera un leño; ora rociando con agua que saca desde una tina colocada a sus pies, la hoguera donde una barra metálica hurguetea su inquietud atizando brazas vivificadas por el oxígeno.

En el claroscuro del escenario donde este nuevo Vulcano enciende su forja, mi imaginación vive el cuadro dantesco hecho a pinceladas de llamas, chispas, reflejos, sombras, corridas y golpes sonoros sobre el yunque, que le dieron colorido a la vida, grabándolo en mi alma a fuego, martillo y emoción de niño. Ya es una barra, una reja de arado, un elástico de sulky, un buje de carro, un eje de carreta, ardiendo como un leño y atenaceado fuertemente sobre el yunque por esas manos callosas y fuertes, el que danza como entonces, bajo los golpes certeros y potentes del martillo o de un pesado marrón. Acompaña aún a la reminiscencia de muchas escenas confusas vistas en su taller, el compás altisonante de su respiración fatigosa, mezclado al eco de los golpes que en sucesión ininterrumpida y rápida descarga sobre sus presas candentes, para moldearlas vencidas a su antojo.

Así, como en el cuadro dantesco de mi evocación, lo vieron las mañanas de todas las estaciones disputándole con sus fulgores de fragua, el anuncio del día al lucero de la madrugada y con la sonoridad del yunque el canto matinal al gallo, a las tacuaras, a las golondrinas y a las tijeretas tempraneras.

Fué don Domingo, el Vulcano de mi terruño amado. No forjó espadas, ni escudos, ni grebas, ni yelmos de áureas cimeras, como el Dios mitológico de la antigüedad, para que Aquiles de Peleo luciera en la armadura inmortal que nos cantara Homero hace más de tres mil años, pero como aquel cojo artífice, él también vivirá inmortalizado en las rejas de los arados que escribieron sus canciones de amor y de esperanzas en la colonia que hoy vive en la paz de Dios y en la abundancia de los frutos, su vida plena de armonías y goces bajo el mismo himno de trabajo con que nació a la existencia en mil ochocientos noventa.

¡Hombre de vida sencilla, de fecunda prole, de trabajo rudo, de corazón cristiano y de alma generosa, viven en estas páginas que a tu memoria dejo, las emociones de quien te trae de nuevo a su aldea inolvidable, para que las generaciones venideras del pueblo que se despertó a la acción con las vibraciones de tu yunque y del que fuiste el primer mojón, no olviden que en la lucha también ganan el recuerdo, los que pasaron por la tierra dignificándose en el trabajo de los humildes!.

DON JUAN JOSE JOANNAS

PRIMER CARPINTERO

Casi al mismo tiempo que don Domingo Pioli, mi tío Juan José Joannás, instaló su taller de carpintería en la avenida General Bartolomé Mitre.

Separados por la ancha arteria, los dos primeros artesanos y pobladores de la Villa, se complementaron en los trabajos de sus oficios respectivos.

Nacido en Piamonte, Italia, el 10 de abril de 1864, vino a estas tierras americanas, radicándose en la colonia "Nueva al Norte" de Villa San José. Allí contrajo matrimonio con mi tía Agustina Francou, también piamontesa nacida en Bardonecchia y domiciliada con sus padres en la misma colonia.

De su matrimonio nacieron Inés, Rosa, Manuel Absalón y Judith. Manuel Absalón fué el segundo hijo nativo, en el pueblo de Villa Elisa.

Planeada la Villa y su colonia, don Héctor de Elía lo habló para que se radicara en su nueva fundación, dándole

en propiedad la cuadra de tierra sita frente a la plaza y que lleva el número 27 del plano de fundación.

En febrero de 1889, según referencia de mi tía Agustina, su casa familiar y taller desafiaban los pamperos y soles, desde el solar que hoy pertenece a don Pedro Schoeder, frente a la avenida General Bmé. Mitre.

Vendió tiempo después esta primera casa, construyendo previamente otra, que hoy es propiedad de don José Deymonaz, y donde trasladó a su familia conjuntamente con el taller

Es la segunda de "mis vidas humildes", glorificadas por la santa acción del trabajo, que mueve mi pluma para estampar con cariño y admiración, su recuerdo en estas páginas.

Fué en su taller de carpintero, el San José bíblico que nos inmortalizara el "Libro de los Libros" en la sagrada familia. .

Si es verdad que el oficio imprime a quien lo realiza su sello característico y que a veces no es necesario conocerlo para saber cuál es el de una persona desconocida, confirmaría tal aserto, la calma y suavidad que imprimieron el metro, la garlopa, la escuadra, la sierra, la maza y el formón, etc., en los gestos, movimientos y modales de mi venerable artesano.

De sus años otoñales, época en que lo recuerdo con fidelidad, veo a través de la imagen que perdura con más nitidez en mi retina, una hermosa planta de hombre en la que se destaca, como rasgo llamativo, su poblada y renegrida barba, complementada por un exuberante bigote, grande como ala de tordo extendida, legítimo orgullo en aquellos días de "varones de pelo en pecho".

Su voz era suave, tranquila y reposada, mientras que su cara se acercaba más a la sonrisa que atrae, que a la adustez que aleja.

Hombre cordial, respetuoso y estimado, compartió las horas de alegrías y tertulias, en tardes y noches de bochas, de trucos, de cantos y de murras, entre los parroquianos que alternaban sus vidas de trabajo diario, con los domingos y festividades más importantes.

Como a la casi totalidad de los pobladores de la primera época en que todo había que hacerlo, la acción en bien de la colectividad lo encontró en los primeros puestos cola-

borando entusiasta y decididamente. Así lo sabemos siendo el primer presidente de la Comisión Escolar y entregado afanoso en dotar a la escuela pública, de puertas, ventanas, bancos, pizarrones, mesas, sillas y cuantos adminículos puedan ser útiles a la acción de ella.

También en la iglesia, hizo gran parte de la carpintería.

Actuó como primer Teniente Alcalde de la villa, desde 1891 a 1894, época en que la alcadía con jurisdicción por aquellos campos, tenía su sede en Puente Gualeguaychú y donde don Diego Burgos era alcalde desde 1885.

Las primeras viviendas de Villa Elisa y de la colonia, aseguraron la tranquilidad de sus moradores contra los pamperos y otros peligros externos, con las puertas y ventanas construídas y colocadas por él.

Los primeros "carros colonos", vehículos de trabajo en las chacras, de acarreo de los productos del país y de paseo en los días de fiestas patrióticas o religiosas, salieron incontables de sus manos encallecidas, de sus brazos nervudos, de su actividad incansable, en aquellos días sin tregua que con Filberto Sigot, se multiplicaba afanoso para conformar a los que lo asediaban con sus pedidos urgentes.

De su taller de carpintero salieron flamantes los "carros colonos"; esos mismos carros que en su trepidar rumoroso semejante a truenos lejanos rodando por el espacio infinito, llenaron la campaña de sus andanzas, con la inquietud de esa vida nueva que brotaba en todas las direcciones del núcleo celular de la colonia.

Sus ruedas enllantadas al rodar sobre el trillo de los senderos que viboreaban retorcidos como serpientes por entre los matorrales, para perderse atrás de las lomas y descender a los bajos donde empezar de nuevo su belleza fugaz, cual las esperanzas que nacen y mueren eternamente sosteniendo la ilusión de la vida, marcaban las huellas suaves o profundas como surcos de reja, en los caminos polvorientos o en el barro, de aquellas tierras más negras e indomables, cuanto más lluvias las regaban para vestir los campos de esmeralda.

Hoy el roncar de los motores que devoran las distancias vertiginosamente, ha relegado al olvido aquellas horas de su reinado en que tardo pero seguro rodaba desde la colonia a los puertos distantes, llevando las primeras muestras del esfuerzo, que como toda iniciación marca la etapa sobre la que

se construye la grandeza que amontonan los años; pero los que sabemos de su rodar interminable en los caminos sin fin de aquellos días de vehículos lentos bajo soles abrasadores, de sus sacudones y zarandeos demoledores, bien podemos afirmar, que ellos fueron los que con el arado y el trabajo del colono formaron la piedra angular que permite a los automóviles de líneas aerodinámicos volar sobre las carreteras del presente.

Su rústica humildad cedió en parte su dominio al progreso, pero aun no ha dejado de ser indispensable en los campos de sus éxitos primeros.

Héroe mudo de miles jornadas anónimas, soporta bajo algún paraisal o a la intemperie, las lluvias, los soles y la desconsideración de las aves que duermen entre el follaje que engañosamente parece protegerlo. Cosas e ingratitudes de la existencia aparente que se conforma a las exigencias del progreso con sus ventajas discutibles bajo algunos aspectos, pero que mira hacia adelante en su marcha incontenible.

San José de mi terruño, que con el cantar de tu "sinfin" pusiste el acento metálico y zumbón en la que quietud de su primera hora; que hiciste el banco escolar sobre el que hace mucho ya, garabateé la primera plana; el pizarrón donde dibujé el primer guarismo; la mesa y la silla desde donde el maestro alumbraba el alma de la colonia entera; que tantas otras cosas buenas hiciste en aquellas horas iniciales de mi pueblo querido. Ingrato fuera, sino estampara en este libro hecho de amor, tu recuerdo, confundido con el nombre del Santo que es una veneración santificada por los siglos.

¡Santificado sea también el tuyo por el trabajo que purifica a las almas haciéndolas buenas!...

DON FILBERTO SIGOT

Fué de los primeros pobladores de la aldea, habiendo llegado a ella como oficial carpintero de mi tío Juan José Joannás, en el año 1889.

Cuando éste se radicó en Buenos Aires en 1896, don Filberto continuó su manso oficio, en la carpintería instalada por su patrón.

Casado con doña Rosa Joannás, hermana de tío José,

vivió la alegría incomparable de los hogares humildes, en cinco hijos cuyos nombres de Adelina, Pedro, Roberto, Rosalía y Celina, aun vibran envueltos en el eco de los recuerdos infantiles, al evocar los años iniciales de la aldea.

Vecino calle de por medio, a mi casa paterna, los mismos árboles y patios nos cobijaron alternativamente en múltiples entretenimientos propios de la edad.

Al fijar los recuerdos, veo transparentada en la sutil imagen que guarda mi memoria, la silueta alargada y fina de un hombre de caminar lento y de tranquila apariencia, que inspira bondad, cual si fuera perfume de ambiente entre frondas y flores.

Busco hace tiempo algún rasgo esencial para destacarlo como atributo dominante de esta vida humilde, pero hay tantas cualidades singulares agrupadas en ella, que al aparecer una pretendiendo enseñorearse, no tarda en ser desalojada por otras que nacen sucesivamente al descorrer el velo tenue que cubre cerca de cuarenta años de existencia.

Trabajador incansable, lento y sereno, el oficio la imprimió su sello inconfundible, haciéndolo manso, prudente y apacible.

Las mañanas de la aldea lo encontraron siempre trabajando afanoso, arrullado por las aves canoras que brindan al amanecer las armonías de sus gorjeos, como himnos alegres sobre la tierra que despierta al pintar el sol de oro los tules que cuelgan del cielo sus incomparables vestiduras y las tardes escarlatas de los crepúsculos de incendios, los pintaron de rojo con su luz mortecina, obligándolo al descanso para la jornada siguiente.

Miles de veces llegué hasta su taller en busca de un serrucho, un taladro, una tenaza y otras tantas respondió a mi pedido con la misma serena apariencia, con la misma inagotable bondad que fluía de su persona toda, el verbo cambiado, con su acento de pueblo: ''agarralo'' o ''tomá'', si podía dejar de hacer lo que estaba haciendo.

Jamás una negativa, un gesto de fastidio, un ''devolvémelo pronto''; pero sí, siempre en sus labios una sonrisa serena, como debió ser el fondo de su corazón.

En verdad, no hubo en esta vida sencilla, contraste entre la apariencia de su físico y su ser moral, como suele acontecer en muchísima gente. Fué una perfecta armonía de apa-

riencia y realidad que generó un hombre bueno.

Transparente lo hacía su excesiva delgadez, como transparente debió ser el manantial de su alma de donde fluía permanente bondad ingénita.

Padre ejemplar de su vida hogareña, es un digno ejemplo de trabajo que dignifica la vida, al conseguir con él, el sustento necesario a los hijos que crecen en la abundancia de los alimentos materiales y bajo los principios morales-religiosos que forman hombres sanos de alma.

Como parroquiano, siempre tomó parte en las reuniones dominicales o festivas, cuyo centro de atracción de todos los pobladores, lo constituyó mi casa paterna.

Cordial, respetuoso y tranquilo, tuvo la serena quietud de las aguas mansas. Estas cualidades lo acercaron al calor afectuoso de aquellas tardes y noches inolvidables que vivió la colonia en sus horas de expansiones más alegres, concretadas en las canchas de bochas, en los mostradores, en las mesas de truco, muy y murras interminables, lo mismo que en las ruedas cordiales de aquellos coros que fueron un transplante de la patria añorada y que durante cerca de cuarenta años llenaron con sus armonías, la grandeza de las noches del campo.

Hombre manso, de sonrisa con mucho de bueno, con algo de triste en los ojos; que siempre abracé jubiloso al retornar al calor hogareño después de la ausencia de todos los años ¡Vive el tiempo inmortal de mis vidas humildes!...

DON PEDRO SALA

PRIMER ALBAÑIL

Nació en Milán, capital de Lobardía, en Italia.

En 1890 fué traído por don Héctor de Elía, como albañil para la reciente fundación.

Casado con doña María Luque, argentina, de Concepción del Uruguay, nacieron de ese matrimonio seis hijos llamados: Trinidad, Rafaela, Cecilia, Pedro, Carlos y Celestino.

Fué el hombre hormiga, bajo cuya cuchara y dirección se levantaron la mayor parte de las viviendas de la villa.

''El Faro de la Cuchilla'', la iglesia ''Nuestra Señora de la Natividad'' y las casas más antiguas de la población

que aun soportan en sus cimientos el peso de medio siglo de existencia, testimonian su paso por la aldea en los momentos iniciales de su crecimiento.

No levantó palacios de líneas arquitectónicas como esos que las civilizaciones del pasado nos muestran, para maravillarnos del grado de adelanto y riqueza a que habían llegado algunos pueblos.

Hizo más: levantó hogares humildes que a falta de columnas imponentes, pisos recamados de oro y estatuas marmóreas, se llenaron de hijos numerosos como fruto de un racimo, adornándose con el brillo interior que dan al corazón las virtudes morales que los hogares cristianos imprimen a sus componentes.

No hubo en ellos frío de mármoles y metales preciosos, sino calor hogareño renovado muchos años en la eclosión de vidas nuevas que llegaban entre la ansiedad de los padres y la alegría del enjambre bullicioso que en los patios de tierra, bajo la sombra de los árboles, parrales y enredaderas olorosas, donde los jilgueros y picaflores escondían sus nidos, trazaba la raya, la troya, o cavaba el hoyo, para jugar en ellos sus inquietudes inocentes.

Siete, diez, doce o más hijos, fueron otras tantas promesas y esperanzas en esos hogares prolíficos, donde siempre hubo techo para los que llegaban a renovar ilusiones paternales y un pedazo de pan suficientemente grande para compartirlo en fraternal unidad.

Sus paredes de ladrillos unidos con flaca argamasa de barro y arena, sin revoque exterior y pisos de los mismos elementos, cobijaron en su humildad inicial, cual tibio nido a sus polluelos, las tiernas existencias de los que con sus voces de cristal le dieron rumor de vida y felicidad inolvidable a sus ámbitos y contornos inundados de sol, enredaderas, jardines, árboles y aves. En la belleza incomparable de sus exteriores que Natura prodiga generosamente en el cortinado de sus follajes verdes, en la gama infinita de los colores dispersos y en el canto de las aves, vivió esa niñez, la triple armonía del color, el canto y el amor que formaron los sentimientos de su alma.

De su solidez hablan elocuentemente las paredes erguidas después de ciento de luchas con los pamperos enfurecidos. Aun sin revoque casi todos ellos, éstas han perdido el

color de sus primeros días, por la acción de las lluvias y de los soles, pero no la vertical que con "ojo maestro" les fijó este arquitecto primario.

Algunos huecos donde otrora anidaron los chingolos y las tacuaras y las pesadas cornisas donde construyeron su casa de barro y amor los bulliciosos horneros, en aquellos días sin postes de telégrafo, teléfono y alumbrado, están como entonces. Adueñados de ellos los gorriones, alejaron con sus gritos de guerra a aquellas avecitas mansas que pusieron la alegría de sus trinos y el encanto de sus nidos, al poema inexpresable de esa vida de paz, de amor y de trabajo palpitante bajo sus techos de zinc y de tejuelas.

Octogenario ya, muchas veces volviendo con la imaginación a los días en que era un hombre joven, fuerte y ágil, solía referirme con su voz pausada y cargada de añoranzas, com fué construyendo cada una de las casas que le dieron importancia a la aldea.

Había en sus narraciones algo así como un hálito de satisfacción íntima, al contemplar desde el ocaso de su tranquilo anochecer, los hogares que sobrevivirían más allá de su paso por ese pueblo de adopción, que desde su andamiaje simple vió nacer, como a tantas auroras sonrosadas sobre las cuchillas del levante y crecer lentamente en pos de la huella que él trazó como avanzada audaz por donde seguirán sin perder el rumbo, los que años después se incorporaron a la nueva fundación.

Acariciando su larga y blanca barba; medio cerrando los ojos como para buscar en el fondo de su alma los recuerdos dormidos y volcando en la hueca resonancia de su voz la vibración que el pasado carga con sus mejores ecos, el buen anciano, lentamente hojeaba en ese libro lleno de ensueños, luchas y esperanzas que cada corazón graba en la vida, su poema humilde, escrito en las paredes todos los días, durante cincuenta años de trabajo.

¡Hogares de mi pueblo querido que yo conocí en mis andanzas de muchachito cordial, buscando al compañero para jugar en vuestros patios de tierra la inocencia de aquella infancia inolvidable; de prole numerosas, madres abnegadas y padres buenos; abundantes de sol, de jardines floridos, de pájaros mansos, de nidos en vuestras cornisas y frondas, de enredaderas tupidas, de árboles y animales amigos; de vida

rumorosa, mesa abundante y costumbres sencillas; de dicha y paz, de fe y sacrificios! ¡Podrá la piqueta del tiempo demoler las paredes que sobre cimientos simples levantó la mano firme de un hombre de trabajo; pero aquella conjunción de amor, cantos y flores que embelleció la modestia con que se vistió vuestra humildad primaria, flotará eternamente en el nombre de don Pedro Sala y en ciento de hijos que vivieron su felicidad más dulce bajo los besos maternos y afectos fraternales, de cuyo sabor incomparable recién saben las almas cuando retornan en el tiempo, a los días que sólo son una canción triste en los recuerdos!

LOS POCEROS

El agua que usaban los primeros pobladores de la villa, la sacaban de una cañada de poca importancia que, pasando por las concesiones que fueron de don Juan Erramuspe, primero y después de don Pedro Joannás, se agrandaba en una serie de lagunas que desembocaban en el arroyo "El Pantanoso", a través del tajamar conocido en la tiponimia del lugar, con el nombre de "Tajamar de Franco".

Todavia existen los vestigios de esa cañada en los potreros, por donde corría su mansedumbre los días de lluvias abundantes.

La alcantarilla construída camino del Camposanto, hizo desaparecer los pantanos infranqueables que por los años mil novecientos dos al diez, hacían desviar por muchos días y meses aún, el tránsito en esa dirección, por las calles que nacen en los vértices sud y oeste del poblado.

Pasando la "Laguna de la Calle", dentro ya del potrero "Del Porvenir" y antes de llegar a las vías del ferrocarril, existían cuatro lagunitas de forma más o menos redondeada. Las dos primeras, siguiendo la correntada de las aguas, eran llamadas por los muchachos de la época aquella, con los nombres de "Jacinta" y "Berta".

La causa de tales nombres se debe a que dos muchachitas, hijas de unos pobladores, solían lavar la ropa en la quietud de sus aguas mansas.

Esas muchachitas de entonces, hoy distinguida educadora una de ellas, seguramente que nunca habrán sabido de

este homenaje inocente que perpetuó sus nombres tantos años por esos lugares de donde se alejaron para siempre.

Fué en su simpleza un homenaje de la inocencia que vivió en dos palabras, escenas propias de las necesidades de un momento en el destino de un pueblo.

Los primeros poceros que llegaron a la villa, según referencias de mi tía Agustina Francou de Joannás, fueron unos paisanos de las señora de don Héctor. Después lo hicieron un Cettour, de Villa San José, don Juan Goubelet y don Esteban Raviol.

Poco a poco fueron cavando anchos y profundos pozos de donde extraían a roldana, el agua cristalina y potable que fluía de las napas subterráneas de ese previlegiado suelo. El primero que se cavó en la villa fué el de la casa Beristain, hecho por Juan Pioli.

Como el costo de un pozo era mucho en aquella época de iniciación económica, algunos vecinos con el fin de que resultara menos gravoso, se pusieron de acuerdo para hacerlo cavar en el linde de sus terrenos pagando cada uno la mitad. Recuerdo que el de mi casa paterna, el de mi tío Juan José Joannás y el de don Mauricio Küttel, fueron hechos en esa solidaridad de convivencia mutua.

Al poco tiempo de la fundación, muy pocos eran los pobladores que no tenían el pozo de agua indispensable para sí y para darla gratuitamente a los que la necesitaban. Era frecuente ver entonces como llevaban el útil elemento en grandes baldes o en barriles aguateros.

En el pozo del molino harinero hecho en época de don Carlos Bournissén, aprendí en mis travesuras de muchacho, cuando escondido bajaba a su interior por medio de unos travesaños de madera que formaban escalera hasta el agua distante a más de veinticinco metros de profundidad de su boca, que las estrellas "No se van del cielo durante el día"; y en el de la casa donde vivió don Julio Bourren, cuando posteriormente ésta fué habitada por don José Gay y familia, ví por primera vez las famosas norias del tipo de las introducidas al país por don Bernardino Rivadavia.

La extracción del agua se hacía en baldes que, atados en el extremo de una soga o cadena, subían al ser recogidas éstas, a mano, con un torno o a la cincha de algún caballo. La soga o cadena se deslizaba por la garganta de una rolda-

na que al girar sobre su eje producía un chirrido parecido al que hacen las ruedas de un carro, cuando están faltas de lubricante.

Era ese sistema de extracción del agua, pesado, lento y peligroso.

El progreso va desterrando este sistema rudimentario, y hoy son contadas las casas que no poseen bombas, molinos de viento o motores de explosión, agregados a los viejos pozos o a los semisurgentes perforados con toda comodidad y sin peligro alguno.

Cavar un pozo en aquellos años era una empresa de mucho riesgo. He oído referir cosas espeluznantes a viejos pobladores, de poceros que quedaron sepultados para siempre en profundidades oscuras y de otros que salvaron milagrosamente sus vidas en desmoronamientos impresionantes.

LOS JAGÜELES

Estos pozos así llamados, eran casi siempre cavados cerca de alguna cañada o de un bajo, con el fin de encontrar la vertiente a poca profundidad y destinados a proveer de aguas a las haciendas.

Cada uno de ellos tenía un escaso brocal que lo destacaba en el potrero y estaba coronado por un arco casi rectangular hecho generalmente con troncos de ñandubay.

Del travesaño levantado a menos de dos metros de su boca ancha, pendían una roldana y dos alambres paralelos. Separados éstos por una distancia de cincuenta centímetros más o menos, sus extremidades opuestas sumergidas en el agua estaban sujetas en el fondo, manteniéndose tensos, a fin de que el balde se deslizara fácilmente por entre ellos.

Un enorme balde de más de veinte litros de capacidad, presentaba como características extrañas: dos asas laterales, una especie de semi-pico ancho y acanalado puesto en el borde superior y unos pedazos de hierros atados en un costado junto a uno de los extremos de la manija, con el objeto de que se tumbaran al tocar con la base la superficie del agua.

Atado a la cincha de un petiso mediante una soga, subía o bajaba por las asas que aprisionaban entre sus aros a los tensos alambres en posición vertical.

Un dispositivo ingenioso lo hacía tumbar al llegar a la boca del pozo, volcando al mismo tiempo su cristalina carga, sobre un plano inclinado de madera con aletas en los costados, que la conducía al bebedero de los animales.

Esos pozos tenían una profundidad de cuatro a seis metros.

En determinada época del año quedaban sus bocas casi totalmente tapadas por los helechos culantrillos, que en exhuberante verdor de hojas extendidas, apenas dejaban el agujero indispensable para que por él pasara el balde.

Recuerdo que muchas veces me deslicé por los alambres sin reparar en peligro alguno, para arrancar esas matas tan subyugantes y tan codiciadas por quienes saben apreciar su belleza ornamental.

De esos pozos tan útiles en aquellos tiempos, como innecesarios en el presente, ante las ventajas de los molinos de viento y motores de explosión, viven en mis recuerdos dos, que hace rato, abandonados en los potreros de sus lejanos reinados, parecen taperas olvidadas, donde ya ni los horneros paran sobre sus horcones de ñandubay a construir sus nidos de barro, batiendo alas frente a la naturaleza grandiosa, ni a cantar como antaño sus aleluyas de amor, al romper en mil pedazos los cristales de sus gargantas y picos, para inundar de alegría, el bullicio de las mañanas que despiertan la vida, y de inquietud, el silencio solemne de los atardeceres del campo que llenan de tristeza a las almas al caer la oración sobre la tierra.

Esos pozos son: el que está en el potrero que fué sucesivamente de don Pedro Munist y de don Manuel Beristain y el de la casa paterna de la señorita María M. Pent, en la colonia Nueva al Norte, de Villa San José.

DON ESTEBAN RAVIOL

Viejo vecino radicado en el año 1900 en el linde sud de la colonia Elisa, con el departamento Uruguay -a cuya jurisdicción pertenece-, su vida y acción están ligadas especialmente al pueblo fundado por don Héctor y que forma el núcleo vecinal de la enorme extensión colonizada.

Mi memoria de años infantiles y de mocetón, lo encuen-

tra presente en todos los acontecimientos más destacados de la vida colonial. Ya es en "El Faro de la Cuchilla", en la iglesia los días domingos o de festividades religiosas, en la fiestas cívicas, en las canchas de bochas o de carreras, en "La Casa de Todos", en las pulperías, en la inauguración del hospital, etc., donde comparte con otros vecinos su tranquila camaradería de hombre bueno, cordial y respetuoso.

Medido en sus gestos, sereno al hablar, suave de voz y prudente en el brebaje obligado, es de esos hombres a quienes todos el mundo aprecia porque irradian sin esfuerzo de su parte, simpatía plena.

Es uno de esos colonos que recuerdo nítidamente, tal cual era cuando hombre joven y al que he visto envejecer conservando en mi retina casi toda esa transformación física del ser, que abarca desde los treinta años al invierno de la existencia.

Alternó el cultivo de la tierra con el oficio de pocero a pala y pico. Gran cantidad de pozos de esa zona fueron hechos por este minero infatigable, constante buscador del precioso elemento.

Aun absorto lo veo en mi recuerdo, abrir a pico y pala la boca del pozo que hizo en el de don Alfonso Fellay, y siguiendo la huella de aquellos surcos abiertos entonces bajo las impresiones fuertes en la sutil materia donde perduran las imágenes, lo miro bajar con agilidad de mono a la tenebrosa cámara. Varios días después, su voz llega como de ultratumba desde una profundidad de más de veinte metros, anunciado el hallazgo de la napa apetecible.

Siempre lo ví, contento en su faena, pese a que él sabia que en cualquier momento inesperado podía quedar para siempre en el fondo del pozo junto a sus herramientas de pan y de trabajo, aplastado por un desmoronamiento de tierra.

¡Colono laborioso, vecino cordial, artesano valiente, tú también como los seres que evoco en mis vidas humildes, has ganado el honor de embellecer con tu imagen estas páginas de "El Faro de la Cuchilla", para que los que lean en él beban en las virtudes que fueron adorno de tu persona modesta, la transparencia cristalina de aquellas aguas que en contraste con esfuerzo y sudor, en las entrañas hondas de mi tierra inolvidable!

DON FRANCISCO BONDAZ

Fué de los primeros colonos radicados en Villa Elisa.

Vecino de otros pobladores que desde 1890 habían levantado sus viviendas por el límite norte del pueblo, tales como don Juan Pin, don Francisco Schanseaud, Juan Goubelet, don Santiago Bren, don Silvano Gastal, don Juan Schauffily, don José Schamillar, Udrizar, Deruder, Dessimaux y otros, formó parte de ese núcleo de suizo-franceses que por afinidad de idioma, amistad y costumbres se agrupó en ese sector de la fundación.

Casado con doña Julia Buffet, los descendientes dejados a su tierra de adopción son: Alfonso, Augusto, Francisco, María, Filomena, Alfonsina, Juan y Francisco.

Alto como un álamo, su esbelta y delgada figura trasuntaba un hombre de armazón esquelética enorme y de una fuerza extraordinaria. De anchos omoplatos, largos brazos y piernas, sólo faltó a su talla de gigante el tejido adiposo que aumenta el volumen haciendo más monumental el tamaño de un hombre grande. Algunos de sus hijos han heredado estos atributos físicos y aun superado la gigantesca armazón paterna.

Saboyardo de nacimiento, tenía todas las cualidades ingénitas de los buenos inmigrantes que no llegaron de la región de los lagos incomparablemente bellos que guardan los Alpes.

Agricultor como casi todos los que llegaron a esta colonia recién fundada, alternó su actividad principal, con otros quehaceres sobre los cuales tenía conocimientos prácticos indiscutibles.

Lo mismo arreglaba relojes, máquinas de coser, armas de fuego, trilladoras, etc., que conducía un motor y a peonadas numerosas, en campañas de trillas penosas y largas. Para sus conocimientos empíricos no hubo secretos indescifrable.

Parroquiano infaltable a "La Casa de Todos", su presencia se destacaba en las canchas de bochas, en las mesas de truco y mus, en los bailes de la primera época en las fiestas cívicas, suiza y del XX de setiembre, que en aquellos años, especialmente esta última, tenían un lucimiento y entusias-

mo tal, que no habrán olvidado los que las vieron en sus esplendores.

Era hombre obligado a levantar el ánimo de la gente al máximo, con el estampido de los morteros que cargaba como nadie era capaz de hacerlo, ni de igualarlo. Los morteros cargados por don Francisco, según el decir de muchos entendidos, producían un estampido tres veces más fuerte.'

En mis recuerdos de "guri", lo veo: agachado frente a cuatro de esos tonantes morteritos que había en mi casa paterna, poniéndoles la carga de explosivo, papel y ladrillo; ora golpeando con un pesado martillo que empuña su diestra, sobre un trozo de hierro cilíndrico que sostiene su izquierda, adaptado perfectamente a la boca de los mismos; ora colocando la mecha de pólvora, a la que acerca su "pucho de hoja" hecho una brasa, después de una de esas pitadas interminables en que los cachetes se hunden como surco, hasta tocarse en el interior de la boca. Inmutable ante los estruendos formidables que hieren los tímpanos, unos tras otros, los morteros vomitan fuego haciendo retemblar la villa, al tiempo que algunos "alaridos" y gritos de ¡Viva.a.a!..., revelan entre los presentes el entusiasmo que genera la caña, el vino y el patriotismo de la fecha que se rememora.

En cierta oportunidad imborrable a mis ojos de niño, frente a mi casa paterna y ante la emoción de muchos que lo miraban sin pestañar, se sentó sobre una tabla puesta sobre dos morteros, a los que les encendió las mechas simultáneamente.

Un doble estampido confundido en uno, que pareció el fin del mundo y un hombre al suelo cuan largo era, fueron una sola cosa.

La fama de capaz y de valiente hay que cimentarla con hechos. En este caso quedó confirmada con ese golpe formidable, que muchos festejaron ruidosamente.

Como conductor de motores y trilladoras, inició su campaña en la colonia manejando las primeras máquinas de trillar que don Manuel Beristain compró a don Cirilo Bastián, de Villa San José, y cuyos últimos días los pasó en el corralón del molino harinero de Andrés Roude y Hnos., después de estar infinidad de años sin funcionar en la casa donde vivió su viudez honorable doña Lorenza G. de Beristain.

Cincuenta años han pasado desde el día aquel en que

don Francisco se presentó en el negocio de don Manuel Beristain, en la colonia San Francisco, manejando la primera máquina trilladora con motor a tracción mecánica que se vió por esa zona. Allí acudieron la mayor parte de los pobladores vecinos, algunos de los cuales se acercaban con desconfianza a ese monstruo nunca visto, mientras los muchachos "se ahorcaban con la lengua", al disparar para esconderse bajo la cama, cuando sonaba el pito.

Tal es el pasaje largo por los caminos del mundo que vivió por mis pagos este colono útil en el medio social, en el trabajo e indispensable en las alegrías de las fiestas, donde siempre puso la parte más ruidosa de las mismas.

Falleció este artesano múltiple, el 20 de marzo de 1929, a los 78 años de edad. Sus restos descansan en el cementerio local.

DON MAURICIO KÜTTEL

Casado con doña María Putallaz, radicó su hogar en Villa Elisa el año 1892.

Uruguayo de nacimiento, dejó a su patria de adopción siete hijos argentinos, cuyos nombres son: Aquilino, Zenobio, Nelly, Américo, Haydée, María Angélica e Itálico.

Carpintero de oficio, a él también como a mi tío Juan José Joannás, le cupo la parte más pesada de aquellos años primeros de la fundación, en jornadas que nacían y morían con la luz del sol.

Carros y carretas salieron incontables de su taller fabril, para recorrer los campos sin fin de las colonias, con su preciosa carga de hijos y de granos; promesas y esperanzas de aquellos labriegos esforzados.

Puertas y ventanas que sus manos labraron al son de la sierra y al compás de la maza, llevaron la seguridad al sueño de los hogares que necesitaban el reposo tranquilo de la noche, para la faena del día siguiente.

Es también de los que tiene ganado el recuerdo en estas páginas, para más allá de su paso por el pueblo al que se incorporó eternamente con su trabajo.

Su persona más bien delgada y de mediana altura, llevaba impreso al andar el sello característico de lentitud, pa-

ciencia y serenidad, que da el oficio a los artífices de la madera.

Al fijar mi memoria buscando en los recuerdos que el tiempo desdibuja lentamente, lo miro caminar en su taller, en la calle o sentado en cordial entretenimiento con otros parroquianos alrededor de una mesa, en "La Casa de Todos".

En el esfumino extendido sobre la lámina del tiempo y entre cuyas sombras se realza su silueta coloreada por mis recuerdos, destaco en cara masculinizada por una nariz robusta y dulcificada por unos ojos azules, un poblado bigote y una barba que me hacen evocar mieses maduras besadas por el sol. No falta en esa imagen, el delantal azul que embellece a mi artesano agrandando la admiración que hacia él me lleva de la mano, para seguir queriendo lo que de niño miré bien y que el espíritu del hombre modeló en largas meditaciones sobre las vidas humildes de su pueblo nativo.

Inquieta la figura que el hombre de hoy mira a través del muchacho de entonces, se mueve manejando la garlopa, golpeando con la maza sobre la base de un formón que su izquierda dirige con pulso firme haciendo saltar astillas de la madera, marcando con un lápiz chato y de gruesa mina que extrae de la oreja donde lo tiene sujeto, la raya por donde el serrucho debe seguir la línea recta con mano maestra y ojo seguro, armando la rueda de un carro playero, poniendo el motor en marcha, frente a la "sinfín" zumbona o haciendo otros quehaceres que surgen al conjuro de vibraciones insondables, al rozar con tantas escenas vividas, las cuerdas de esa lira de arpegios sublimes que tañe su canción más dulce en lo arcano del alma.

Junto a don José Gay, hizo el altar primero de la iglesia lugareña, frente al cual inclinaron sus cabezas humildemente los que a Dios llegaron a limpiar sus almas de pecados y a pedir protección para sus hogares.

Padre de alumnos de "El Faro de la Cuchilla", actuó como vocal de la segunda Comisión Escolar de vecinos, desde 1898 y aun después de oficializada en 1904.

Es una de las pocas reliquias vivientes de aquel pasado histórico de la formación del pueblo, cuyos primeros pasos canto en estas páginas.

Tuvo la satisfacción de ver en los festejos del primer cincuentenario de la fundación de la villa, cómo los hijos de sus

compañeros de esfuerzos en la obra común, supieron honrar dignamente a los que como él jalonaron con sus hogares humildes levantados sobre la paz de los campos, cual pilares eternos, el camino de los hombres de bien, que no es otro que el del trabajo, el de las virtudes morales y el de la solidaridad humana en su más bello contenido de amor al prójimo.

Lleven estas líneas a la tranquilidad de su vejez venerable, el homenaje de quien revive en estos recuerdos, a los que fueron la encarnación del coraje, del esfuerzo, de la abnegación y de la fecundidad creadora, en el pueblo y las colonias, que sobre las lomas pintorescas de su terruño amado, viven felices al amparo del trabajo, que es su canción de cuna inolvidable.

DON JOSE MENDIVERRY

Vasco de nacimiento y apellido, fué digno representante en la villa, de esa raza incomparable que tanto aprecio ha ganado en nuestro país desde la época que comienza con la fundación de Buenos Aires, el 11 de junio de 1580.

Don Juan de Garay, el que fundo "La Gran Capital del Sud", como la llamó su poeta amado Carlos Guido y Spano, y ciudad luz de la América latina en el presente, era vasco español.

Cientos de apellidos famosos podríamos encontrar, de la misma estirpe montañesca, que vinieron de los valles pirenaicos, sino bastara el que cito para testimoniar el viejo arraigo cargado de admiración y simpatía que nos llega desde esa larga distancia medida por los años.

En Entre Ríos, por fortuna se los encuentra por todas partes, ya entre sus hijos de figuración más destacada en las ciudades, como en el campo, desde donde contribuyen a cimentar la grandeza económica que sostiene el bienestar y progreso de la República.

Nuestro pueblo y colonia cuenta entre sus primeros pobladores, muchos apellidos de esa noble estirpe. Vascos, de nacimiento, unos y de ascendencia otros, fueron don: Emilio y Juan Erramuspe, Pedro Munist, Tomás Irigoyen, Manuel Beristain, José Irastorza, José Mendiverry, Pedro Eyhartz, Rafael Oyarbide, Bernardo Goñi y otros quienes siem-

pre he sentido llamar "El Vasco Bautista" y "El Vasco Sagardía".

Mendiverry, que traducido al castellano significa "monte nuevo", vino desde Caseros a requerimiento de don Carlos Bournissén, al fundar éste, el molino harinero de Villa Elisa en 1895.

Casado con doña María Blanc, de su matrimonio nacieron: Hortensia, Amada, Amanda, Ramón, Eliseo, Miguel, Mercedes Bienvenida, Primitiva y María Araceli.

Inició su labor en el pequeño molino que orgullosamente ostentaba en aquellos años, de cilindros pequeños de porcelana, para desmenuzar el trigo, que quebraban dos piedras, hoy arrumbradas en el sitio del mismo.

Con gran visión del porvenir de la colonia, don Carlos Bournissén fundó un molino harinero, marcando con él una etapa que debe destacarse, porque esa fundación significó un adelanto notable sobre aquellos primitivos molinos de viento, que aun por la colonia de Villa San José muestran sus viejas torres sin aspas, como monumentos recordatorios de un pasado que se esfuma, ante el progreso que todo lo derrumba.

La fuerza propulsora era obtenida mediante un motor de vapor, sin ruedas y fijo en el suelo, al que se calentaba con fuego de leña traída desde los montes vecinos.

Don José era el ecargado de la molienda, a la que consagró su capacidad y empeño durante cerca de cuarenta años, repartidos entre el primitivo molino y sus transformaciones sucesivas.

Cambió de dueño varias veces el molino fundado por don Carlos Bournissén; pero don José fué como un símbolo viviente del mismo, hasta que el peso de los años y una sordera pertinaz, lo obligaron al retiro forzoso de su hogar.

Su persona, de agradable conjunto, mediana altura, paso ágil y enharinada totalmente, cruza en mis recuerdos como un péndulo que marca las horas eternas del amanecer, del almuerzo y de la oración, al pasar todos los días frente a mi hogar paterno, de la casa al trabajo y de éste a aquélla.

Parroquiano de "La Casa de Todos", lo veo inconfundible alrededor de una mesa en reñido partido de mus, juego en que era un maestro consumado.

Vecino tranquilo, respetuoso y formal, fué apreciado por

aquella sociedad de gente de trabajo, honesta y honrada que en aquellos años iniciales tuvo su club de expansiones dominicales y festivas, en los boliches bulliciosos, junto a las mesas de entretenimientos honorables o de pie al lado de los mostradores, en amable camaradería lugareña.

En la confusión de muchos recuerdos, veo su persona cubierta por un manto de polvo blanco, cual si fuera de nieve o armiño.

Confundido entre ejes, poleas, tubos, maquinarias y cuantas cosas es dable imaginar en movimiento incesante a su alrededor, su cuerpo flexible en aquellos años de plenitud vigorosa, se deslizaba ágilmente sobre el peligro de las correas y ruedas, vigilando atentamente el funcionamiento integral de todas las piezas que en medio de un ruido ensordecedor hacían trepitar el piso y mi corazón de muchachito curioso.

-Buen día, don José- gritaba yo con mucha fuerza, para hacerme oír entre tanto ruido confuso y tratando de ganar la voluntad del dueño de ese lugar endiablado y por eso tentador.

-Buen día, contestaba éste, mientras apretaba o distanciaba un cilindro, limpiaba una zaraza de seda, arreglaba una polea o ajustaba una correa floja.

Después de cualquier otra pregunta "entradora", a veces sin contestación por no haber sido oída o porque la preocupación de un arreglo no le permitía desviar la vista, me acercaba a él lentamente, como "tanteando" el terreno.

Ya en confianza ganada con un poco de educación, el molino parecía mío, y entonces era mi deleite cruzar por entre las correas, tocar con las manos una polea siguiendo la dirección de sus movimientos, abrir una puertita para ver como pasaba la harina a través de las zarazas de seda, mirar tras del cristal como se rompían los granos de trigo entre los cilindros y otras cosas más que conformaban en parte mi curiosidad.

-"Cuidado que no te agarre una correa, porque te va arrastrar"; "no pongas los dedos ahí, porque te va a llevar la mano"; "te vas a caer de la escalera y romper la pierna"; "cuidado con el volante"- solia decirme el bueno de don José.

¡Cuántas advertencias bien intencionadas!...

¡Cuánta inquietud en mi humilde molinero, que yo en-

tonces no comprendía!...

¡Cuánta inconciencia ante el peligro hay en los niños!...

Hombre ya, algunas veces fuí a visitarlo al nuevo molino que don Luis Roude con gran espíritu de empresa construyó en reemplazo del primitivo. Allí estaba don José en su puesto de lucha.

Su figura transformada por el tiempo, no tenía la agilidad de los años juveniles, mientras que su sordera había progresado entre el ruido de nuevas maquinarias. Sólo aquel manto de armiño que la cubria, conservaba intacta su blancura inconfundible, disimulado bajo él, las nieves con que la vejez implacable blanquea las cabezas.

En sus últimos años, al llamarme: ¡Horacio! una tarde cuando lo abracé después de ausencia larga, comprendí en el brillo de sus ojos, en la emoción de su voz y en el apretón de mano efusivo, que había en su corazón un viejo afecto para aquel muchachito que vió crecer y jugar junto a sus hijos y que muchas veces, inocente o curioso, llegó a su dominio polvoriento, grabándolo en su alma con el cariño que trasuntan estas líneas dedicadas a él, porque fué de los humildes.

Ya el reloj que anunciaba las horas que no olvidaré hasta la muerte, detuvo su péndola gastada por la marcha de los días, que sumaron años; tampoco está allá quien seguía la aguja infalible del sol, la hora del almuerzo y la caída del crepúsculo sobre los techos y arboledas de la aldea al pintarlo de rojo; pero aquel tic tac hecho de pasos de resonar sobre la vereda del hogar de mis mayores, aun golpea en lo arcano de mi alma su eco cargado de añoranzas, retonándome a la edad que con invisible fuerza me llama siempre a vivir junto a los seres que llevo en el corazón, como un canto de infinitas armonías.

Falleció en 1933, dos años después que su esposa, siendo sepultado en el cementerio local.

¡Vida que vuelas llevando poco a poco de mi pueblo, lo que fué de mi infancia amores y alegrías! Deja al menos que mientras se acerca la noche eterna sobre los que aun quedamos en el valle, mi lira cante y llore su plegaria de amor sobre los que ya no son más que un nombre y un recuerdo!

OTROS ARTESANOS

Poco a poco fueron incorporándose nuevos artesanos al ritmo cada vez más activo de la aldea y sus colonias tributarias.

Algunos de éstos fueron aves de paso, y solo recuerdo de ellos escenas muy imprecisas.

Otros, en cambio, arraigaron hondo en la tierra pródiga, formando familias estables en el pueblo.

Entre los primeros, recuerdo a don Germán Guntren y don Alfonso Fellay; ambos herreros.

Entre los segundos están don Isidoro Marchand, hojalatero y pocero; don Francisco Bel, don Enrique B. Orcellet y don Nicolás Sigrán, los tres herreros; don Esteban Serra y don Daniel Putallaz, carpinteros que se iniciaron en la villa con don Mauricio Küttel.

Con excepción de los dos primeros, a quienes pocos de los habitantes de hoy conocieron, los restantes están en la memoria de todos. Unos hace pocos años que murieron, y otros, como Enrique B. Orcellet y Daniel Putallaz, viven en Villa Elisa aquél y en la colonia El Carmen, éste.

CAPITULO IV

EL FARO DE LA CUCHILLA

MARZO 1892 — 1942

Homenaje a los ex-alumnos

Quién al recorrer con la imaginación el camino dejado atrás por la marcha incesante de los años, no recuerda con verdadero cariño de gratitud, al maestro que guió sus primeros aprendizajes?

¿Quién olvidó aquel libro en el que aprendió las combinaciones al infinito del abecedario, llave mágica que serviría para abrir y penetrar el mundo maravilloso del pensamiento humano hecho ciencia, rezo, canción, cuento, leyenda, ilusiones, amor, materializado en volúmenes, diarios, revistas y cartas?

¿Quién olvidó el consejo sano, hecho hábito en el obrar bien de cada día; la reprensión severa por la falta cometida, o la caricia con que el lejano maestro o maestra, llegó a su corazón en aquellas horas de inocencia?

No creo que haya un sólo hombre normal, que en la edad de la reflexión serena y madura, al evocar sus horas de escuela, no ofrende silenciosamente, desde lo más puro de su corazón, un reconocimiento justiciero a quien inundó su alma de luz, sanos consejos, amor a sus semejantes, espiritu de justicia, tolerancia, convivencia, honradez, honor, patriotismo, respeto y espíritu de trabajo, para hacer de él un ser útil a sí mismo y a la sociedad.

Muchas veces me encontré con ex-alumnos de mi padre, quienes al evocar la vieja escuela y a su maestro, añoraron conmovidos, las horas que pasaron con aquellos compañeros que no olvidaron nunca, recordando emocionados, escenas chicas para el mundo, pero grandes para el corazón que las revive, perfumadas con esa tristeza infinita que traen al alma, las horas que pasaron entre risas, juegos y temores, en días que se aclaran a la distancia y al peso de los años.

¡Viejo maestro de mis primeras letras, que llenaste mi

cerebro de luces, mi corazón de sanos consejos y mi alma de sentimientos nobles, para mis semejantes y para mi patria, yo tu exalumno, traigo mi ofrenda escrita en esta evocación, donde tu imagen de hombre bueno pasa a manera de un sembrador sereno, con la mirada hacia el vasto horizonte, llevando en una mano colosal antorcha, y en la otra, puñados de abecedario que arroja sobre campo inculto, cual semillas fecundas, para que germinen en los espíritus, inundando de auroras luminosas, el amanecer de las conciencias infantiles!

Escuela de paredes blancas, como las almas que cobijabas bajo tu techo protector: fuiste un faro luminoso levantado en la cumbre de una de las incontables cuchillas que ondean los campos entrerrianos, regados por el Gualeguaychú, el Pantanoso y el Perucho Verna, para desde esa altura iluminarlos con tus destellos!

Hoy, al recoger en el nombre de este libro, tu existencia más lejana, siento en lo arcano de mi alma las voces confusas de mis compañeros que me llaman a reír, a correr, a jugar, y ¡a ser ñiño otra vez!

Desde tus cenizas te hago resurgir, cual ave fénix, para que vivas el tiempo inmortal junto a los que te fundaron y a los que palpitaron en tu interior dándole vida, plena.

¡Bendito seas, "Faro de la Cuchilla", en el recuerdo de las generaciones venideras, por siempre jamás!

ESCUELA INFANTIL Nº 9 DEL CUARTEL NORTE DE LA COLONIA SAN JOSE

Cabe en las páginas de este libro dedicado a la memoria de mi padre, el recuerdo de la humilde escuela que arraigó para siempre su vida por aquellas colonias entrerrianas.

Pero antes de empezar a seguir sus primeros pasos, vivan en estas líneas los nombres de don Natalio Pent y de don Francisco Küttel, quienes a falta de escuela, en los años anteriores a su fundación, fueron maestros aficionados, de muchos muchachos de esa zona colonizada.

DON NATALIO PENT

Nacido en Turín, capital de Piamonte, en el reino de Italia, casóse con doña Teresa Cot, piamontesa también, de Pinerolo.

Radicado en la colonia Nueva al Norte, de Villa San José, fué padre de numerosos hijos argentinos que llevan los nombres de: Josefina María, Rosa María, María Magdalena, Cirilo Juan José, Celestina Verónica y Gregorio Basilio.

De su hogar colonial, salieron consagrados educadores que dejaron bien alto el prestigio de Entre Ríos, tanto en esta provincia, como en las de Santa Fe y Buenos Aires.

Llegó don Natalio, como todos los colonos de esa zona, con un deseo de trabajo incontenible y las esperanzas que todo hombre consagrado al hogar alimenta en su pecho: fructificar en el esfuerzo para el bienestar de sus hijos.

Aquí encontró lo que encontraron todos los hombres de buena voluntad: trabajo y tierra, una bandera generosa y una Constitución sabia.

Y ésta fué su patria de adopción, a la que quiso como a la suya y a la que brindó no sólo el esfuerzo de su trabajo e hijos, sino el afán de muchas horas de descanso para iluminar con su inteligencia la mente de muchos hombres que permanecían en tinieblas, por falta de comodidad unas veces, por abandono otras o por incomprensión.

Tenía como todos los extranjeros, el deseo de que no quedara juventud sin saber calcular, leer y escribir.

La escasez de escuelas, las distancias largas, la niñez pasada y la lucha por la vida, dejaba muchos jóvenes sin los beneficios de los conocimientos más indispensables al ser humano. Es así que llevado por ese anhelo que destaco, no exento de genorosa bondad, que don Natalio reunía en su casa durante la noche, a toda la muchachada grande de los alrededores, dándole gratuitamente las primeras nociones de lectura, escritura y aritmética.

Si grande era su alegría cuando constataba el aprovechamiento de sus alumnos en los rudimentos del saber, más grande era aún cuando veía concurrir junto al mocetón ignaro, a padres de familias que dejando de lado escrúpulos y horas de sueños, se entregaban entusiasmados a los cálculos y las combinaciones del abecedario.

Los Sarmiento de San Francisco del Monte de Oro en la provincia de San Luis, los encontramos dispersos en muchas partes de las campañas argentinas, perdidos en el olvido.

Muchos don Natalio Pent en el anonimato hay en nuestro suelo; pero sirvan estas líneas para desenterrar del olvido, a la gratitud de las colonias, a quien cumplió desinteresadamente con el precepto cristiano de "enseñar al que no sabe".

DON FRANCISCO KÜTTEL

Es otro de los Sarmiento de San Francisco del Monte de Oro, que estas páginas traen del olvido, al que parecía destinado, para que viva en el recuerdo de la colonia donde enseñó a leer y a escribir.

A la distancia larga, medida por setenta años de recorrido, esos maestros anónimos me parecen llamas eternas del bien que se apagan lentamente en la noche del tiempo, irradiando sus últimos reflejos, lo mismo que esos soles que descendieron el tramonto después de alumbrar las almas en la tierra.

De ese atardecer de olvido, recojo el último de sus destellos antes que la sombra se haga sobre las vidas que van desfilando rumbo al no ser, por esas cuchillas, para hacerlo lámpara votiva en el altar de la patria que ellos humildemente ayudaron a civilizar con el abecedario.

Pero referencias de don Mauricio Küttel, sobrino de este maestro, sé que antes de darse forma concreta a la idea de la creación de una escuela para los niños de la zona, su tío don Francisco dió clase en algunos locales pertenecientes a vecinos del lugar.

Es así que la escuela empezó a funcionar a unos seiscientos metros al norte del edificio actual, en una casa que fué de la familia Guibaudo.

Posteriormente se cambió a la casa de la familia Rocha. Por último se construyó el edificio que hoy existe con las innovaciones que le agregaron y desde donde sigue alumbrando a esa colonia con su llama inextinguible.

DON JESUS YLLADES

Era de nacionalidad española, habiendo sido también maestro en esa colonia y en otra, que según referencias se llamaba Pereira.

Abandonó la docencia primaria radicándose en Pos Pos, con casa de comercio, acumulando después de muchos años una fortuna respetable, que con seguridad el magisterio no le habría proporcionado.

Hombre de buena presencia, bien atildado, simpático de físico y de agradable conversación, tuve el placer de tratarlo muchos años en mi casa paterna, a la que concurría siempre con su esposa doña Adela Blanc.

También él puso su llama bienhechora por esas colonias, y para que sus mortecinos rayos no se pierdan en el olvido, es que recojo los últimos reflejos, alumbrando con ellos estas líneas que a su memoria escribo.

Falleció el 6 de agosto de 1932 a los ochenta y cinco años. Sus restos descansan en Villa Elisa.

DON JOSE GAY

Nació en Suiza y vino al país en 1870.

Se radicó primeramente en Helvecia, provincia de Santa Fe, para pasar después de algunos años, a la provincia de Entre Ríos.

Fué director de la escuela nueva, desde 1881 hasta 1886.

Casado con doña Teresa Küttel, de su matrimonio nacieron: Albino Gaspar y Herminio Basilisia.

Realmente los sueldos del magisterio no eran como para tentar a nadie y dejó el cargo siendo sucedido en él, por mi padre.

Fué don José Gay, de los primeros pobladores de Villa Elisa, donde vivió hasta el año 1904, época en que se trasladó con su familia a Casilda, provincia de Santa Fe.

Allí falleció el 15 de agosto de 1915 y sus restos descansan en el cementerio de Casilda.

Su esposa e hijos, viven en esa bella ciudad santafecina.

Fué don José Gay, como los anteriores maestros, luz buena en las tinieblas del campo y tengo esperanza de que su claridad alumbre estas humildes letras, para que se hagan amor en la gratitud de las generaciones que viven hoy y llegarán mañana, a vivir sobre las cuchillas pintadas de verde y oro, junto al Perucho Verna que la besa y riega al deslizarse rumbo al río de los pájaros.

Su recuerdo estará eternamente ligado a la escuela, de la que fué Director fundador.

CREACION DE LA ESCUELA INFANTIL Nº 9

Conocíasela en los años de mi niñez, con el nombre de "La escuela de Meyer", seguramente por la proximidad a la casa de don Melchor Meyer.

De las fuentes de información que poseo, destaco los datos obtenidos de doña Teresa Küttel de Gay, esposa del ex-director de la misma, don José Gay; de la familia de don Natalio Pent, radicada en esa colonia desde 1874; de algunos papeles manuscritos que mi padre guardó en su archivo escolar; recuerdos de mi madre, que en esa misma casa aumentó su prole con los nacimientos de mis hermanos Jorge, Emilio y Ambrosio, y de don Mauricio Küttel.

Todos ellos son de personas que me merecen absoluta fe, por sus conocimientos de la escuela como participantes en su existencia y por la honorabilidad indudable de sus vidas, no teniendo ninguna duda que sus datos me ubicarán junto a la verdad.

La escuela según carta de doña Teresa Küttel de Gay, se fundó en 1881.

En dicha época era alcalde del "Cuartel Norte" don Bartolomé Küttel, a quien se apersonó una Junta de colonos de ese lugar, formada por los señores: Natalio Pent, Augusto Gauttier, Francisco Rouggier, Alejo Garnier, Melchor Meyer, Jorge Francou y otros, con el propósito de elevar una solicitud al Consejo de Educación de la Provincia, para conseguir el funcionamiento de la escuela en un edificio levantado por el esfuerzo del vecindario, en un terreno donado por don José Allois.

GRATITUD

Vivan en el recuerdo de esa colonia y de estas modestas páginas, los nombres de estos extranjeros que como muchos otros, plantaron en aquella época heroica del magisterio primario, los pilares más hondos e inconmovibles, sobre los cuales se levantó a fuerza de tesón y años de lucha sin desmayo, la cultura popular, motivo por el cual, tanto nos enorgullecemos en estos días.

Esas escuelas humildes, perdidas en la inmensidad del oleaje verde de ese mar que forman las cuchillas entrerrianas, son verdaderos monumentos del esfuerzo de los colonos y de la lucha por la civilización.

Halaga al sentimiento argentino, ver alzarse por todos los caminos de la patria, como vigías permanentes contra el analfabetismo y como templos perennes de cultivo de las tradiciones patrióticas y de los valores morales que hacen virtuosos a los habitantes de un país que desea ser rico en mieses y bello de alma, esos faros del pasado y del presente, que alumbran el porvenir de un pueblo joven.

PRIMER MAESTRO DE VILLA ELISA

EMILIO AUGUSTO FRANCOU

Cúpole en suerte a mi padre, ser el primer maestro de la primera niñez de Villa Elisa y de sus colonias limítrofes.

Nació el 12 de marzo de 1859, en Bardonecchia, pequeña población del Piamonte, provincia pertenenciente al reino de Italia, sita en los confines con Francia. No le imprimió la montaña, entre cuyas fragosidades transcurrió su infancia, una contextura física de aspecto recio, que es rasgo característico de quienes reflejan en su persona la naturaleza que los amamantó. No era áspero, ni rústico, ni de aspecto fiero.

Descendiente de varones de talla gigantesca, la naturaleza le regateó su prodigalidad, haciéndolo de escasa estatura, aunque de complexión fuerte. Su figura pequeña era engrandecida por una caja torácica amplia, por unas espaldas anchas y por unos brazos robustos.

Una cabeza grande y cubierta por un pelo ralo que no

perdió ni en su vejez, mostraba de frente, una cara de aspecto agradable, reforzado éste, por una boca que al reír mostraba una hermosa dentadura que fué su orgullo, hasta poco antes de morir.

Un bigote castaño oscuro, no muy grande, pero sentador a sus facciones, disimulaba muy bien, una nariz más que regular.

Sus ojos vivaces y de color negro, se protegían por unas arcadas pobladas de cejas, sobre las cuales una frente ancha y lisa resplandecía de esa bondad ingénita que tantas simpatías le conquistara entre sus amigos.

Su voz era muy suave, sus ademanes medidos y su palabra persuasiva. No había en su pronunciación el más leve acento de origen extranjero, ni dificultad alguna en la correcta articulación de las sílabas castellanas. Una dedicación continua para su mejoramiento, había realizado el milagro en la urbe porteña que lo acogio en sus primeros años de América.

No gustaba de palabras soeces, cosa fácilmente explicable dada su condición de educador y padre de numerosos hijos, con los cuales estaba en contacto continuo.

Tenía sí y en grado superlativo, una gran vena humorística, la que según mentas de quienes pueden decirlo con conocimiento completo, es herencia de familia, que siempre se dá en algunos de sus miembros. Es una manera "sui géneris" de decir las palabras, que produce gracia y risa espontáneamente. Cuentan qe mi abuelo paterno la poseía. Yo la he apreciado con mís tías Francisca F. de Fellay, Agustina F. de Joannás, en mi padre y en mi hermano Alfredo; pero del que la he gustado al máximo y valorado en todo su inestimable valor es en mi primo Manuel Absalón Joannás, quien la poseía en grado incomparable.

Recuerdo escenas imborrables que me dicen elocuentemente que la fama se gana con merecimientos: muchísimas veces he visto un grupo de cinco, diez, quince y más personas, suspensas de la conversación que una voz casi baja les dirigía mi padre. Se oía volar una mosca, tal era el silencio alrededor.

Las caras de los escuchas no movían un músculo y la vista de todos estaba concretada en una sola expresión.

En un momento cualquiera, una explosión de carcajadas rompía el silencio profundo, al tiempo que los del grupo

se dispersaban en todas direcciones, tomándose la barriga unos, agitando los brazos en alto otros, o sacándose el sombrero y golpéandolo contra la pierna. Algunos se echaban sobre el mostrador, sobre la mesa, se recostaban contra la pared, o ganaban la puerta de calle, saliendo a la vereda, para tomarse de la baranda desternillándose de risa. Si hasta los que no sabíamos de que se trataba, reíamos viendo reir.

Mi padre también reía con ellos y su risa era contagiosa, en extremo.

Pasado ese momento de espontánea algarabía, poco a poco se formaba el grupo donde de nuevo tallaba mi padre, repitiéndose muchas veces la escena descripta anteriormente.

Recuerdo perfectamente a muchas personas que fueron partícipes en esas horas de alegría y acuden a mi memoria las figuras de: Mariano Sigot, el sastre Juan Gay, Esteban Serra, Filiberto Sigot, Francisco Bel, Plácido Sigo, Gaspar y Pedro Rouggier, José Roude, Jacinto Moyano, Jorge Francou, José Zermatten, José Grand, Antonio Orcellet, Luis Lugrin, Juan José Joannás, Filiberto Orcellet, Luis Lambert, Pierrotin Bourlot, Pedro Sabaño, José Gui, Domingo Canale, Ambrosio Cottét, José Joannás, Juan Walser y otros, cuyos nombres escapan a mi memoria.

En lo referente a su cultura general, tenía aquella propia de un buen principio en la escuela de su país de origen y la que dá la vida, la lectura y la propia inteligencia. Era un autodidacto: conocía perfectamente la historia de su patria y la de Francia. Había leído "La Biblia" y a Homero en sus dos obras inmortales. Recitaba de memoria muchos pasajes de la "Divina Comedia" y a otros poetas de Italia. Leyó a Víctor Hugo en sus obras más conocidas y a Miguel Cervantes Saavedra, en su inmortal "Don Quijote de la Mancha". Conocía como pocos hijos de este suelo, el poema gauchesco: "Martín Fierro"; de José Hernández, del que recitaba casi toda la obra de memoria, aplicando con singular acierto sus sabios proverbios. Muchas veces lo oí decir: "Ustedes los argentinos no saben lo que vale". Hoy le doy la razón.

En cuanto a los conocimientos profesionales, eran tan elementales los que necesitaba para llenar su función de maestro de primero a tercer grado en una escuela de campaña en aquellos años, que es obvio que los poseía.

Lo que llamaba realmente la atención era su hermosa caligrafía. Hay ex-alumnos, como Carlos Morard, que se enorgullecían de tenerla muy parecida y otros, como Francisco Guex, que a los cincuenta años de distancia, hablan de su "firma inmaculada".

Tengo en mi poder algunas planillas manuscritas por él que confirman esos juicios y donde pueden apreciarse la elegancia, la seguridad en el trazo, el perfil límpido y la belleza en el conjunto.

Cuenta mi madre que cuando vivían en el Cuartel Norte de la Colonia San José y en Villa Elisa después, sus hermanas les mandaban en cajones apropiados, libros sacados en préstamo de la biblioteca del gran diario argentino "La Prensa", los que después de leídos eran devueltos para ser reemplazados por otros.

Dice ese gran ex-presidente argentino que fué don Nicolás Avellaneda, en "Escritos Literarios": "Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él". "El que lee, aunque viva confinado en una aldea, puede decir que nada humano le es indiferente". "Los egoístas no practican por lo general la lectura".

Mi padre leía mucho y a esa envidiable costumbre debió su mejoramiento moral y cultural.

Tal es el juicio que me merece mi antecesor y que con otros que encontrarán en pasajes de este libro dedicado a su memoria, porque pasó por el mundo haciendo bien al prójimo, dejo a las generaciones venideras de Villa Elisa, donde tuvo la gloria imperecedera, como Francisco de Vitoria en Buenos Aires, de ser su primer maestro.

DESTINO O CASUALIDAD

En 1886 hubo en Buenos Aires una gran epidemia de cólera.

La gente moría en cantidad impresionante, por las calles y en las casas.

Las crónicas de esa época recuerdan escenas de dolor y actos de abnegación realizados por médicos y por corazones virtuosos.

Huyendo mi padre del terrible flagelo, con su esposa y sus hija Margarita, se embarcó con destino a la colonia Villa San José, donde vivían los suyos, llevando la esperanza de regresar a Buenos Aires, una vez desaparecida la peste.

El destino dispuso otra cosa. La casualidad hizo que estuviese vacante el puesto de maestro en la escuela conocida en la zona con el nombre de "Escuela de Meyer", hoy "Infantil Nº 9".

Propuesto que le fué el cargo, lo aceptó, pese a su exigua remuneración de treinta pesos mensuales.

Así hechó raíces hondas en aquellos parajes de Entre Ríos, quien durante cerca de treinta años sembró en ellos, abecedario como pan del espíritu, conceptos de moral y amor a la patria de sus hijos.

ALUMNOS ENTRE LOS AÑOS 1886 A 1892

Fueron alumnos en esa escuela que aun sigue irradiando sus luces bienhechoras en los cerebros infantiles de la colonia:

Allemand Olimpia; Blanc María, José, Bautista y Francisco; Bonot Francisco; Bouvet Alejandro, Luisa y Carolina; Bouvet Francisca, Cristina y Elías; Bourlot Natalio; Coff Francisco; Cretón Juan; Francou Tobías, Adolfo, Antonio y Cesáreo; Fellay José, Teresa y Cirilo; Fabre Elisa, Alejo, Juan y Amaranto; Fabre Anais, Melanía, María y Cipriano; Frossard Luisa; Gauttier Josefina, Matilde y Jorge; Guiffrey Emilio; Guibaudo Ambrosio; Goubelet Luis; Inchauspe Tomás, José y Rafael; Hautiville Félix y Celestino; Joannás Agustín; Kütter José María y Francisco; Mayoraz Antonio y Luis; Meyer Juan, Celestina, Elena, María, Hilario e Irene; Martín Andrés, José, María, Josefina y Mariano; Mottet Luisa, María, Sofia, Justina y Luis; Mout Francisco y Augusto; Oddiard Juan, Luis y Honoria; Pent Rosa, María, Cirilo, Celestina y Gregorio; Roude Andrés, José, Bartolomé, Ramón, Pedro y Cesáreo; Rouggier Julián, Juan, Antonio, Gustavo, Vicenta y Josefina; Rouggier José, Pedro, Gaspar y Eduardo; Schoeffler Justina, Luis y Elisa; Sigot Mariano; Tournour Francisca, Angela y Teresa; Woefray Josefina, Augusto, Miguel, José y María; Wettzel Rosa.

Otros hay cuyos nombres se perdieron en el olvido, lo que lamento profundamente ya que grato hubiera sido a mis sentimientos, unirlos a todos en una sola página, para que juntos a la memoria de su maestro de primeras letras y emociones, siguieran viviendo más allá de la vida.

EN "EL FARO DE LA CUCHILLA"

En el ángulo sud del cuadrado que contiene la planta urbana de Villa Elisa y en una de las cuchillas más altas de las muchas que embellecen la topografía irregular de esa región, se construyó la escuela donde yo nací y donde iniciaron su aprendizaje en el mundo de las letras y de los números, los primeros hijos de ese pueblo, su colonia, sus colonias limítrofes y otros niños que nacidos en lugares lejanos se incorporaron a la nueva fundación.

Aun retienen mis pupilas la imagen bella de aquella casa, que en la cumbre de una loma, a manera de un faro luminoso, levantaba sus paredes blancas, como meta ideal para los niños que de todos los horizontes, cruzando caminos, campos vírgenes, chacras y cañadas, a pie, en carros, en carretas y a caballo, llegaban a ella para aprender los conocimientos más necesarios a la existencia del ser humano.

Construída con ladrillos, cal, arena, piso de madera, tirantes de pino, techo de cinc con tejuelas debajo, buenas puertas y ventanas de madera, ha resistido muchos años los embates del tiempo. Sus viejos muros semi-derruídos por causa del abandono en que quedó, son hoy despojos materiales, de lo que fué un bello ideal en los primeros pobladores.

Componíase en 1892, de un salón y de una pieza, que ocupaban todo el frente del edificio. En 1896 hubo necesidad de ampliarlo, porque resultaba pequeño para tantos alumnos como concurrían a la escuela. Sacado un tabique divisorio con la pieza, quedó un salón de once metros de largo, por seis de ancho y cinco de altura.

Era el salón muy ventilado; la luz entraba por una puerta y tres ventanas abiertas hacia el sudoeste; por una ventana que había al sudeste; por una puerta que comunicaba a otra habitación hacia el nordeste y por una puerta abierta en la

pared que daba hacia el noroeste.

Los pisos eran de madera bien machimbrada y sus paredes interiores y exteriores estaban revocadas y pintadas de blanco. Durante muchos años fué la única casa de la villa, que tuvo el frente revocado.

Completaban la edificación, dos piezas y una cocina, para casa-habitación de su director y familia, quien la ocupó hasta 1896.

Un pozo para sacar agua a roldana y de unos veinticinco metros de profundidad, estaba bordeado por un brocal alto, del que surgían dos pilares grandotes.

Frondosos paraísos plantados por mi padre y que aun engalanan la cuchilla, adornaban la parte exterior cercana a la casa.

Un jardín, que daba cierta estética de buen gusto al lugar donde florecían hermosos lirios blancos plantados en profusión, pensamientos simples y dobles, claveles, rosales, clavelinas, amapolas, azucenas, gladiolos, enredaderas y muchas otras flores de vistoso colorido y agradable perfume, ha quedado grabado en mi retina, como lo estará en muchas otras, que lo contemplaron en sus días de esplendor lejano.

A unos cincuenta metros hacia el fondo del sitio, estaban los servicios para los niños, construídos con buen material y en condiciones apropiadas de higiene.

Tenía pues Villa Elisa, un edificio escolar que ya quisieran para sí muchas escuelas de hoy día, a más de cincuenta años de progreso.

Constituían el material escolar, tres hileras de bancos, para dos, tres, cuatro y cinco alumnos cada uno; dos pizarrones murales; varios mapas muy grandes y lindos; un globo terráqueo; una mesa escritorio de pino con su silla correspondiente; una rinconera que hacía las veces de biblioteca escolar, un reloj de pared, un timbre y otros útiles.

LA MATRICULA

Los niños pudientes debían pagar un peso a la Receptoría de Rentas de la Provincia, por la matrícula anual.

A este efecto, mandaban a mi padre los recibos correspondientes.

Los alumnos pobres de solemnidad no la pagaban, mediante la presentación de un certificado de pobreza extendido por el alcalde del pueblo.

Obran en mi poder algunos de éstos.

LA ENSEÑANZA

Las necesidades intelectuales de la colonia eran insignificantes, de suerte que los conocimientos que daba la escuela eran apropiados al medio.

Se enseñaba Aritmética elemental, en sus cuatro operaciones fundamentales; en ejercicios combinados de enteros y decimales y relacionado con la siembra, la tierra y los animales y en la solución de problemas sencillos de regla de tres simple, a fin de que cada niño tuviera los conocimientos primarios necesarios para su desenvolvimiento en el lugar.

La enseñanza de la Geometría comprendia: líneas, ángulos, triángulos, cuerpos poliédricos, superficie de triángulos y de los cuadriláteros.

Los conocimientos de Historia, se referían a los principales hechos y hombres de nuestra patria, de nuestros símbolos representativos y del Himno Nacional.

De Geografía se estudiaba el departamento Colón, la provincia de Entre Ríos y la República Argentina.

Se daban nociones elementales sobre plantas, animales y minerales.

La Moral se enseñaba como una asignatura y no solamente en forma ocasional.

La Lectura era materia fundamental al igual que las Matemáticas, dedicándosele especial atención. Los libros usados para esta asignatura fueron: "La Anagnosia", de Marcos Sastre; "El Nene", de Andrés Ferreyra -primero segundo y tercero- y "El Lector Americano", de Juan María Gutiérrez.

Se enseñaba a recitar poesías, para decirlas en los días de fiestas patrias y a fin de año.

Los cantos escolares tuvieron un buen intérprete en el maestro, seguramente porque él tenía una bien timbrada voz de tenor, que supo aprovechar para la enseñanza de muchos himnos, cancioneros escolares y rondas. El a su vez, concu-

rrió para aprenderlos a la casa de un maestro de música y canto -o que por lo menos tenía conocimientos para enseñar- que vivía en la colonia "Primero de Mayo" y que se llamaba Luis Ex.

La Caligrafía ocupaba un lugar de preferencia, sin duda porque el maestro poseía una hermosísima letra, que los alumnos trataban de imitarle.

Para su enseñanza, se usaban unos cuadernos de "caligrafía inglesa", los que llevaban escrito en la parte superior el modelo correspondiente.

Veo en planillas y firmas escritas en aquellos días, letras tan iguales en sus rasgos y formas, que algunas veces dudo, si pertenecen al maestro o a los alumnos. Bien sabemos que éstos, son grandes imitadores del maestro, en todas sus manifestaciones y lógico es deducir de esta afirmación, la necesidad imperiosa de que los modelos sean apropiados y seleccionados rigurosamente.

La jardinería formaba parte esencial de la vida escolar. Todos los niños participaban en la preparación de la tierra y del cuidado de las plantas.

En la primera época, el maestro era representante del Ministerio de Agricultura. Este les mandaba toda clase de semillas, para que iniciara entre los niños la enseñanza del cultivo de hortalizas y de plantas de adorno. Los alumnos plantaban: porotos, garbanzos, papas, zapallos, repollos, lechuga, azafrán y flores de jardín.

La enseñanza de labores, estaba "ad-honorem", a cargo de mi madre, que ayudaba a su esposo en esta parte de la educación de las niñas. Ella enseñaba a bordar, marcar en cañamazo y caneva, "crochet", vainilla y toda clase de costura sencilla y útil.

La Virgen María que adornó el altar de la Iglesia de Villa Elisa, en su primera misa y otras posteriores, fué hecha en cañamazo en la escuela, por la alumna de entonces, Margarita Francou.

De lo que antecede puede inferirse si esfuerzo, que "El faro de la Cuchilla", realizaba un ciclo primario elemental muy completo, ya que junto a la enseñanza de las materias fundamentales que desarrollan preferentemente la inteligencia, se impartía nociones de moral, que elevan el corazón, de manualidades propias para futuras madres, de estética que

forman el buen gusto, en el cultivo de las plantas y flores y se enseñaban cantos patrióticos, que fortalecen el amor a la patria.

Preparaba en esa forma a la niñez, "para la vida completa" como quería el gran pedagogo inglés, Herbert Spencer, porque el hombre no está hecho solamente de cerebro, sino que tiene sentimientos, deberes y un físico que cultivar, para el goce de la vida plena en el desarrollo armónico de sus facultades morales, físicas e intelectuales.

HORARIOS DE CLASE

Los horarios de clase eran: de 7,30 a 11,30 y de 13,30 a 15 en verano; de 8 a 12 y de 13 a 16 en el invierno.

Debo destacar que las horas de clase eran de sesenta minutos, con diez de recreo y que todos los grados concurrían a ambos turnos.

LOS NIÑOS

Para almorzar, los alumnos de la campaña traían en una maleta conjuntamente con los útiles, pan, queso, chorizo, caña dulce, etc., y una botella de café con leche que tomaban fría, tanto en el verano como en el inviertno.

Llegaban a la escuela a caballo, en carros, en carretas y muchísimos a pie. Concurrían descalzos la gran mayoría, con unas heladas en el invierno, "que daban miedo" -según referencias de mi madre y de algunos ex-alumnos.

No eran pocos los sacrificios físicos que debían realizar y sin embargo llama la atención lo numeroso de los inscriptos y la buena asistencia a clase de los mismos.

HORARIO MATUTINO

PRIMER GRADO

Primera hora: Dibujo; Lectura (clase y asiento).
Segunda hora: Escritura; Ejercicios objetivos; Caligrafía.
Tercera hora: Tablas; Moral.
Cuarta hora: Escritura; Lectura (clase y asiento).

SEGUNDO GRADO

Primera hora: Dibujo; Lectura (clase y asiento).
Segunda hora: Aritmética; Ejercicios objetivos; Caligrafía.
Tercera hora: Tablas; Moral.
Cuarta hora: Ejercicios variados de Geometría; Lectura (clase); Declamación y Canto.

TERCER GRADO

Primera hora: Dibujo; Aritmética (asiento); Escritura.
Segunda hora: Aritmética (clase); Lectura (asiento); Geografía e Historia Argentina.
Tercera hora: Instrucción Cívica y Moral; Agricultura.
Cuarta hora: Idioma Nacional; Ortografía; Declamación y Canto.

HORARIO DE LA TARDE

PRIMER GRADO "A"

Primera hora: Lectura; Escritura.
Segunda hora: Aritmética; Dibujo.
Tercera hora: Ejercicios Físicos.

PRIMER GRADO "B"

Primera hora: Escritura; Lectura.
Segunda hora: Dibujo; Aritmética.
Tercera hora: Ejercicio Físicos.

SEGUNDO GRADO

Primera hora: Lectura; Aritmética.
Segunda hora: Escritura; Ejercicios objetivos; Caligrafía.
Tercera hora: Geografía; Copiado; Dibujo Geométrico.

TERCER GRADO

Primera hora: Aritmética; Lectura.
Segunda hora: Dictado; Caligrafía; Historia Argentina.
Tercera hora: Geografía; Instrucción Cívica; Agricultura.

ACLARACION

No me ha sido posible conseguir el horario completo correspondiente a los seis días de la semana. En el archivo en mi poder, solamente encontré el del día lunes y es fácil suponer que con pocas variantes, debía regir el mismo para los demás.

Estudiándolo, salta a la vista la labor agotadora que debía realizar el maestro para poder atender debidamente la enseñanza, ya que hubo años en que la inscripción alcanzó a ciento treinta alumnos. Aquel abnegado maestro, realizaba la tarea que normalmente requiere cinco o seis educadores.

Cuando mi hermana Margarita estuvo en condiciones de ayudarlo en los grados inferiores, fué para él un gran descanso. Lo mismo ocurrió el año en que Trinidad Sala ocupó el cargo de ayudante.

PROGRAMAS

Solamente algunos programas figuran en el archivo de la escuela y ellos son suficientes elementos de juicio para afirmar que las cosas se hacían dentro de un plan bien determinado acabadamente de su misión educativa.

Conversaciones de alumnos que pasaron por las aulas de aquella casa, corroboran mis afirmaciones.

PROGRAMA DE BOTANICA

¿Qué son los vegetales?. ¿Cómo se dividen?. Organos de la nutrición de las plantas. ¿En la mayor parte de las plantas, cuántas especies de órganos se distinguen?. ¿Qué es el tallo?. ¿Qué son las hojas?. ¿Cuántas partes se distinguen en el tronco?. ¿Cómo se dividen las raíces por su forma?. Organos de la reproducción de los vegetales. ¿Qué es cáliz, corola?. ¿Qué son los estambres y el pistilo?. ¿Qué es el fruto?. El grano y el germen.

PROGRAMA DE AGRICULTURA

¿Que se entiende por agricultura?. ¿Cuál es la tierra laborable?. ¿Cuál es el espesor de esta capa?. Al cavar la tierra, ¿qué se extrae?: Arena, arcilla, caliza. ¿Qué hay que agregar a estos tres elementos para obtener una tierra laborable?.

Mejoramiento de los terrenos: terrenos arcillosos dificiles de trabajar. ¿Con qué se mejoran?. Terrenos arenosos; ¿con qué se mejoran?. Terrenos calcáreos: ¿con qué se mejoran?.

Abonos: clases.

¿Qué se entiende por labores agrícolas?

PROGRAMA DE GEOGRAFIA

¿Qué es Geografía?

Islas, penínsulas, volcanes, bosques, océanos, golfos, ríos, lagos, etc.

Mapa universal.

Esferoicidad de la tierr · diámetro, meridianos, paralelos, zonas.

Movimientos de la tierra.

Sistema solar: ¿A qué se le dá el nombre de cielo? ¿A qué se llama sol?

¿Es la tierra el único globo que gira alrededor del sol?

Planetas: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno.

Atmósfera: Clima.

República Argentina: límites, descripción, situación. ¿Cómo se representa su territorio? Las montañas, los ríos, los lagos, ciudades importantes.

Capitales de provincias.

PROGRAMA DE MORAL

¿Cuál es el objeto de la Moral?

¿En qué se contiene la voluntad de Dios?

¿Cómo se designan los deberes del hombre para con Dios?

¿Cuáles son los deberes para con nuestros semejantes?

¿Cual es el hombre virtuoso?

¿Qué resultado trae al hombre, el cumplir con la voluntad de Dios?

Deberes para consigo mismo: ¿cuándo empieza el hombre a tener deberes que cumplir? ¿Cuáles son estos deberes?

Deberes para con los padres. Deberes de los hermanos entre sí. Deberes de los discípulos para con sus maestros.

Deberes para con la patria.

PROGRAMA DE HIGIENE

¿Cómo se conserva la salud?

El aire cuando no está puro ¿qué causa?

¿De qué proviene la impureza del aire?

¿En qué consiste la limpieza?

¿De qué origen pueden ser los alimentos?

¿En qué cantidad deben tomarse los alimentos?

ACLARACION

Los programas transcriptos son los únicos existentes en el archivo que conservó mi padre.

Son ellos suficiente documentación, para inferir que la enseñanza seguía un plan orgánico preconcebido y que no quedaba sujeta a improvisaciones antojadizas.

Llama la atención el programa de Moral, por su estrecha relación con la moral religiosa propia de la época y del sentimiento eminentemente cristiano del pueblo y de la colonia donde funcionaba la escuela.

LOS AYUDANTES

Como el número de niños y niñas aumentaba incesantemente, la tarea de un solo maestro era agobiadora y los resultados lógicamente menores.

Pese a los numerosos pedidos que mi padre dirigió a la Inspección seccional, no pudo conseguir que ésta nombrara

un ayudante.

Quiso la suerte que llegara a Villa Elisa una joven llamada Trinidad Sala, hija de uno de los primeros pobladores, la que había cursado el tercer año en la Escuela Normal de Concepción del Uruguay.

A pedido de mi padre, prestó su colaboración durante el año 1889, mediante la comida del mediodía y treinta pesos mensuales, que él pagaba de su peculio particular, descontándolo de su sueldo.

Cuando mi hermana Margarita estuvo en condiciones de ayudarlo, lo hizo "ad-honorem" desde 1901 a 1904. Enseñaba ésta, en primer grado inferior, bajo la dirección del maestro.

En el año 1902, a causa de una postración absoluta de mi padre durante tres meses, ocasionada por un reumatismo agudo, la escuela funcionó normalmente bajo la dirección de mi hermana. Ella, lo mismo que mi madre, puso su grano de arena en beneficio espiritual de la niñez de aquella época.

LA DISCIPLINA

Cuando el maestro consigue asegurar la disciplina, tiene el ochenta por ciento o más de su labor aprovechada por los niños y el cincuenta por ciento de su salud asegurada.

Ella se puede conseguir por la violencia, la bondad, la persuación, el trabajo constante, el ejemplo, el consejo, los castigos corporales, etc.

Cada época pedagógica en la historia de la humanidad tuvo sus métodos especiales en conformidad con el concepto que la sociedad tuvo del maestro.

No olvidemos que en el tiempo de los griegos, el pedagogo era el esclavo encargado de conducir a los niños. Ese concepto de categoría inferior, perduró por los siglos y aun se mantiene hasta nuestros días, si bien es verdad, no en forma tan humillante.

Durante la Edad Media y Moderna, no se concibió al maestro, sino a través de una figura simbólica de hambre, harapos, escuálida y hasta repulsiva en su aspecto externo. Aun en nuestros días, pese al lugar ganado y a su valor indiscutible en la sociedad, ese concepto no ha sido modificado, sólo por incomprensión.

Día llegará, a medida que las sociedades se civilicen, que el maestro será por lo que él representa como valor moral e intelectual en la formación de la niñez, un ser de excepción y no un empleado público más.

Los padres cuidarán de él, más que los gobiernos, ya que por sus manos de artífice incomparable de almas, pasan sus hijos para empezar a ser lo que todo hombre de bien desea que sean en la vida.

En Villa Elisa, sus colonos y pobladores fueron siempre grandes colaboradores de la escuela y vivieron de cerca todas sus inquietudes, de suerte que el maestro vió reflejado en los alumnos, el acercamiento a la disciplina.

"Al maestro se le debe obediencia y respeto", era el principio generalizado como una sentencia que no se discute y se acepta sin reservas.

Mi padre fué un maestro de disciplina, por condición natural de su persona. Era un hombre de maneras suaves, pero de energía varonil; era persuasivo con el consejo, pero su punto fuerte estaba en su mirada penetrante. Sus ojos negros llegaban muy adentro del niño, al que dominaba fácilmente.

Necesariamente, la disciplina debía ser factor esencial en esa escuela y debía asegurarse de suerte que no hubiera dudas sobre ella, en los niños y padres.

La escuela era mixta y a ella concurrian niñas, casi señoritas y niños, casi hombres. Debían recorrer distancias grandes por caminos y potreros poco frecuentados, de suerte que la acción del maestro tenía que asegurar la tranquilidad de esas ñinas, mucho más allá de sus ojos.

Contaba mi padre, que en cierta oportunidad un muchachón de la escuela había ofendido en forma muy grave a una niña.

Al otro día de producida la ofensa, llegó la queja a él. Llamado el alumno para ser amonestado, atropelló al maestro armado con un cuchillo y con intención de herirlo, cosa que no consiguió, porque éste con un ágil salto lo tomó del "copete", le hizo bajar la cabeza hasta el suelo y lo desarmó en presencia de los compañeros.

La lección no pudo ser más eficaz para todos; pero ¿qué hubiera ocurrido si el mal intencionado, consigue su objeto?

Nunca más tuvo noticias, de que los niños molestaran a las niñas por esos campos apartados. Desde "El Faro de la Cuchilla", el maestro velaba con su autoridad moral, por la seguridad de las que concurrían a su escuela.

En aquellos años, no conocíamos el papel secante, y era costumbre que los niños llevaran una cajita con arena o revoque molido, los que volcaban sobre el escrito con tinta, para secarlo.

Pero lo grave de esto, no era precisamente secar la tinta, sino el uso indebido que hacían los que estaban sentados atrás de un compañero, al ponerle entre el cuello y la camisa, una porción de arenilla. Al correrse ésta entre la piel y la ropa, producía en la víctima de la broma, el malestar esperado por el promotor de la misma.

Bien sabemos que los niños hacen cualquier picardía al compañero pero no soportan que a ellos se la hagan, a su vez.

Aquellas bromas motivaban escenas de risas, llantos, saltos repentinos, movimientos de esquive, insultos, desafíos, amenazas y hasta peleas inmediatas, que el maestro reprimía con severidad, usando una varita de membrillo y muy flexible, la que al pegar producía un escozor no muy agradable por cierto, pero que a pesar de él, solíamos afrontar, con tal de sacarnos el gusto de llenarle el cuello de arena o revoque molido, al compañero que teníamos adelante.

Otro problema serio para el maestro, era el cuidado del revoque de las paredes. Al menor descuido por su parte -y para aprovecharlo son realmente maravillosos los alumnos de todas partes- no faltaba el demoledor de paredes siempre dispuesto, pese al castigo que inexorablemente recibía si era sorprendido o acusado por un compañero.

Cuando comparo todas las comodidades que tenemos los maestros del presente, para asegurar la disciplina, con las que disponían aquellos maestros de la época heroica del magisterio primario en las campañas argentinas, aumenta mi admiración hacia estos últimos y comprendo que había en cada uno de esos abnegados servidores de la patria nuestra, un verdadero apóstol de la educación popular.

Ellos no conocieron los bancos unitarios en sus aulas; ni agruparon en un salón, veinte o treinta alumnos de una misma capacidad mental; no tuvieron material ilustrativo maravilloso, con que atraer la atención y la mirada de los niños; ni cuadernos, portaplumas, plumas, lápices, sacapuntas, tinta y secantes de primera calidad; ni autoridades que por no estar en contacto directo con los alumnos, son respetadas o temidas; ni padres que diariamente se ocuparan de la aplicación y conducta de sus hijos en la escuela; ni boletines de calificaciones mensuales; ni libros atrayentes, donde los niños buscan conocimientos espontáneamente; ni diarios, ni revistas en abundancia; ni siquiera la facilidad del idioma.

Carecieron de muchas comodidades más -que bien sabemos los que conocemos los ambientes distintos de la educación pública argentina-; pero a falta de ellas, pusieron la abnegación y el sacrificio, que les da categoría de apóstoles de los campos argentinos.

En la escuela que dirigió mi padre no se aplicó el castigo de la palmeta, ni los granitos de sal o maiz debajo de las rodillas, ni plantones, ni castigos denigrantes que rebajaban la personalidad moral del niño. Usaba, sí, una varita de mimbre muy delgada y flexible, con aquellos alumnos que por su crecimiento y edad, eran un peligro para los demás y a fin de mantener la disciplina general que era indispensable en una escuela mixta, de muchos alumnos y de un solo maestro. De otra manera, ni los muros del edificio hubieran quedado de pie, ni las niñas hubieran tenido la protección que nunca les faltó.

Padre de numerosa prole, sabía perfectamente hasta donde se podía estirar el brazo, sin dañar el cuerpo.

ENTRADA Y SALIDA DE LA CLASE

Las clases como ya dije, funcionaban de mañana y de tarde, cambiando las horas de entrada y salida de la escuela, según las estaciones del año.

Por la mañana, al toque de un timbre, en la primera época y de la campana, cuando la escuela la poseyó, los alumnos formaban fila. Bajo la batuta del maestro cantaban las siguientes estrofas:

Primera

"En orden, en fila,
Ninguno se mueva
Sin orden la prueba

No puédese hacer.
Uno, dos tres
Uno, dos tres".

Segunda

"En primera, segunda,
Cada uno esté atento,
Libre el movimiento
Del brazo y el pie.
Uno, dos, tres,
Uno, dos, tres".

Con este canto, se llegaba marcando el paso hasta el banco al lado del cual el niño permanecía de pie hasta que el maestro, con un toque de timbre, indicaba: "tomar asiento". Este se hacía en el mayor orden y en silencio.

Al finalizar las clases del día y una vez preparados los útiles para la salida, a la orden del maestro, se inciaba ésta. Los niños salían cantando al compás de marcha, los versos siguientes:

"Salgamos, salgamos,
Concluída es la clase,
La alegre campana
Nos llama a jugar;
Muy grato es el juego
Después del trabajo;
Nos gusta el descanso
En él encontrar".

Terminado el canto, el maestro decía con voz fuerte: "hasta mañana, niños".

"Hasta mañana, señor", respondían éstos en coro.

Contentos y alegres por la libertad que irradiaba sus dones por esos campos de Dios, aquella niñez se dispersaba hacia todos los vientos, siguiendo los caminos o cortando potreros y sembrados, para llegar más pronto a su casa.

LOS EXAMINADORES

Siendo la escuela subvencionada, estaba bajo la fiscalización de la Inspección Provincial, la que intervenía en los programas de enseñanza, promoción, festejos patrios, inscripción, registros, duración del año escolar y horarios de clases

Los inspectores realizaban periódicamente visitas a la escuela, vigilando el funcionamiento de la misma.

Entre los inspectores que visitaban la escuela, se recuerdan los nombres de Amilcar Gaillard, Telésforo Gómez, Héctor Leivar y uno de apellido Figueredo.

Concurrían también, examinadores de Colón y de otras escuelas cercanas para promover -previo examen- a los alumnos que respondían a las exigencias de la mesa que ellos formaban.

Entre los que recuerdan mi madre y algunos que fueron alumnos en aquellos años, deben destacarse los nombres de don Guillermo Ferrari y de don Martín Ahumada, ambos escribanos de Colón; doña Berta Nousban, maestra de esta ciudad, y doña Gabriela Pérez; don Francisco de Bilbao, inolvidable maestro de la escuela del Cuartel Sud, de la colonia Villa San José, hoy llamada "Godoy Cruz"; don José Christin, maestro de la colonia Primero de Mayo; Abel Durand, maestro de Primer Ensanche de Mayo y un señor Defazi.

Tanto los inspectores como los examinadores, eran huéspedes del maestro.

Además presenciaban los exámenes, la Comisión Escolar y los padres de los alumnos.

Durante el examen, se hacia leer en voz alta a cada niño, se tomaba prueba de dictado y se resolvían cuentas y problemas.

Cada uno de los examinados presentaba su trabajo a la mesa de examinadores, la que calificaba numéricamente. Calificado el alumno, mostraba su examen a las demás personas presentes.

En el año 1897 fueron examinados ciento siete alumnos, cifra muy elevada, si se tiene en cuenta la distancia y medios de movilidad de entonces.

Finalizados los exámenes, se hacía una fiesta escolar, con declamaciones, cantos y exposición de labores.

Para agasajar a los huespedes, se realizaba un banquete en la escuela, en honor de los mismos.

LAS FIESTAS PATRIAS

El Consejo Escolar de Colón, velando por los fueros de nuestra nacionalidad y con el fin de que los sentimientos de argentinidad penetran profundamente en las almas infantiles por medio de la Canción Nacional y por los festejos, de los aniversarios patrios máximos de nuestra libertad e independencia, dirigió al Director de la escuela, la circular Nº 408, que a continuación transcribo:

"Colón, Junio 9 de 1899.

Señor Director de la escuela, don Emilio Francou,

Villa Elisa"

"Sirvase comunicar por escrito a este Consejo, si usted o maestros a sus órdenes conocen la letra y música de nuestra Canción Nacional y si la han enseñado a los niños que concurren a la escuela que usted dirige.

"Necesito también saber si esa escuela solemniza los aniversarios patrios -25 de Mayo y 9 de Julio- en la forma que lo determina nuestra Legislación Escolar.

"Saludo a Vd. att. -G Ferrari. - D. Antonini".

Es digno de hacer constar aquí, toda la buena voluntad y acatamiento a nuestra soberania nacional, que siempre tuvieron las distintas colectividades extranjeras que poblaron nuestra Villa y colonia.

No hubo lucha en ese sentido, pues todos los colonizadores fueron respetuosos de nuestras leyes y no influyeron en los sentimientos de sus hijos, para menoscabar su amor por esa tierra, que los acogió generosa y pródiga, incorporándolos definitivamente a la familia argentina en formación. Por el contrario, es agradable comprobar, la forma activa con que participaban en los festejos de nuestras efemérides patrias, mandando delegados con sus banderas respectivas y concurriendo en masa, a la escuela y a la plaza pública, para incorporarse a la alegría general, que siempre producen estos acontecimientos en los pueblos pequeños, carentes de novedades importantes.

Tengo en mi poder algunas fotografías de los primeros años de la fundación, tomadas en la escuela en días de recordación histórica de nuestras fechas máximas. Aparecen en ellas, un tanto borradas por el tiempo, las figuras venerables de la mayor parte de los primeros pobladores, testimonio elocuente de la intimidad que había entre la escuela y los padres de familias.

No es exagerado decir, que todos vivían intensamente la vida escolar de sus hijos y que junto a éstos, aprendieron toda la grandeza y armonía de nuestra tierra, de nuestras leyes, de nuestras tradiciones y de nuestras libertades.

Una de esas fotografías sacada frente al edificio de la escuela, ha reunido en un grupo numeroso, a gente del pueblo y de la colonia, en uno de esos días consagrados a la patria. Aparecen allí, entre otros borrados por la acción de los años, los pobladores siguientes: don Bartolomé Bourren, sosteniendo la Bandera Argentina; don José Grand, con la bandera italiana; don José Gay, con la bandera suiza y don Luis Giraut, sosteniendo la bandera francesa. Completan el conjunto los señores: Juan Gay, Juan José Joannás, Emilio Francou -director de la escuela-, Ramón Munilla -comisario de policía- Plácido Sigot, Angel Vigatto, José Joannás, Celestino Lambert, Alberto Decourgez, Pedro Raviol, Agustín Joannás, Mariano Sigot, Máximo Allemand, Emilio Lambert, Filiberto Sigot, José Morard, Inocencio Monzón, Juan Lambert, Filiberto Orcellet, Luis María Bouet, Antonio Orcellet, Francisco Garnier, Luis Lugrin, Enrique B. Rieter, José Bourren, Carlos Luis Bournissen, Leonardo González, Carlos Raviol, Alfonso Fellay, Esteban Raviol y otros.

LA FIESTA ESCOLAR

En esa vieja casa, aprendieron padres e hijos al mismo tiempo, a venerar los símbolos augustos de la patria nuestra.

La Canción Nacional inflamaba de llama sagrada los corazones de las primeras generaciones de la colonia y los padres balbuceaban, siguiendo el canto de sus hijos, el nuevo credo de América, hecho armonía sublime:

¡Oíd mortales el grito sagrado!
¡Libertad, Libertad, Libertad!

La modesta Bandera Argentina -no por eso menos augusta- que prohijaba la fiesta, simbolizaba la patria toda que ellos respetaron y amaron porque fué la de sus hijos y porque en su grandeza les brindó seguridad para sus vidas, alimentos para sus familias, libertad para sus conciencias y leyes para sus derechos.

En sus colores amaron a la tierra nuestra a través de ella conocieron a su creador: Manuel Belgrano.

En el himno a Mariano Moreno, aprendieron padres e hijos, el verbo de Mayo, y en el de Rivadavia vieron a la Nación Argentina, abriendo sus puertas amplias, para que entrara por ellas, la civilización europea confundida con los extranjeros que se incorporaban a nuestro destino.

En los versos recitados por los alumnos, amaron Al Cruzado de la libertad de media América, General don José de San Martín, héroe máximo de nuestra Historia, fundido en virtudes excelsas, que disputó a los cóndores el camino del cielo para confundirse con la gloria auténtica.

Allí aparecieron también, con el a, b, c, a ser argentinos, al igual que sus descendientes y a mancomunarse con éstos, en el apego y cariño a nuestras tradiciones camperas.

Discurso del Director, canciones patrióticas y declamaciones alusivas a nuestros héroes, sintetizan la manera de honrar en aquellos años, lo mismo que hoy, los dos acontecimientos más trascendentales de nuestra historia patria y por los cuales, con gran acierto, se preocupaba el Consejo Escolar de Colón.

AÑOS 1896 Y 1897

SACRIFICIO DE ANTAÑO

En los años 1896 y 1897, por orden de la Inspección, los maestros de la campaña con el mayor número posible de niños, tuvieron que reunirse en Colón, para festejar el 25 de Mayo.

Con tal motivo, en los años mencionados, se organizaron caravanas escolares, cuyo punto de concentración para la partida, fué la escuela.

Componíase aquéllas, de cuatro o cinco carros ''colono'', pertenecientes a vecinos que merecen recordarse por su colaboración entusiasta y desinteresada. Sus nombres son: José Joannás, Jorge Francou, José Zermatten e Isidro Fellay.

A las cinco de la mañana, la caravana se ponía en marcha, presidida por el Director de la escuela. Los carros iban repletos de alumnos, de padres y madres con hijos menores -de pecho algunos- como el que escribe estas líneas.

Después de un traqueteo fenomenal por esos caminos interminables, en carros más saltarines que zaranda de limpiadora de granos, se llegaba a destino como a las diez de la mañana.

Los alumnos iban lo más arreglados que podían, luciendo con orgullo en sus pechos, la Escarapela Argentina.

En Colón, descendían de los carros y formaban filas. Dirigidos por el Director, a quien acompañaban algunos padres, la columna se ponía en marcha hacia la plaza, bajo el amparo de la Bandera Argentina, llevada por uno de los niños más grandes. Allí se ubicaban formando círculo alrededor de la tribuna, de acuerdo a instrucciones previas de los que organizaban los festejos.

Cuando la escuela de Villa Elisa llegaba, la plaza ya estaba llena de público, que se adhería jubiloso a la conmemoración patriótica.

La fiesta empezaba con el Himno Nacional, coreado por los presentes. Seguían después discursos, declamaciones, canciones patrióticas y desfile entre gritos de vivas a la patria, a los héroes y la libertad. Finalmente repartían masitas y caramelos entre los niños, los que quedaban contentos por todo lo que habían visto.

El 25 de Mayo de 1897, entre la caravana iba el carro de tío Francou, manejado por tía Rosa, y en el que viajaban los muchachos de Orcellet, de Joannás, de Villón, de Francou y otras más.

Al regresar de Colón, se nubló el cielo, empezó a llover e hizo mucho frío. Por tal motivo las niñas fueron amontonadas y apretujadas en la caja del carro, cubiertas con frazadas de lana y otras prendas de abrigo de las que siempre iban provistas.

Caladas de humedad, frio y con mucho hambre, llegaron de regreso, pidiendo a Dios que no las hiciera ir otra vez a esas jornadas de sacrificios.

Desde esa fecha los padres no quisieron exponer nuevamente a sus hijos a tantas contingencias desagradables y resolvieron no concurrir más a Colón.

Quien no haya hecho un largo viaje en esos carros "colono", construídos sin elásticos que amortiguan los zarandeos y que más saltan, cuanto más vacíos ruedan por caminos desparejos, no podrá apreciar en su fiel realidad, todo el sacrificio corporal que significaba para aquellos padres y niños.

Por eso, esa concurrencia obligada de maestro y alumnos a dichos festejos, debe destacarse como sacrificio innecesario.

Había sobradas ventajas para que esos actos se realizaran en la plaza local, dando al pueblo oportunidad de confundirse en un mismo entusiasmo patriótico y ser espectador al mismo tiempo de los números que integraban los programas.

Desde esa fecha las fiestas cívicas del 25 de Mayo y del 9 de Julio, se realizaron en Villa Elisa, en la forma que narro: el día anterior a la efemérides patria, quedaba terminada en la parte de la plaza que hoy está arbolada, una tribuna hecha con cajones y tablones, convenientemente cubiertos con un gran encerado.

Allí se congregaban desde temprano los vecinos del pueblo y de colonias, para esperar la llegada de los niños de la escuela. Formados éstos por orden de estatura y precedidos por la Bandera Argentina, llevada por el más grande, se ubicaban frente al entarimado, entre el regocijo de los padres, que ansiosos buscaban con la vista el lugar donde estaban sus hijos.

Las salvas de los morteros y las bombas de estruendo, hacían vibrar al unísono el cielo inmenso y los corazones presentes, saludando a la patria en su glorioso aniversario.

Se iniciaba la fiesta cantando el Himno Nacional. Después un alumno pronunciaba un discurso; muchas veces le correspondió este honor a Samuel Vigatto, por reunir condiciones excepcionales para estos actos, según referencias oídas.

Seguía un nutrido número de versos patrióticos, que oscilaba entre veinte y veinticinco declamaciones.

El discurso de clausura, varias veces estuvo a cargo de

mi hermana Margarita, quien no olvidó nunca la delicada atención que tuvo para con ella una vez, doña Teresa Küttel de Gay, al obsequiarle un hermoso ramo de flores naturales.

Terminaba la fiesta escolar, empezaban los juegos para niños, consistentes en números propensos para hacer reir a los espectadores. Entre ellos recuerdan mis hermanos: carreras de embolsados; palo enjabonado; sacar una moneda del fondo de una palangana llena de agua, teniendo las manos atrás del cuerpo; despegar con la boca, una moneda puesta en la parte posterior de una sartén con mucho hollín y suspensa de un hilo; carreras a pie, etc.

Terminados estos números, la gente se dirigía hasta enfrente de lo de José Bourren -hoy José Moix- donde comía asado con cuero y tomaba vino a discreción, entre víctores a la patria y vivas a los organizadores de los festejos.

Por la tarde se corrían carreras de caballos y de sortijas, en la avenida General Roca, desde el Tiro Federal Argentino, hasta frente de la casa de José y Enrique Bourren.

Al anochecer empezaba el baile popular en los galpones de la casa Bourren, el que duraba hasta la salida del sol.

Como puede deducirse de estas crónicas, que me fueron hechas por personas actuantes en aquellos acontecimientos, tanto la escuela, como los pobladores de todas las nacionalidades existentes en el lugar, festejaban calurosamente nuestras efemérides patrias de mayor significación nacional.

LA CAMPAÑA DE LA ESCUELA

Estaba suspendida en uno de los extremos de un tirante de setenta centímetros de largo o más o menos. Del opuesto, pendía una soga que llegaba casi hasta el suelo.

Dicho tirante se columpiaba sin esfuerzo, sobre dos puntas de hierro apoyadas en dos parantes gruesos, puesto en posición vertical.

Al estar en reposo la campana, por la acción de la gravedad, quedaba metida dentro del bastidor que formaban los parantes.

Cuando se tiraba de la soga con suavidad, el tirante de cuyo extremo pendía ella, tomaba la posición horizontal. Dándole un tirón brusco y corto a la soga, el badajo golpeaba

con toda fuerza contra el bronce, produciendo una vibración muy sonora y fuerte.

Con cierta baquía en el movimiento de la muñeca al tirar de la cuerda, se le imprimía al sonido un ritmo mucho más agradable al oído, que el "tan, tan, tan", frecuente y monótono, que se oye en aquéllas que se tañen al alce de la mano.

Mi padre, que era quien la tañía, había adquirido una habilidad especial, haciéndole producir un sonido agradable al oído por el ritmo y el repiqueteo.

Muchos alumnos quisieron imitarlo sin conseguirlo, en ocasiones que por su ausencia estaban de parabienes. Poco importaba el reto ineludible, con tal de satisfacer un deseo largamente acariciado.

Colocada encima de la casa, en la pared que miraba hacia el nororeste, ganaba cinco metros más de altura sobre la cuchilla que dominaba el contorno.

Su broncínea vibración, se esparcía por las laderas en todas direcciones; lamía el bajo, la cañada y el arroyo; besaba a su paso, el campo virgen, la tierra arada y los sembrados cargados de esperanzas labriegas. Juguetona, peinaba los pastizales, trepaba las arboledas y cantaba en los nidos escondidos entre las frondas, haciendo estremecer a las aves tranquilas y a los pichones medrosos. Subiendo las cuestas vecinas, pasaba las cumbres, atenuando su sonido en los bajos y cuchillas más distantes, para perderse en el infinito tapizado de verde y azul, después de conmover la comarca con su canto al trabajo y al deber de todos los días.

A su voz argentina se rumoreaba la campiña apacible, brotando de todos los horizontes imaginables, enjambres de niños y niñas, que a pie, a caballo, en carro y en carreta, se acercaban al faro inolvidable, que sobre la cumbre de la loma más alta atraía con sus paredes blancas, a todas las esperanzas de aquellos hogares humildes, amasados en el sacrificio de vencer a la naturaleza indócil en los miles de combates que sostuvieron para dominarla.

Pasada a la nueva, esa misma campana que durante diez años, bajo la égida de mi padre, fué como el pregón de la colonia, siguió tañendo en manos de Aquino Küttel su metálica vibración, por los campos que grabaron de memoria sobre su tierra, el himno matinal "Al deber", que ella anunciara jubilosa a la primera niñez de la Villa y sus colonias tributarias.

Rajada en su métalica masa no sirvió más y cesó de llamar a los niños, perdiéndose en la nada, quien sabe entre qué montón de hierros viejos; pero su eco aun vibra en el alma de los que, en mañanas y tardes que no se olvidan, tienen un rinconcito donde las horas del recuerdo tañen, a manera de aquella campana inolvidable, su más dulce y suave melodía.

PRIMEROS ALUMNOS

Nómina de los alumnos que en marzo del año 1892, llenaron por primera vez con sus voces infantiles, el aula de la escuela "Elemental Mixta de Villa Elisa", marcando el rumbo por donde debían pasar sucesivamente todas las generaciones del pueblo y de la colonia hasta 1904, fecha de su oficialización.

Ese honor corresponde a: Bourren José; Bergara Demetrio; Deymonaz Santiago; Fagúndez Esteban, Cecilio, Manuel; Francou Antonio, Cesáreo, Francisca, Margarita; Goubelet Alberto; Gauttier Jorge; Gobée Edmundo; Guex Luisa, Francisco; Guibaudo Ambrosio; Guillaume María; Jacquet Mariano; Joannás Inés, Luisa, Francisco, Miguel; Küttel Juan, Francisco, Rosa; Lambert Juan; Lezcano Marcelino; Maher Ana; Molgar Juan, María; Medina Ricardo; Mout Augusto; Munist Pedro, María, Juan; Ozuna Margarita, Ernesto; Perrón Agustina, Jorge; Pioli Patricio, Leopoldina, Domingo; Raviol Teresa; Roude Pedro, Bartolomé, Ramón, Cesáreo, Emilio; Schanseaud Bautista; Zunino Pedro.

PRIMER EXAMEN

Resultado de los exámenes del segundo término escolar, efectuados en la "Escuela Mixta de la colonia Villa Elisa", el día 19 de noviembre de 1892.

Nómina de los alumnos de Primer grado:

	Nº de Orden	Lectura	Escritura	Aritmética	Geometría	Dibujo	Lecciones de cosas
Miguel Joannás	1	7	8	9	9	7	7
Cesáreo Roude	2	7	8	9	9	5	7
Pedro Zunino	3	6	7	9	9	9	7
Esteban Fagúndez	4	6	7	8	8	6	7
Cecilio Fagúndez	5	7	8	6	8	6	6
Juan Munist	6	8	7	7	7	5	7
Pedro Munist	7	6	7	9	8	5	8
Francisco Küttel	8	8	6	7	7	6	5
Domingo Pioli	9	7	5	6	7	5	7
Manuel Fagúndez	10	7	7	7	7	5	7
Bautista Schanseaud ..	11	9	6	7	7	7	6
Mariano Jacquet	12	9	7	7	6	5	6
Francisco Guex	13	7	6	5	6	6	6
Francisco Joannás	14	7	7	7	7	6	7
Marcelino Lezcano	15	5	5	5	5	5	5
Rosa Küttel	16	8	6	6	7	5	6
María Munist	17	9	8	9	8	6	7
Francisca Francou	18	7	7	6	6	5	5
Inés Joannás	19	7	6	8	7	6	7
Luisa Guex	20	8	7	9	6	7	6
María Malgor	21	7	8	9	8	8	7
Ricardo Medina	22	6	8	6	7	8	8

Firman la planilla original los señores:

Cesarina U. de Bernard (Maestra examinadora).

Francisco de Bilbao, (Maestro examinador, de Cuartel Sud de la Colonia San José).

Juan Küttel, (Vocal de la Sub-comisión escolar).

Oscar Dubelluit, (Vecino de la Colonia Elisa).

Nómina de los que fueron alumnos de la "Escuela Elemental Mixta" de Villa Elisa, desde 1892 a 1904, año que se oficializó:

Acevedo Paolino, Victoriano; Acuña Rita; Aduco Augusto, Juan; Albin Lucía; Almada Antonio, Gregorio, José, Faustino, Rosario; Allemand Emilia; Antonin Luis; Aramburu Juan; Bacón Felicia, Juan, Bautista; Barcos Eduardo, Ramón; Bellay María, Martín; Beristain Celestina, Juana, Manuel; Bergara Isabelino, Melitón, Teodosia, Dorotea, Eudosia, Crespín, Demetrio; Bobbett Tomás, Cipriano; Boenar Pedro, José; Bondaz Augusto, Francisca, María, Juan; Blancaire Dionisia; Bourrend José, Margarita, Juan, Melitón, Luisa, Juana, Eduardo, Enriqueta, Félix, Ramón, Santiago, Erminia, Ema, Benicio, Filomena; Bouvier Julio, Bartolomé; Bournissen Virginia, Francisco, María, Celestina, Luis, Alejandrina, José, Anastasia; Buet Rafael; Burgos, Diego; Bren Luisa, Isabel; Casse Francisco, Augusto, Bautista, Alfonso, Victorio; Carricarte Rogelio; Clemenceau José, Celestina; Colú Alejandro, Victoria; Cuturier Miguel, Inocensio, Martín, Bernabé; Dessmoux María, Pedro, José; Devetter Julio; De Elía Esteban; Domínguez Aurelio; Dubelluit Alejo, María, Luis; Durand Luisa; Echeverría Pedro; Fagúndez Esteban, Cecilio, Manuel, Gregorio, José; Faure Justo, José, Celestino, Benito, Emilio; Fellay Juan, Eduardo, Isidoro, Antonio, Francisca; Firpo Luis, Francisca; Folonier Juan, Cipriano; Fournier Ruperto; Francou Margarita, Jorge, Emilio, Ambrosio, Alfredo, Horacio, Antonio, Cesáreo, Francisca, Agustina, Josefina, Rosalía, José; Froment Leonora; Galarza Julián; Galliano Francisco; Garnier Francisco, Juan; Garcin Andrés; García Ramón, Teresa, José, Luis; Gastal Fernando, Víctor, Luis; Gaubelet Alberto; Gay Albino; Ghiani Josefa; Giovinal Esteban, Enrique, Albino, Dusolina, Alejandrina; Gobbée Edmundo; González Daniel, Victoria, Antonio, Alcira, Mariano; Gómez Romualdo; Guex Luisa, Francisco; Guibaudo Ambrosio, José; Guiffrey Francisco, Agustina, Félix, Melitón, José, Bautista, Josefina, Augusto, Teresa; Guillaunme Antonio, Luisa, Juan, María; Guntren Germán, María, Ana, Ida; Huerta Josefa, Máximo; Jacquet Mariano, Paolino, Alejandro, José; Joannás Manuel, Máximo, Celestina, Marcelino, Antonio, Rosa, Magdalena, Pedro, Margarita, José, Paolina, Filiberto, Alfredo, Josefina, Camilo, IInés, Miguel, Francisco, Luisa; Küttel Francisco, Juan, Rosa, Aquilino, Zenobio; Lambert Juan, José, Luis, Celestino; Leiva Zenona, Joaquín, Alejandra, Avelino, Petrona, Justa, Cándido, Ricardo, Andrea; Lezcano Marcelino, Diego, Donata, Modesta; Lombardo Juan; Lugrin Fernando, Juana, Rosalía, Eduardo; Malgor María, Juan; Maher Juana; Mena Teresa, Anastasia, Emiliana, Felisa, Julio, Simón, Pablo; Medina Froilán, Augusto, Ricardo, Petrona; Meyer Irene, María, Miguel, Ana, Lucrecia; Mendoza Sermiliano, Carmen; Moix Luis, Juan, Ca-

rolina; Monzalvo Fructuoso, Víctor; Mout Augusto; Morard José, Carlos, Victoria; Moyano Sixta; Munist Pedro, Juan, María; Munilla Miguel; Muñoz Arturo, Eugenia; Noir María; Olague Manuel, Francisca; Orausclio Sixto; Orcellet Nicolás, Anastasia, Luisa, Juan, María, Inés, José, Josefina, Francisco; Ortiz Pedro; Ozuna Margarita, Ernesto; Faroix Francisca; Perdiguero José, Susana; Perrón Jorge, Agustina, Teresa; Pettit Benito, Andrés; Pereyra Juana, Martín; Pioli Patricio, Leopoldina, Domingo, Silvio, Luis; Pin Próspero; Pons Carmen, Rosa; Poco María, Antonio, Juan; Ponzet Luis; Puttallaz Plácido, Meregildo; Pulpo Eugenio, Angelita, Antonio; Quiroga Marcelino, Rafael, Leonardo; Raviol Miguel, Luisa, Teresa, Lucía, Matilde; Rey José, Margarita, Filipina, Francisco, Juan; Rebord Silvestre; Rojas Juan Andrés; Roude Pedro, Bartolomé, Ramón, Casareo, Emilio, Pablo, Antonio, Francisco; Rodríguez Petrona; Rouggier Eduardo, Ernesto; Russo Ramón, Jacinto, Martín; Sala Pedro, Carlos, Celestino; Sautier Matilde, Camilo, Angela, Emilio, Patricio, Nemesio; Schanseaud Bautista, Antonio, Augusto, Remigio; Schaulet Rosa, Juan, Alberto, Francisco, Elisa; Schaubeuf Antonio; Schamillard Ernesto; Scheridan Santiago, José, Felipe; Sigot Josefina, Rosa Cirilo, Polonia, Eugenio, Augusto; Sierro Fernando; Talamarca Honoria; Tournour Ramón, José M.; Trebou Marcelino; Udrissard María, Elías; Van Opstal Enrique; Vanhazevelde Carlos; Vernaz Germán; Vigatto Samuel, Lorenzo, Armando, Moisés, Inés; Villón Luisa, Gabriel; Williman Josefina; Zabalza Elena, Emilia, Fermín, María, Juana; Zermatten José, Juan, María, Martín, Luisa; Zunino Pedro.

LA PRIMERA SUB-COMISION ESCOLAR

La Primera Sub-Comisión Escolar.

Copia de la nota pasada por el Consejo Escolar de Colón.

Colón, Marzo 3 de 1892.

Al señor José Joannás, presidente de la Sub-Comisión Escolar. Villa Elisa.

Este Consejo ha tomado conocimiento de su nota fecha 1° del presente aceptando los candidatos propuestos para miembros de esa Sub-Comisión Escolar, en esta forma:

Presidente: José Joannás.
Vocales: Juan Joannás, Pedro Munist.
Secretario: Jorge Francou.
Tesorero: Juan Küttel.

Con respecto a la subvención que solicita para el director de esta Escuela, debe dirigir el pedido directamente al Ministerio de Instrucción Pública de la Provincia. Este Consejo, llegado el momento informará como corresponda.

En cuanto al pedido de útiles se servirá Ud. determinar aquéllos que necesita, a fin de proveerlo en cuanto nos sea posible.

Saluda a Ud. este Consejo.

Fernández Walet

Ferrari
Secretario

N° 126

OTRA SUB-COMISION ESCOLAR, EN EL AÑO 1900

Presidente: Enrique Bourren.
Vocales: Manuel Beristain, Mauricio Küttel.
Secretario: Domingo Pioli.
Tesorero: Bartolomé Bourren.

LOS JUEGOS INFANTILES

Son el mundo maravilloso de los niños. ¿De qué invenciones no son capaces, con tal de llevar alegrías a sus horas?

La gran actividad que desarrollan ellos, les hace aguzar constantemente el ingenio, para sacar partido de la más insignificante circunstancia y encontrar así, la manera de divertirse. Una piedra, una piola, una figura, un trompo, una bolita, un botón y tantas otras menudencias, son elementos bastantes para darles un mundo de felicidad y hacerlos dichosos.

Es que los niños están hechos para jugar.

Al hacerlo, no sólo desarrollan su físico y su ingenio, sino que cultivan un gran espíritu de sociabilidad y de justicia. Los tramposos sufren el desprecio de sus compañeros y terminan por ser eliminados del grupo.

Es interesante oír las protestas en todos los tonos, con

que censuran a los que obran con aviesa intención en un juego, donde la honradez debe ser la base del éxito. Casos he visto, en que la indignación por el engaño fuera de regla, armó el brazo del débil para castigar al inmoral.

Como un anticipo, a la sociedad donde más tarde actuarán, aparecen en esta época de la vida del niño, los sentimientos de justicia y de honradez que han de formar la esencia apreciable del hombre de bien. Es en los juegos, donde se ponen en evidencia todos aquéllos que más tarde caminarán por huellas torcidas, alejándose del aprecio de sus semejantes.

Todos fuimos niños; todos reímos, gritamos y lloramos alguna vez, ante el placer de un triunfo, la satisfacción de un éxito o el dolor de una derrota; pero todos quisimos siempre ser leales, para ser queridos por nuestros compañeros.

¡Qué lindos fueron aquellos días, que corríamos contentos al par de las horas, terminando cada jornada con la espera ansiosa de la que vendría y llevando como última visión al mundo de los sueños, la imagen de los amigos dejados hacía un momento! Aun resuenan en mis oídos las voces cristalinas de aquellos que en la escuela o fuera de ella, llenaron con su infantil barullo, el silencio de la naciente población. Esas voces del recuerdo, percibo todavía, no sin pena honda, las de todos los que por allí pasaron contentos, siguiendo el ritmo de la vida, para llegar al sitio desde donde se añoran los goces que fueron en la infancia, cánticos a la alegría del vivir.

"La Encimada", "La Raya", "El Hoyo", "La Resbalada", "El Martín Pescador", "Ñandú, ¿Querés Charque?", "don Juan de la Casa Blanca", "Las Carreras a Pie", "Las Guerrillas" y "El Tríangulo".

¡Cuánta emoción y risas confusas despertarán del sueño que duermen en tu alma, al leer estas páginas, lector amigo!

Sígueme y si tienes alma, volverás a ser niño sin problemas, ni angustias.

Todo tiene explicación en este mundo, menos la muerte y pensando en las causas por qué desaparecieron algunos de aquellos juegos, no encuentro otra superior, a la civilización de los pueblos.

De tres de ellos me ocuparé, por ser los que más pronto

dejó de practicar, la niñez que sucedió a la que evoco en estas reminiscencias.

LA RESBALADA

Por aquellos años, casi todos los niños concurrían descalzos a la escuela, pese a las grandes distancias que recorrían algunos.

Los días de lluvia eran los apropiados para la resbalada. Consistía ésta, en un patinaje sobre el pasto mojado, al principio del juego, que se transformaba después en un verdadero lodazal.

Tenía la cancha una longitud inicial insignificante, pero alcanzaba a tener después de muchas incursiones, cinco o más metros de recorrido.

Eran días de gloria esos de lluvia. Bastaba que uno cualquiera del grupo tomara la iniciativa, para que los demás lo imitaran.

Uno tras otro, en rápida sucesión y en plena carrera, al llegar al lugar marcado de antemano, apoyaba el pie derecho sobre el suelo, levantando al mismo tiempo la pierna izquierda para deslizarse, como sobre aceite, recorriendo sin interrupción toda la huella abierta entre los pastos. Para hacer a ésta más resbaladiza, se la mojaba con mucha agua. En estas condiciones, se ponía más resbalosa que palo enjabonado, y era entonces digno de ver toda la habilidad y destreza de algunos, para deslizarse serenamente de punta a punta de la huella; y la torpeza de otros, que al caer en el barrial salían, "como chanchos de un pantano", con barro hasta en las orejas, entre las risas interminables y la algazara de los demás.

No faltaba después un charco, para evitar el reto del maestro o la débil zurra maternal.

Era en su simpleza aparente, un juego tan delicioso como difícil, donde el más hábil equilibrista tenía sus admiradores y en el que nunca faltaban los que daban el verdadero interés al pasatiempo.

LAS GUERRILLAS

Afirman algunos psicólogos, que para llegar a ser un buen civilizado, es necesario haber sido primero un buen salvaje.

Yo modestamente pienso, que eso es verdad, por cuanto hay potencias ancestrales en el ser humano que deben ser satisfechas para matar ciertos instintos primarios. Según la Biología, los seres repiten desde la concepción hasta su desarrollo, las transformaciones sucesivas por las que pasaron sus antecesores inmediatos, (Ontogenia) y mediatos, (Filogenia).

De ahí que algunos psicólogos admitan como proceso natural en los niños, el llamado "período belicoso".

¡Felices entonces aquéllos que tuvimos la suerte de vivirlo intensamente, a la manera del gran Sarmiento, en batallas campales inolvidables!.

Como en la guerra, había jefes y soldados. Los más capaces en la estrategia y de más coraje en la pelea, eran los primeros; los otros eran soldados rasos. Se formaban dos bandos, los que ocupaban posiciones a una distancia entre sí, de sesenta o setenta metros, ocultos entre los yuyos o donde podían, esperando la ausencia del maestro, para que no les ahogara la farra. Perfectamente pertrechados de terrones, bosta seca y llevando en la cintura, a manera de espada o facón unas gruesas biznagas, empezaba la batalla, con arrojo de proyectiles en profusión. Sea que éstos se agotaban o que los ánimos se enardecían, la distancia se acortaba prestamente y empezaban los cuerpo a cuerpo y los palos, sin lástima de ninguna clase. Cabezas, costillas, espaldas y brazos quedaban con innúmeros chichones, moretones y cardenales, que pese al escozor y al dolor que producían en los combatientes, eran considerados como trofeos de guerra ganados en "hecho heroíco".

Pero un día después de muchos combates inolvidables, quiso la mala suerte que un terronazo o un ladrillazo partiera la cabeza de un guerrero y que el maestro se enterara. Un responso severo, como él solía hacerlo, terminó para siempre con las guerrillas, que tantos dolores y alegrías nos produjeron, en días que no se olvidan.

EL TINGULO

No sé por qué lo llamábamos así, ni quien lo trajo para nuestra felicidad. Lo cierto es que durante muchos años fué el rey de nuestros juegos.

Para su realización se formaban dos bandos, eligiendo cada uno, con preferencia, los niños más veloces. Siete a siete u ocho a ocho, por ejemplo, aunque se podía dar la ventaja de un niño, si el número de éstos era impar.

Hecha la elección, se determinaba un lugar o un objeto, que podía ser un banco, una pared o un árbol, al que se denominaba "barra" y donde se ponía un bando, "sin mirar", mientras el otro se escondía detrás de la casa, de un árbol, de un cajón, entre los yuyos o donde podía.

Al grito de: "guerra", los que estaban en "la barra" salían de ella tratando de descubrir a los contrarios, pero tomando las mayores precauciones para volver a la misma sin ser copados, cuando atropellara alguno o varios de los que estaban ocultos.

Las variantes de este juego eran las que le daban interés, tratándose siempre de ganar el derecho a la escondida, para no quedar en la barra. Estas variantes eran:

A) El "acuse". Los que estaban escondidos podían asomar desde el lugar donde se ocultaban, una mano, un sombrero, la cabeza o cualquier cosa, para procurar del contrario el "acuse".

El que acusaba, lo hacia en esta forma: "barra para Héctor", "barra para Chito", "barra para Cocolincho", "barra para El Cabezón", "barra para Pituca", barra para "El Tuerto Victoriano", barra para "La Pulucha", barra para "El Vasco", "barra para "El Tero", "barra para "El Zurdo", "barra para Grasa", o para tantos otros compañeros de juegos.

Si el "acuse" estaba mal hecho, el escondido debía salir inmediatamente de su escondite, diciendo: "mal acusado", ganando en consecuencia el derecho a esconderse con sus compañeros nuevamente.

Si el "acuse" estaba bien hecho, los contrarios del acusador regresaban a la "barra", debiendo tocarla para quedar inmunes. Si así no lo hacían y el acusado "tocaba" a

alguno de los contrarios, antes de que éstos "tocaran" la "barra", ganaba el derecho a esconderse y el de todos sus compañeros ya fuera de juego, volviéndose a empezar como al principio.

B) Al salir en busca de los contrarios, se tomaban todas las precauciones para no ser sorprendido fuera de la "barra". En un momento cualquiera, cuando el que estaba escondido lo creía conveniente, atropellaba a toda carrera tratando de tocar alguno o ganarle la "barra", copándolo. Si conseguía lo primero, era vuelta ganada y de nuevo a esconderse con todos sus compañeros. Si copaba a uno o varios, ganándole la "barra", debía tratar de "tocar" a alguno, evitando que llegara a ella. Una vez copado un contrario o varios, llamaba en su ayuda a sus compañeros, los que indicaban una persecución llena de agradables incidencias, por las gambetas que debían realizar, la habilidad para evitar ser alcanzados y la resistencia de que hacían gala.

Si los que disparaban llegaban a la "barra" sin ser "tocados" por sus contrarios, ganaban el derecho a esconderse; pero si era "tocado" alguno, perdían ese derecho.

Era un juego predilecto, por la velocidad, por lo movido, por la picardía y por la nerviosidad que se ponía al buscar a los contrarios procurando no ser sorprendidos.

AL PUEBLO DE VILLA ELISA Y SU COLONIA

Esa escuela es todo un símbolo de eternidad de los primeros pobladores.

No puede perderse en el olvido ese legado espiritual de nuestros antepasados, sin que hiera nuestras frentes el estigma de ingratos a su memoria sagrada.

Hay en ella, algo del trabajo y del sudor noble de los colonos y de los pobladores primeros de la villa, mancomunados en el esfuerzo inicial y lleva en su acervo imperecedero, risas, cantos y juegos inocentes de la primera niñez, hoy confundida en abuelos, padres, tíos y hermanos, que trabajan dispersos por toda la República. Lleva también como germen de vida, la dulce ilusión de aquellos hogares que poco a poco han ido cayendo ante lo inexorable de la existencia, y de otros, cuyos troncos partidos en dos, aun soportan los

embates del tiempo que todo lo puede.

En beneficio de la ñinez la crearon, para que en esta tierra de prosperidad aprendieran el nuevo credo de los argentinos y lo transmitieran a sus descendientes, por los siglos de los siglos.

No pudieron dejar mejor legado a las generaciones de mi terruño inolvidable que esa escuela, que es, en esencia, eterno monumento de recordación de los que nos dieron junto con el ser, los anhelos paternales de hacernos mejores que ellos, al iluminar con el abecedario nuestras inteligencias y purificar en sus aulas nuestros corazones, haciéndonos seres honrados, veraces y patriotas.

No debemos matar con el olvido ese singular legado, porque les pertenece en idea y en acción.

No permitamos que en la paz del Señor, tengan la amargura de saber como los hijos no aprendieron la lección de los padres, olvidando pronto algo de lo digno que ellos hicieron en su paso por la tierra madre que les dió el sustento, al par que alegrías y dolores.

Negar que la escuela "Bernardo Monteagudo" no es la continuación de aquella que crearon nuestros antepasados, es despojarlos del más bello ideal que animó a esas vidas humildes, que dejaron a la patria de sus hijos ese hogar de todos, donde se inculcaron y siguen inculcándose hondo, los sentimientos patrióticos y las virtudes morales, que preparan al futuro hombre en la práctica del bien, haciéndolo fuerte de alma y nutriéndole el cerebro con el saber que lo hará capaz frente a la vida.

Que los manes de los seres queridos, que duermen bajo la losa de los sueños, en el camposanto lugareño y de los que en otros cementerios cercanos o distantes reposan "ineternun", puedan desde donde nos contemplan sonreír gozosos, al vernos confundidos en la casa que ellos crearon para su posteridad, recordándolos en cada aniversario, por siempre jamás.

Si así no fuere, que ellos nos lo demanden.

EL CARRO DE DON CANUTO CUTURIER

Era en la primavera de mil novecientos dos.

Cuchillas y bajos se vestían de verde, impregnando el ambiente de una fragancia indefinida, mezcla de flores y yuyos, de pastos y sembrados.

Los cardizales ostentaban robustas hojas manchadas de verde y blanco, en cuyos bordes ondulados, una orla de espinas mostraba sus puntas amenazantes. Por entre el matorral confuso de hojas alargadas, se alzaban soberanos sobre la apretujada alfombra de las matas, tiernos retoños que se doblaban al peso de los pimpollos que aun no habían levantado al sol sus cabezas erizadas de púas, junto a otros ya endurecidos por los días y en cuyo pináculos se balanceaban mecidos por el viento suave de esa mañana, penachos de terciopelo rojo amoratado, donde miles de abejas zumbonas se bañaban entre sus hilos de seda, buscando el polen y el néctar de sus miríficas corolas.

Los pechos colorados y las cachilas suspensos en la bóveda límpida y azulada de esa mañana primaveral, lanzaban al espacio sus cánticos de celos, al mismo tiempo que en suave planear de alas extendidas se dejaban caer lentamente en graciosos movimientos, sobre los pastos y sembrados, en busca de sus nidos escondidos.

Mixtos amarillentos, en bandadas numerosas se balanceaban cantando, posados sobre los copetes de los cardos en flor, mientras que parados en los hilos de los alambres los pardos chingolos, hacían oír sus cánticos lastimeros, antes de zambullirse entre las matas cercanas, en busca de la compañera o de los pichones ocultos en la impenetrable maraña.

Un sopor de ambiente tibio producido por los rayos del sol en ascensión hacia el cenit, llamaba al sosiego de las sombras, al mismo tiempo que una claridad meridiana destacaba el trillo de los caminos bordeados de una mezcla, tan exuberante como desaliñada en encantadores zig-zag.

La inquieta y numerosa niñez que esa mañana concurría a la escuela, jugaba dispersa por sus alrededores o bajo las frondas de unos paraísos, que plantados por mi padre, rodeaban la casa dándole agradable marco de verdor.

Serían aproximadamente las diez de ese día, sin señal ya en el calendario de aquel pasado jubiloso.

Alguien de los presentes vió que desde lo de don Canuto Cuturier -distante unas dos cuadras- se acercaba en vertiginosa carrera, un grupo de caballos asustados que arrastraba a un carro playero.

Al paso de éste, una espesa nube de polvo, semejante a humareda de rastrojo incendiado, se levantaba del camino, al mismo tiempo que un ruido característico de carro vacío, anunciaba a la distancia, la escena que pronto nos envolvería en su torbellino.

Salió el maestro, y atrás de él -como a un mandato- todos los niños y niñas, nos atropellamos para ver.

A las voces de "¡Cuidado!" "¡nadie se mueva!", mi padre se paró en el medio de la calle, con decisión y coraje. Con los brazos en alto y agitando los mismos, trató en vano de contener a los espantados animales, teniendo finalmente que hacerse a un lado para no ser atropellado y pasado por encima.

Cruzaron como una exhalación frente a la escuela, los cinco desbocados animales, con la carreta a cuesta, para doblar por el callejón que conduce a la estancia que fué del fundador de la colonia.

Atrás de ellos, un grupo como de cincuenta alumnos nos lanzamos en su seguimiento. Poco a poco se fué desgranando el mismo por el camino, hasta quedar reducido a unos veinte niños. Más audaces éstos, siguieron corriendo hasta ver el final del espectáculo, ya que al pasar el carro frente a la estancia, salió en su persecución el Flaco Lugrín, montado en un tordillo parejero, de Ricardo Putallaz, que en ese tiempo tenía a su cuidado.

Poco rato después, caballos y playero, eran traídos de vuelta por el afortunado perseguidor, sin que hubieran sufrido heridas ni destrozos de ninguna clase.

Cerca del lugar los entregó a don Canuto, quien en un matungo viejo y panzón, que apenas levantaba las patas del suelo, había salido en busca de su playero desde el molino harinero, adonde había llevado una carrada de leña traída desde "Las Crucecitas".

EL CARDIZAL

Viendo el maestro que muchos niños no volvian a la escuela, hizo sonar el metálico pregón que convocaba a toda la niñez del pueblo y la colonia al trabajo del aula. Tan repe-

tidos como inútiles, fueron esos llamados de la campana. Nadie volvía.

¿Qué había ocurrido?

Poco sabíamos en aquellos años de las vitaminas que la ciencia nos regala hoy en comprimidos y bebidas, para combatir las enfermedades y fortalecer nuestro organismo contra los males que constantemente nos acechan.

Sólo conocíamos, el sabor almibarado de los tubérculos de macachines, el agri-dulce de la sandía de perro, el suave de los bibíes, el dulzón de los tasis, el dulce de los mburucuyaes, el incomparable de la raíz de uruzú, el jugoso y tierno de los cardos y el gusto de cuantos frutos más puso Dios sobre los campos, para regocijo y felicidad de los que allí viven su infancia plena de naturaleza virgen.

¡Oh cardales amigos, de flores hermosas, entre las cuales tantas veces asomé mi cabeza de niño, oculto en vuestra intrincada maraña de hojas, espinas y yuyos! ¿Qué fué de vuestras flores aterciopeladas, de vuestras avecitas cantoras, de vuestros nidos ocultos, de vuestro tallos dulzones, jugosos y tierno? ¿Qué, de aquellos muchachitos que pusieron en vuestro verde mar de hojas onduladas, el rumor de sus olas, en sus voces, gritos y risas?

A vosotros vuelvo desde lejos en la tierra y en el tiempo, cardizales inolvidables, cargada mi alma de derrotas y triunfos, de doleres y alegrías, triste y contento a la vez, en busca de imágenes que añoro, como antaño en busca de niños amigos, que un día se fueron unos para el cielo, otros por el mundo.

¿Se abren vuestros penachos, cantan los mixtos, anidan los chingolos, rie la infancia en vuestra extensión enorme, como aquella mañana que me llama con sus voces más queridas, a correr en los potreros ondulados y verdes, cual un mar de esmeralda, pintado por el espejismo con que los rayos solares tiñen sus aguas?

De las avecitas aquellas que veo en el cielo sereno y azul, en los alambrados y sobre los penachos abiertos, del cardizal en flor, sé que sus hijos seguirán instintivamente poblando con sus nidos y cantos los mismos lugares tal cual lo aprendieron de sus padres; pero los niños que reemplazaron a la primera infancia que llenó de voces alegres a la aldea naciente, temo que nuevas exigencias de la vida civilizada, les hayan

prohibido gustar, de la que sólo se comprende y valora, cuando hay que salir en busca de la naturaleza para gozar de la armonia plena que ella pone en el cuerpo y en el alma.

"Mente sana en cuerpo sano", dice el proverbio latino que yo transformaría en: "alma buena, cuerpo sano".

Dispersos los niños por el cardal, cada uno armado de un alambre, de un arco de barril, de una lata, o como podía, cortaban retoños gordos y tiernos, a los que pelaban sacándoles la epidermis. Mientras masticaban y engullían unos, otros guardaban en los bolsillos o en el seno de la camisa, una respetable provisión para más tarde.

Lleno el estómago, repletos los bolsillos y el seno de la camisa, retornó la caravana a la escuela, con el temor propio de quien sabe que ha hecho algo prohibido y que le espera el castigo correspondiente.

El maestro nos esperaba con una serenidad que ya conocíamos de memoria.

Apenas atravesada la puerta, a una orden dada por él, íbamos quedando parados al frente del aula.

Los demás niños desde los bancos, gozaban de nuestra situación angustiosa y de nuestras casas de asustados, haciéndonos a espaldas del maestro toda clase de señas, que aumentaban nuestro miedo.

Entre los alumnos, que formaron una gran media rueda frente del salón, estaban muchos que no recuerdo sus nombres, pero sí algunos de los sobrenombres con que nos distinguíamos: Cocolincho, Cuajo, Zurdo, Panzón, Gallo Catalán, Vasco, Pulucha, Pituca, Tuerto Virola, Grasita, Cabezón, Carpincho, Patón, Gringo Negro, Tero y otros más.

El maestro, con una seriedad que ya sabíamos donde terminaba, nos espetó un severo reto por la falta cometida y armándose de una tabla de bastidor, ancha como de cinco centímetros, por medio de espesor y por setenta de largo, nos fué haciendo pasar ante él, de uno en uno.

El primero a quien le tocó turno, fué a un servidor de ustedes, que era el más pequeño de todos, pero que, por ser hijo del maestro, no se liberó del castigo. Más asustado "que un pichón de casero" cuando le apedrean o rompen el nido, avancé haciendo gambetas y mezquinando el cuerpo. Atajándome la cabeza con los brazos, hice lo del avestruz, dejé que los demás lo partiera un rayo y atropellé para pasar, cuan-

to más ligero mejor. De poco me valió, ya que al pasar recibí un soberbio impacto en la nalga izquierda, a la que me llevé prestamente la mano para suavizar el ardor de la parte ofendida.

Uno tras otro fueron desfilando los penitentes, con resultado parecido al mío, y era de ver para reír, las gambetas y mañas, morisquetas y gritos falsos que daban algunos, para evitar el tabletazo, de rigor ese día. Había tres que merecen mención especial: "El Cuajo", "El Zurdo" y "El Cabezón". Tenían, los tres nombrados, una habilidad única para evitar el castigo: atropelladas, retrocesos, amagos, gambetas, posturas, gritos y un ojo especial y certero, para esquivar el golpe y pasar casi sin ser tocados.

Lo gracioso estuvo con el último alumno, de los castigados ese día. Sea porque la débil tabla se había resentido después de tantos planazos, o porque tuvo que pagar por los que sacaron liviano el golpe, por casualidad o porque al maestro "se le fué la mano", el caso fue que al pegar aquélla en la parte más pulposa del cuerpo, se quebró por la mitad.

Toda la angustia vivida anteriormente, se trocó en carcajada y alegría general, que no olvidamos nunca más, los protagonistas de aquel día, quienes siempre hemos recordado el hecho con regocijo y como uno de los momentos más risueños y encantadores de aquellos años vividos en El Faro de la Cuchilla.

LA OFICIALIZACION DE LA ESCUELA

Desde hacía diez años la escuela pública de Villa Elisa, dada su numerosa inscripción, necesitaba más personal docente, bancos, otro material escolar y ampliar el número de grados.

Muchas veces mi padre se dirigió a la autoridad correspondiente solicitando esas mejoras, sin resultado.

Por fin en 1904 se hizo la oficialización de la escuela, nombrándose directora de la misma a la señorita Lidia Cettour y creándose el cuarto grado.

Era inspector en el departamento Colón, a cuya jurisdicción pertenece la escuela de Villa Elisa, el señor Amílcar Gaillard, quien en abril de 1904 puso en posesión de sus pues-

tos a la nueva directora, señorita Lidia Cettour y a los maestros, señoritas Martina Zamapirra, Carmen Marini y a don Emilio Augusto Francou.

Por la razón ya apuntada, hubo necesidad perentoria de abandonar la primitiva casa. Pasó entonces la escuela a otra casa vecina, que fuera propiedad de don Pedro Munit, hoy perteneciente a la sucesión de don Isidoro Marchand.

Dada la proximidad de las mismas, la mudanza de bancos, pizarrones, mapas y cuanto elemento había en la primera escuela, la hicimos los mismos alumnos. Ese mobiliario escolar, agregado a otro que se consiguió, permitió el funcionamiento más o menos cómodo de los cuatro grados.

Al año siguiente la escuela pasó a funcionar en la casa que fuera de don Domingo Pioli, frente a la plaza, hoy propiedad del señor Héctor Vilche. Personal: señoritas Lidia Cettour, Martina Zamarripa y Manuela Rodriguez. Mi padre fué trasladado a la colonia, Primero de Mayo.

Al poco tiempo pasó la escuela, a la casa que fuera de don Juan José Joannás, hoy propiedad de don José Deymonaz. Personal: señoritas Lidia Cettour, Martina Zamarripa y Ramona Brossard.

A principio de 1907, renunció la señorita Lidia Cettour, nombrándose directora a la señorita María Magdalena Urquiza. Personal docente: señoritas Martina Zamarripa, Ramona Brossard y Berta Erramuspe.

Bajo la dirección de la señorita María M. Urquiza, pasa a ocupar en 1911 el local fiscal donde hoy funciona.

Por renuncia de la señorita María Magdalena Urquiza, es nombrada directora la señorita Petronila B. de Albuernes. Personal docente: señoritas Hercilia Martínez, Raquel Schantón y Julia Espinosa.

En 1915 ocupa la dirección de la escuela, la señorita Dora Evequoz. Personal docente: el mismo anterior.

En 1924 se hace cargo de la dirección el señor Antonio Piñon. Personal docente: señoritas Lidia Eyhartz, Alicia Eyhartz, María Carmen Garay y Celia Dantas.

En 1927 se hace cargo de la dirección el señor Seman Bugacoff. Personal: señoritas Carmen Garay, Juana Kammerman, Carola Fenochio, María G. Tulman y Estela Sigot.

Desde octubre de 1937, ocupa la dirección de la casa la señora Estela Sigot de Meyer, consiguiéndose en julio de 1938

la dirección libre y en marzo de 1939 la creación del sexto grado. Personal actual: señoras Ana Isabel P. de Küttel, Nélida L. de Jáuregui, María Margarita E. de Rey, María Angélica B. de Monfort y la señoritas Yolanda Bobbett, Nora Nira Jáuregui, Lía Livio, María Amelia Buffet e Inés Angela Irungaray.

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA ESCUELA Y LA NIÑEZ

Esta asociación creada en 1925 por iniciativa del señor director Antonio Piñón, coopera con la escuela, haciendo llegar a los niños necesitados: ropas, útiles, calzado, etc.

Fué su primera presidenta la señora Ursulina Vigatto de Deymonaz.

Fueron Presidentas en 1941 y 1942 las señoras Francisca Firpo de Guex y Sofía B. de Maffioly.

Actualmente ocupa el cargo la señora Elida D. de Craviotto.

LA SEÑORITA LIDIA

Era la primavera que llegaba vistiendo tules de juventud, la gracia plena, hecha armonía en una mujer que, cual flor de belleza incomparable, lucía esplendorosa sus más hermosos dones, al sol de las mañanas que alumbraba su paso lento, camino a la escuela de mi aldea, y un canto a la esperanza de los niños, que la veían llegar sonriente al taller donde se pulen almas para la vida que aguarda.

Había en sus modales, suavidad de pétalo, y en su voz, esa dulce cadencia que llega al alma para grabar en ella su melodía de inefable acento maternal, porque tenía como toda maestra para sus alumnos, algo de la santa madrecita que arrulló con su canto nuestro sueño.

Recuerdo de ella, una caricia suave, unas palabras de halago y su acento terso al felicitarme después de recitar una poesía, en una fiesta escolar, como también unas lágrimas fundidas en emoción de niño, cuando su despedida de la escuela.

¡Oh niñez! ¡Cuánta sublimidad encuentra el hombre que te contempla a la distancia de los años!.

Vivió poco entre nosotros, pero su imagen adorable de maestra buena, floreció su belleza más pura en nuestros corazones candorosos, haciéndose indeleble.

Pasó, como esos astros rutilantes que en noches de bonanza, cual brillantes puros, irradian desde el cielo sus mágicos fulgores en haces de platas y de zafir, llenando con ellos el ánfora sagrada que vive en nuestras almas.

Hoy, en la placidez de los recuerdos más lejanos, en la serena beatitud de las horas evocadas, en el dulce deliquio de la ensoñación y en la sagrada unión de los seres queridos, su imagen de maestra bondadosa, se ilumina de tenues resplandores, haciéndose aún más nítido el contorno, más tierno el rostro, más transparente su alma, en armoniosa conjunción de juventud, belleza y sentimientos.

Breve fué su paso por el pueblo; pero su huella honda. Es que la bondad tiene perfume de flor que llega al alma, para no irse más, cual si su esencia fuese eterna. Eterno, también, será su nombre en mi pueblo querido, como fué en mis afectos su recuerdo.

LA ESCUELA DE LA SEÑORITA MARTINA

Siguiendo el orden cronológico, la última escuela particular que funcionó a fines de 1903 en la villa, fué la de la señorita Martina Zamarripa.

Su vida fué de pocos meses, debido a la oficialización en 1904, de la que fundaron don Héctor y los pobladores de la villa y su colonia.

LA SEÑORITA MARTINA

Para tí, maestra inolvidable, la flor más delicada de mi espíritu.

Quisiera agregar a la belleza de su forma, el contenido sutil de la emoción de un niño, para que llene tu alma del perfume que emana de las cosas puras y con la misma unción que siente él al doblar sus rodillas en el altar de Dios

musitando su plegaria llena de candor, doblar las mías ante el altar de tu imagen y cantar el poema que palpita en el ser y no encuentra la forma de quebrar su envoltura, para hacerse luz al besar tu frente de maestra buena.

Para ofrendarte la eterna gratitud que vive en los pechos de aquellos tus niños, todos hombres hoy, he de hacer un ramo.

No buscaré en el jardín florido, pomposas rosas, gigantes claveles, blancos nardos, tiernos lirios, suaves azucenas, ni níveos crisantemos. Para hacer el manojo de flores que orlará tu imagen en el tiempo inmortal, maestra santa, recorreré los campos, los arroyos y montes de mi terruño amado, buscando aquellas humildes florecillas que hace cuarenta años mi retina guarda y con ellas en ofrenda de color y perfume, te cubriré los brazos y adornaré tu frente.

Hace tiempo que sé que las cosas humildes hablan más al alma, que las que no se ven. Por eso estas flores, te dirán en aroma silvestre, lo que en su simpleza guarda quien vivió entre ellas, viendo su color, bebiendo su néctar y aspirando el perfume, que nunca olvidó.

He corrido mucho ¡Mira cuántas traigo y qué lindas son!

Ved la de macachín, que en manchones de oro, pinta los potreros. La azul de bibí, con sus pintitas blancas. ¡Si parece una estrella caída del cielo entre el pastizal, que en la primavera adorna los campos, cual linal en flor!

Mira cómo lucen, con su color de aurora, la azucenita de los prados; con su rojo de sangre, la berbena silvestre, y con su rojo escarlata, la nacional del seibo.

Tachonan de amarillo el grávido manojo, la suave del chamico, las borlas diminutas del espinillo bravo y las orquídeas de oro, que llaman "de patito".

Asoman sus cabezas, luciendo el terciopelo de sus hebras sedosas, la azul, roja y morada, de los jugosos cardos y mezcladas entre éstas, confunden sus corolas, la azul de las achiras, del duraznillo de agua y la alverjilla simple, que en los bañados crecen.

Coronando el manojo, muestran sus copetes marrones y plumosos, las espadañas criollas que llenan los esteros.

Cuando ya retornaba, con tantas maravillas de humildad y color hechas ramo en mis brazos, en el silencio augusto del monte que dejaba, gritaron a mi paso:

"No nos dejes aquí, que deseamos estar en ese ramo hermoso, que en su esencia es amor".

Detuve mi carrera para poder cortar,
flores de yerba buena, cacto, salvia y tas;
mas al mirar para el cielo, vi estirándose hacia mí
cargada de flores blancas, de madreselva una guía,
que al mecerse lentamente, empujada por la brisa,
dulcemente me decía:

"Soy la del suave perfume,
más suave que el del clavel,
que en días de primavera
abro contenta mis flores
donde guardan mis nectáreos
jugo dulce como miel,
que libran las mariposas,
abejas y picaflores".

"Te ruego no me dejes, si son para "La Santa",
yo quiero estar con todas, en la ofrenda floral
que cubrirá sus brazos, su pecho y cabellera,
dando a su imagen bella,
más pura que una estrella, que desde el cielo irradia
su luz sobre la tierra, en noches de zafir
ese perfume suave que escondo en mis corolas,
para que tu poema tejido en florecillas,
juntadas en los prados de tu niñez feliz,
a donde hoy retornas en busca del pasado,
no le falte el aroma de la belleza eterna
que en la humildad del campo, aprendiste a sentir".

Al retomar la senda, para seguir el viaje, de un esbelto guayabo, en la cima vi a la que aún faltaba y que casi olvido.

Trepé como pude y corté un manojo, de esa en que Natura recuerda del Justo la muerte de la Gólgota; que lleva corona, espinas, clavos y un inmenso cielo, lleno de esperanzas, para recordarlo y ser siempre buenos y que "Pasionaria", en su nombre la llaman.

Todas ellas, las dejo contento en tus manos; son flores del campo, y las puso Dios para que los humildes puedan

admirarlas y mucho quererlas. Crecen por doquier, sin ningún cuidado, por eso florecen en cualquier lugar y no habrá peligro que algún día falten, porque el jardinero se olvidó del riego, o de echarles tierra, o de protegerlas del frío, del sol, de la noche y del viento.

Estas, tan humildes, no morirán jamás, porque las cuida Dios. Cien y más años hace, que ponen color a los campos, bañados y montes. Siempre iguales son, sin mayor tamaño y sin más pretensión que dar la belleza a quien sepa encontrarla en las cosas sencillas; o al insecto, néctar o fruto sabroso, a quien sepa gustarlo.

Yo gusté todo eso; fuí niño entre ellas y sé lo que valen. Por eso al hacer este ramo que a tu recuerdo brindo en homenaje puro, de gratitud y amor, quiero que sean flores del suelo mío, las que interpreten a la distancia de los años pasados, todo el sentir que vive dentro de mi alma para ti maestra inolvidable.

Esas flores silvestres ocultan entre sus pétalos, la belleza eterna de la humildad.

Recíbelas maestra buena; son flores del campo que siempre vivirán, porque las cuida Dios.

LA SEÑORITA MARIA MAGDALENA

Fué nombrada para llenar la vacante de directora, dejada por la señorita Lidia Cettour.

Era una maestra bien experimentada en la docencia. Su nombramiento fué un acierto, para dirigir a la niñez un tanto indisciplinada de aquellos días, en cuyas costumbres elementales de convivencia, había mucho que pulir.

He sostenido en este mismo capítulo, al tratar "la disciplina", que un maestro que la consigue tiene el ochenta por ciento de su labor educacional asegurada y el cincuenta por ciento, ganado en salud. También, que ella puede ser conseguida en base a la bondad, a la energía y al trabajo constante.

Pocos días después de hacerse cargo de la dirección, la escuela marchaba dentro del ritmo de trabajo y disciplina, que ella con su carácter firme le imprimió desde el primer momento.

Hecho el clima escolar necesario para un resultado eficiente, tanto intelectual como moral, el duro despertar de aquellas primeras mañanas inolvidables, se fué diluyendo suavemente, al tiempo que de su corazón surgían hecha voz, todas las gamas de la bondad, la dulzura y el encanto que los niños encuentran siempre en sus maestras.

"En toda maestra, repito, hay algo de la santa madrecita que arrulló nuestro sueño". Todas ellas llenaron nuestros espíritus de las armonías, que sólo las madres alcanzan a tañer hondo en nuestras almas. Es que ellas, llegan como Dios, a los secretos insondables del corazón, para despertar o grabar en él, lo que más tarde embellecerá la vida.

Maestra capaz, disciplinada, dinámica y trabajadora incansable, de sus clases percibo aún en mis recuerdos, el rumor de la colmena de niños entregada entusiasta a elaborar las mieles del espíritu y muchas lecciones, que al darlas yo, años después, a mis alumnos, me acercaron a ella agradecido.

Cúpole en suerte inaugurar el edificio fiscal de la escuela "Bernardo Monteagudo", de la que fué directora desde principios de 1907 hasta 1915.

Incorporada a la docencia de orden nacional, fué directora algunos años en Corpus, gobernación de Misiones, para pasar después a Zapala, gobernación de Neuquén.

Actualmente es directora de una escuela nacional en Resistencia, capital de la gobernación del Chaco.

Para ella estas líneas de reconocimiento, ya que su paso inolvidable de maestra ejemplar, por el pueblo que evoco, supo hacer florecer en el alma de un niño, sentimientos de gratitud, que es un deber y un placer darlos a luz en estas páginas, a los treinta y tres años de distancia.

Que en la placidez de su hogar, mi humilde acento de escritor, encuentre eco puro en su alma de maestra, unida por hechos del pasado, al cincuentenario de la escuela que sirve de título a este libro.

ALMA DE NIÑO

Nada más delicado para comparar la pureza del alma de un niño, que la blanca flor de un lirio, en plenitud de lozanía. Su tenue trama, suave como una caricia de algo que se adora y la semitransparencia de sus pétalos sin máculas

parecen compendiar todo el candor que vive en la inocencia.

Todo el jardín que adornaba "El Faro de la Cuchilla", estuvo cercado de innumerables plantas de lirios, cuyas flores blancas guardadas en mi retina, parecen erguirse aún sobre sus tallos, simbolizando la pureza que reía y jugaba a su alrededor.

¡Lirios blancos que en profusión abristéis corolas níveas, de tan suaves, impalpables! ¡Prestadme la pureza de vuestros días lozanos, para dejar en estas evocaciones cargadas de emoción, la huella sutil que vuestrà blancura pone en el recuerdo gris de aquellas horas, que fueron un momento fugaz!

Puede ser que al abrir esta noche el ánfora sagrada donde os he guardado como a un tesoro, vuelva a ser niño, con candor en los ojos, para ver a través de la suave transparencia de los sueños idos, la policromía de aquel cuadro vivo que guardo en el alma.

EVOCACION HISTORICA

Dirigía la escuela por el año 1908, la señorita María Magdalena Urquiza, quien con el objeto de dar mayor atracción a la fiesta escolar de ese día, había preparado un "Cuadro vivo", cuyo motivo era evocación histórica de "Las Niñas de Ayohuma".

Repleto el salón de la casa donde funcionaba la escuela -hoy propiedad del señor José Deymonaz-, la gente se apretujaba incontenible en los espacios libres y en las puertas, para poder ver a los alumnos y oír mejor los versos, que sucesivamente declamaban desde el escenario, separado ese día del público con un telón corredizo.

Era la primera vez que se usaba el telón corredizo en festejos escolares, y tal innovación daba a la sala todo el aspecto de un verdadero teatro.

Los espectadores con mucha compostura y entusiasmo, seguían el programa, riendo o emocionándose alternativamente, pues la gran mayoría de ellos, eran padres o hermanos de los alumnos que tomaban parte en la fiesta.

El número último y excepcional del programa, fué el cuadro vivo: "Las Niñas de Ayohuma".

Nelly, era la figura central de esta evocación histórica.

Yo, representaba uno de esos valientes soldados del Ejército Libertador del Gral. Belgrano, que allá en los campos de Ayohuma, batiéndose con bravura el león por la libertad del suelo patrio, había caído herido, derramando su sangre generosa en holocausto de los que gozarían más tarde los beneficios de la independencia.

Ancha herida roja, abierta en glorioso tajo sobre la frente, había agotado al león que besaba moribundo el suelo de sus homéricas hazañas.

Una niña heróica de Ayohuma, cántaro en mano, recorría el campo de batalla, dando agua y consuelo a los que yacían gimiendo su dolor o a los que moribundos llevaban en sus pupilas exhaustas, la última visión de la madre, del hijo, del hermano o de la novia, dejados allende la frontera.

Una Bandera Argentina, un equipo de guerra, un morrión, un fusil, un soldado reclinado en actitud de beber y un ángel de bondad, cántaro en mano, que la pupila aprisiona en su postrer adiós, formaban el cuadro alegórico, embellecido al infinito por la policromía cambiante, ya verde, azul, roja o violácea, que luces de artificios coloreaban a manera de iris mágico de cola de pavo real.

¡Cuánta belleza! ¡Cuánta emoción! ¡Cuántas exclamaciones de asombro, ante lo nunca visto allí! ¡Cuánto entusiasmo frenético en los aplausos!

¡Qué poco se necesitaba para llegar a las almas y estremecerlas!

Se cierra el telón, y se abre una, dos, cinco veces, para satisfacer exigencias de manos calurosas.

La fiesta terminó con ese número y la gente comentando impresionada, se dispersó lentamente.

Después, los días que siguen su ritmo eterno con el destino a cuestas; un olvido piadoso en lo más y un recuerdo en lo menos, que el tiempo cubre con tenue velo.

Como epílogo, una pluma cargada de recuerdos, que pretende escribir en el sendero largo que marcan más de treinta años, la estela indeleble que dejó en un alma, la escuelita humilde de su aldea inolvidable.

ERAN CUATRO HERMANOS

Años antes que estos cuatro jinetes recordados en estas líneas, los tres hermanos Scheridan, recorrieron desde el mismo lugar, la misma distancia de casi tres leguas, para poder llegar a ''El Faro de la Cuchilla''.

Arrendaba la estancia ''El Pantanoso'', en los días que reviven estas evocaciones, don Casimiro Monzalvo, ganadero muy estimado y respetado entre los pobladores de la zona, con los cuales mantenía cordial amistad.

Casado con doña Zelmira Domínguez, de su matrimonio nacieron: Fructuoso, Víctor, Mateo, Eugenio, María Zelmira y Antonia. Falleció don Casimiro, en Villaguay, donde descansan sus restos, en 1919. Su esposa falleció en 1907 y está sepultada en Villa Elisa.

Adornaba su figura de estanciero, fácilmente destacada por su indumentaria campera de bombacha, bota y otras prendas típicas que le sentaban perfectamente, su corrección de hombre de bien y sus cualidades de guitarrero, en tiempos en que se apreciaban intensamente, las dulzuras del instrumento más querido y conocido de las campañas argentinas.

También para el existió el problema de la educación de sus hijos y pese a la distancia a vecer todos los días para poder mandarlos a la única escuela de esa zona, no tuvo otra solución, que la que le marcaban sus predecesores en el mismo campo.

Es así como Fructuoso, Víctor, Mateo y Eugenio, montados en briosos, bien mantenidos y espléndidamente ensillados caballitos criollos, llegaban a galope tendido por la avenida Gral. Mitre, desde el lado del cementerio, hasta enfrente de mi casa paterna, donde desmontaban, dejando atadas sus cabalgaduras, a la sombra de un paraisal que había entonces.

Sudorosos y jadeantes, los pingos sacudían sus cuerpos secándose el sudor, mientras sus bocas espumosas mascaban impacientes los frenos.

Dilatando y cerrando presurosos sus ollares, los nobles animales respiraban con avidez el aire fresco de la sombra, para satisfacer la ansiedad de la fatiga.

Fructuoso que era el mayor de los hermanos, aflojaba las cinchas de los recados y después de manear a los caballos, los arreglaba convenientemente.

Sus compañeros lo rodeábamos cariñosos, seguramente por ese secreto instinto de quien ve con agrado, la protección del hermano mayor a los pequeños; porque intuíamos el sacrificio que representaba concurrir a la escuela desde tan lejos, o por esa atracción espontánea que las almas buenas y sencillas reflejan a su alrededor, ganándonos los sentimientos.

Particularmente guardo para el y Víctor, que fueron mis condiscípulos, un afecto profundo. Su bondad sin límites, su aire de tristeza, su voz suave y su color mate pálido, son aguas fuertes en mi retina, que han resistido invariables la acción de treinta y dos años. Si estas líneas llegan a sus ojos, no tengo duda que nuestras dos vidas nos encontrarán de nuevo, compañeros en el mismo banco.

Víctor, graduado de médico en la Universidad de Buenos Aires, ejerce su profesión en la estación 1º de Mayo, rodeado de prestigio y de los mismos afectos que supo conquistar don Casimiro.

Mateo es empleado en la casa Goldaracena, en Uruguay.

En cuanto a Eugenio no sé, que es de él.

Tal recuerdo veraz, demuestra cuán agradable ha sido el sacrificio y fácil es inferir de él, cuántas las inquietudes de los primeros pobladores de nuestra comarca, para poder dar ilustración primaria a sus hijos.

De Tres de Febrero también llegaban a caballo los Betrizón, como antaño llegaban en carreta, en carros, a caballo y a pie, al ''Faro de la Cuchilla'', los Fagúndez, los Leiva, los Sierro, los Guillaunme, los Guiffrey, los Orcellet, los Garcín, los Zarmatten, los Ducret, los Casse, los Sigot, los Jacquet, los Lambert, los García, los Burgos, los Barcos, los Roude, los Joannás, los Pin, los Bondaz, los Dessimoux, los Schamillard, los Schansseaud, los Perrón, los Sautier, los Brem, los Aduco, los Küttel, los Garniero, los Petitt, los Faures, los Moix, los Fellay, los Boenar, y tantos otros.

Tiempos de sostenida lucha con la distancia, el barro, las lluvias, los fríos, los soles, las espinas y las cuchillas, ya no son más que un sueño lejano y una lección eterna de esfuerzo para alcanzar la luz y hacerla día en la mente de la infancia.

Faros más nuevos por doquier, alumbran hoy las cuchillas entrerrianas de mis pagos ¡Qué las luces vívidas de sus

esplendores presentes, alumbren a estos cuatro jinetes de esta historia simple, como el símbolo real de todas las colonias, galopando en los caminos sin fin rumbo a la escuela, en épocas en que a la luz había que buscarla, para ser alcanzado con sus resplandores!

¡BELICOSIDAD!

¿Quién alguna vez siendo niño no dió o recibió puñetazos incontrolables, en pelea leal?

Difícil es encontrar quien diga yo, ya que pelear en la niñez, es una necesidad del espíritu que los psicólogos han llamado "período belicoso". Malo, para aquellos que en la infancia no hayan pasado este período, ya que necesidad no satisfecha en su natural oportunidad, es peligro que se agranda con los años que transforman al niño en hombre.

Siguiendo la ley ancestral de la especie humana, es natural que recorramos las etapas filogenéticas de la misma, pasando primero por el estado llamado de salvajismo, para alcanzar después la perfecta civilización; meta ideal a donde quieren llegar los pueblos moralmente más evolucionados.

Por eso los pueblos guerreros aunque brillen en cualquier campo de las ciencias, de las industrias y de la cultura, son pueblos inferiores como seres, incapaces de esos nobles sentimientos que hacen posible la convivencia con los demás, dentro de la libertad, el respeto y las relaciones comerciales o espirituales.

La Historia de la civilización nos demuestra invariablemente, que los pueblos guerreros fueron fuertes militarmente, pero rapaces del esfuerzo ajeno, déspotas consigo mismo y con los demás, enemigos de las virtudes que elevan la dignidad, despiadados con los vencidos, tiranos de las ideas y carentes de hombres libres.

Construída su grandeza sobre los cimientos más despreciables del ser que razona y ama, se derrumbaron siempre, para empezar de nuevo buscando la verdad, que no está en la fuerza, sino en el alma de los que creen en Dios o de los que sin creer, obran como si creyeran.

Nada durable, se puede crear sobre el odio.

Lo eterno de una civilización, sólo se puede crear sobre el amor.

¡AQUELLA PELEA INOLVIDABLE!

Ayax se llamaba uno y Ulises el otro.

Juntos iniciaron la vida escolar en "El Faro de la Cuchilla". Siguiendo los cambios de casas de la escuela, se hallaron sucesivamente, en las que fueron de don Pedro Munist, de don Domingo Pioli y de don Juan José Joannás, respectivamente.

En los años vividos hasta este momento que narro, muchas veces habían puesto su fama de bravos, conquistando el prestigio con que los rodeaban sus admiradores, divididos en dos bandos numerosos.

Envidiosos de la fama ajena, hacía mucho que se tenían "ganas", pero un secreto "instinto de conservación", los contenía prudentemente.

Un día no sé por qué motivo, se pelaron como dos lobos.

Reviven absortos mis ojos, la pelea inolvidable.

He visto muchas, pero ninguna me impresionó tanto como esa.

Ancho campo, bordeado en círculo, por cien o más ojos que azorados seguían el combate, servía de arena a esa fuerza desencadenada con fiereza.

Agazapados como dos felinos, se buscaban sin miedo para descargar sus golpes con furia inaudita. Se abrazaban, se golpeaban, se soltaban y retrocedían alternativamente, para embestirse con renovados bríos.

Se alejaban, volvían sobre sus pasos y acortaban distancia para embestirse de nuevo, descargando con velocidad de rayo, golpes que al dar en el cuerpo contrario, sonaban como mazazos.

Los ojos desorbitados, lívido el rostro, espumosa la boca, secos los labios, temblorosos los puños, dilatadas las fauces, jadeante la respiración, sangrante y magullada la cara y el cuerpo, por tantos golpes recibidos, aquella pelea parecía el combates de dos gladiadores que se jugaban la vida ante el César Imperator, en la Roma eterna.

Sólo en un reñidero pudo verse tanta fuerza, tanta resistencia, tanta furia y también tanta inconciencia.

Hacía rato que peleaban sin ceder prestigios bien ganados, cuando llegó la directora. Nada pudo ésta en el primer

momento, pues era tal el ardor y el enceguecimiento de los contendores, que pese a tomarlos del brazo y cruzarse entre ellos varias veces, éstos seguían impávidos la lucha, como ausentes del medio circundante.

Por fin, después de varias tentativas de la directora, cesó esa brutal pelea, que al recordarla me contrista el corazón.

No hubo vencedor en esa lucha, sin parangón posible, en el mundo de la escuela.

Días después, ambos contendores mostraban en sus caras enormes moretones, como huellas inconfundibles de esta lucha encarnizada y recia.

Los años pasaron; nos dispersamos por la tierra, haciéndonos hombres.

Al encontrarnos algunos compañeros de esos días, para pasar revista a las escenas imborrables de la escuela, siempre apareció, junto a lo voz afable de la maestra que aun vibra en nuestros corazones, o a la figura de algún condiscípulo con su anécdota correspondiente, ¡aquella pelea inolvidable!

Si es verdad que no se puede trastocar la evolución natural del ser en su desarrollo completo y que hay que ser niño primero, para pasar como hombre después, también es verdad que el hombre que vivió, vió y experimentó en el mundo, cuales son los verdaderos valores para engrandecer la existencia del individuo, puede allanar a los que aun no han vivido, los atajos del camino, con un consejo sano, como principio que debe incorporarse a la concepción ética del ente humano:

"Jamás aplaudas otra fuerza, que la de la razón".
Esta te hará justo, pacifico y admirado.'

Muchas veces mis dos amigos, viviendo el mismo ambiente lugareño, se encontraron en boliches, fiestas y carreras, siendo mozos, primero siendo padres de numerosos hijos, después.

¿Habrá dejado en el corazón aquella pelea indefinida, algún odio de esos que nunca mueren? o ¿habrá la razón del hombre, arrojado indiferente olvido, sobre la inconsciencia de aquel día?

¿Se habrán hablado con el afecto de dos buenos amigos, o un secreto rencor los habrá mantenido distanciados siempre?

No lo sé, pero sólo pensar que no olvidaron, me llena

el corazón de honda amargura.

¡Líneas que pasaréis bajo los ojos que aquel día brillaron con fiereza; llegad bien adentro de sus corazones y si aun hay rencor, decidles que todavía es tiempo de regar el huerto, para que se abra en él la flor del perdón!

HACE CINCUENTA AÑOS

Discurso pronunciado en "El Faro de la Cuchilla" el 27 de octubre de 1892, por el niño Román Sigot, alumno entonces de la escuela que hoy lleva el nombre de "Godoy Cruz".

Este documento inédito que me cedió mi tía Agustina Francou de Joannás, le fué remitido a su esposo, por el "Vasco", de la colonia "Nueva al Sur", de Villa San José, que fué maestro del doctor Martín Reibel y del Excmo. Obispo de Iborá, Monseñor Julián Martínez, acompañado de las palabras siguientes:

"Mi amigo Joannás:

"En cumplimiento a la promesa que le hice, en cuanto al pequeño discurso del 27 de octubre de 1892, pronunciado por el niño de esta escuela en esa, tengo el honor de remitirle su copia literal, juntamente con los pequeños datos del niño perorador.

"Hélos aquí: el nombre del niño es Román Sigot, 12 años de edad, argentino, hijo de José Sigot y de Angela Orcellet y cursa el grado 3°, en la escuela Rural de la colonia "Nueva al Sud".

"Mi amigo Joannás: es todo cuanto se ha dicho, en justo elogio de ese centro y no ofreciéndome otra cosa por el momento, me despido de Vd., haciéndole presente, que los recuerdos de esa excursión los conservamos intactos en nuestra mente, particularmente su caballeresco comportamiento con nosotros.

"Salud y prosperidad a todos.

F.de Bilbao".

"COLONIA NUEVA AL SUR". NOVIEMBRE 1° DE 1895

DISCURSO

"Señores:

"Veo con sumo placer, que la civilización progresa a paso de gigante por los extensos campos de nuestra hermosa provincia, y en aseveración de lo que digo, aquí mismo, donde nos hallamos, tenemos una prueba palpable de ello.

"Señores; no hace dos lustros todavía, que este paraje, donde nos encontramos congregados, se hallaba poblado de hacienda, que después de haber saciado su apetito, retozaba el toro bravío junto al potro fogoso; y hubiera continuado en el mismo estado hasta lo presente, si la Providencia Divina no hubiera hallado un hombre verdaderamente progresista en el señor don Héctor de Elía, quien tuvo la sublime idea de transformar este hermoso campo, en un importante centro agrícola.

"Señores; Hoy, por doquier que extendamos nuestra vista, desde este lugar, veremos en toda su extensión una vegetación lozana; y acá y acullá, la morada hospitalaria de un honrado labriego, que desde allende los mares ha venido a fecundar este hermoso suelo, con el sudor de su frente.

"¡Honor a estos valientes trabajadores que transforman una etapa en un jardín del Edén! Seguid, seguid sin desmayo en vuestra obra, porque la tierra entrerriana, no será ingrata a vuestros sacrificios".

"Señores: Doquier que abra surcos el humilde arado, lleva en pos de sí la civilización y el progreso; fijad por un momento vuestra atención sobre este hermoso plantel de Villa Elisa, que como por encanto de las hadas, ha surgido a la superficie de la tierra, sonriendo como una jovencilla de quince abriles, para desempeñar el rol que le está destinado como cabeza de este importante centro agrícola".

"Señores: Me complazco en contemplar los adelantos que hace día a día, este centro; y por ello, orgulloso os debéis sentir los que cooperáis con ello. Aquí veo un hermoso

edificio destinado a la enseñanza de la juventud, como centinela avanzado de la civilización, que le hace honor a su vecindario progresista. Más allá, entre muchos otros edificios, más o menos hermosos, veo otro en construcción, que acabado que sea, será destinado al culto Divino.

"Señores: Es excusado deciros, que un importante centro, como es éste, sin iglesia hacía papel de una familia huérfana, porque los católicos, desde los tiempos primitivos de la iglesia, han tenido la costumbre y el hábito de edificar sus moradas, en su alrededor, y que han dado origen a esos centros populosos que hoy admiramos en otras partes; y aun cuando en la época en que estamos, a pesar de la frialdad de fe que se siente entre los católicos, no por eso podría negar ninguno de ellos, la sublime majestad del signo del Redentor, con sus brazos abiertos, plantado en la cúspide eminente de la torre de la iglesia, que parece decir desde allí: ¡Venid todos a edificar una morada a mi alrededor, que yo os protejo!

"Laboriosos habitantes de Villa Elisa, seguid diligentes en el camino que habéis emprendido, no vaciléis ni por un momento hasta terminar vuestra obra que será el mejor legado que dejaréis a las futuras generaciones; y vosotros, en coronamiento de vuestros esfuerzos tendréis la satisfacción que siendo el hombre de bien: el consuelo que da el deber cumplido.

"He dicho, señores".

COMPAÑEROS DE ESCUELA: 1907 A 1910

Es humano, que no todos los que fueron compañeros en la escuela, vivan con la misma intensidad en los sentimientos de quien los recuerda.

Muchos motivos intervienen, para que unos estén más adentro que otros en nuestro corazón: una acción noble vista entonces y valorada años después; el grado pasado juntos; el haber sido compañero de banco; una declamación que nos gustó como fué dicha; una lectura que conmovió nuestra alma, por la forma en que fué interpretada; haber tomado parte en el mismo número de una fiesta; el hecho de haber sido compañero de bando en el campo de juego; el haber recibi-

do un libro de regalo o simplemente, por la simpatía cordial que algunos seres irradian naturalmente a su alrededor.

Entre los alumnos que por los motivos expuestos, siempre he recordado con más apego a mi alma y en el orden que están enunciados, quiero dejar sus nombres en estas páginas de evocaciones sublimes. Ricardo Rietter, Jacinto Terenzi, Domingo Canale, Luisito Lambert, Juanita Joannás, Nelly Küttel, Pablo Mena, Fructuoso Monzalvo, Luisito García, y Fernando Schanseaud. Entre los últimos, Carolina Bel, Elisa Roude, Adelina Sigot, Amada Mendiverry, Isabel y Teresa Gallino, Margarita Blancaire, Antonio Fellay, Víctor Monzalvo, Alejandro y Pancho Irungaray, Emilio Faure, Martín Irastoza, Héctor Almada, José María Betrizón, Alfredo y Manuel Joannás, Américo Küttel, Juan Carlos Teranzi, Arturo Moix, Mariano González, Tomás Irigoyen, Simón Mena, Orlando Deymonaz, Juan Carlos Terenzi, Sabino Bentos, Victoriano Acevedo, Pancho Orcellet, Ramón Maffioli, Augusto Sigot y Francisco Lambert.

UN CUARTO GRADO EXCEPCIONAL

Era maestra de este cuarto grado, la señorita María Magdalena Urquiza.

No eran muchos los alumnos, pero sí selectos.

Del amplio salón donde estaban reunidos los grados tercero y cuarto a cargo de la Directora, me cuesta arrancar del olvido, los nombres de todos los compañeros, pero algunas imágenes están tan claras en mis recuerdos que parecen grabadas ayer. Desde él me sonríen: Isabel y Teresa Gallino, Nelly Küttel, Jacinto Terenzi, Domingo Canale, Fructuoso y Víctor Monzalvo.

Todos ellos alcanzaron destacado lugar, en los medios donde actuaron: Isabel y Teresa Gallino, son maestras; Nelly Küttel, es directora de la escuela nacional Nº 125; Jacinto Terenzi, es director general de los Ferrocarriles de la Provincia de Entre Ríos; Domingo Canale, es jefe de una de las grandes reparticiones del Correo Nacional en la casa central de Buenos Aires; Víctor Monzalvo, es médico en la estación 1º de Mayo y Fructuoso Monzalvo tuvo, tuvo que abandonar la carrera universitaria cuando falleció don Casimiro, para

atender a sus hermanos menores, hecho que lo agranda y lo eleva ante mi corazón.

Contenta puede sentirse una maestra que a los años, ve a través de unos nombres, frutos óptimos, en cerebros que ella modeló en parte.

Sea mi palabra escrita en tono humilde, la voz de todos los que un día estuvimos suspensos de los mismos labios siguiendo la lección, la que lleva en el tiempo, el homenaje a la maestra que nutrió nuestras mentes de saber y nuestras almas de sanos consejos.

LA MUERTE DEL MAESTRO

El 31 de agosto de 1933 falleció mi padre en Villa Elisa, pueblo del que fué uno de los primeros pobladores, ya que su título de propiedad lleva el Nº 1 de los extendidos por el escribano correspondiente.

Se radicó en la Villa en marzo del año 1892 como director de la escuela primaria, que crearon don Héctor de Elía y los primeros pobladores.

Su muerte atrajo una concurrencia de ex-alumnos y amigos nunca vista en actos de esa naturaleza.

La ''Comisión de Fomento'' asociándose al duelo general, decretó por primera vez, colocar la Bandera Argentina a media asta, en homenaje al primer maestro de Villa Elisa.

Honra tanto a los componentes de esa Comisión, como a quien está destinado su homenaje, ese documento de reconocimiento a un modesto maestro de escuela, ante cuyos despojos se pone por primera vez en la Villa, la Bandera Argentina a media asta; esa bandera azul y blanca que él respetó y quiso, e hizo amar en esas colonias, durante su larga actuación en el magisterio primario.

El féretro fué llevado desde la casa mortuoria hasta la iglesia, entre la emoción de solemnes cantos sacros. Encabezaban el cortejo en este homenaje de excepción, sus amigos Mariano Sigot, Pedro Joannás y Francisco Gui. Previa misa de cuerpo presente, el féretro fué conducido a pulso por asociados del ''Círculo de Obreros'', desde la iglesia hasta el límite de la planta urbana, camino al cementerio.

Antes de procederse a la inhumación del cadáver en el

camposanto local, despidieron sus restos con palabras sencillas, pero cálidas y llenas de emoción, su ex-alumno don Esteban de Elia, en nombre de la Junta de Fomento y con una bella y medulosa oración fúnebre, el Director de la Escuela Nacional de las colonias Berro y Fontana, señor Enrique Urquiza Martínez, en nombre de los viejos amigos y discípulos de ''El Faro de la Cuchilla''.

He aquí los discursos:

''Señoras; Señores;

''Otra vez el metal sonoramente lúgubre del campanario del pueblo, ha anunciado a los vecinos de Villa Elisa, que uno de sus queridos y respetables vecinos nos abandona para siempre; otra vez nos encontramos en este mismo lugar y en idénticas circunstancias para depositar un ataúd, arrojar sobre él un puñado de tierra y cubrirlo con algunas pobres y marchitas flores. Es que hasta éstas han debido doblegar sus débiles tallos y cerrar sus pétalos al peso de la desgracia. El hálito helado de la muerte, en hogares antes rebosantes de felicidad y de ventura, no otra cosa deja que la soledad y la pena; nada que no sea dolor y lágrimas, desolación y llanto''.

''Señores: La pena embarga mi ánimo; la triste misión que me ha confiado la Junta de Fomento, al representarla en este acto, también la hago mía, por cuanto estrechos lazos de amistad me ligaban directamente con don Emilio Francou, no tan sólo por ser hijo del fundador de esta colonia, sino también por haber sido uno de los tantos alumnos que cursaron las aulas en que don Emilio fuera su maestro. Al correr el año 1890 fundóse la primera Escuela en esta Villa y Colonia, siendo designado su maestro-director el señor Francou, quien desempeñó su puesto con gran cariño y celo, siendo a la vez uno de los primeros vecinos fundadores de esta Villa. Vió también con orgullo formado su hogar, dando a la sociedad hijos de estudio y de trabajo. Por esto no será facil olvidar la figura de este noble anciano y quedará siempre en todos los corazones de los que lo trataron, un grato recuerdo.

''Inclinémosnos ante sus restos rogando porque ellos descanse en paz.

******

''Ante la tumba de don Emilio Francou.

''En nombre de los amigos, de los viejos amigos y de los condiscípulos de este querido maestro que en vida se llamó don Emilio Francou, voy a leerles estos conceptos:

''Nuevamente se congrega el dolor público ante el designio fatal e irreparable. Nuevamente se acongoja el ánimo y delinque la fortaleza humana en un batallar silencioso y mudo contra las fuerzas desplegadas de un sino. Hemos sido, somos y seremos, la potencia que nace y la potencia que muere.

''Ante nuestros asombrados ojos pasará la vida en una como sucesión de imágenes animadas y hemos de ver caducar nuestras esperanzas y troncharse la fortaleza material del hombre.

''Así declinaron las fuerzas vivas de don Emilio Francou, el hombre cuya vida sana y constructiva, de amplio despliegue de fuerza moral y cimentado basamento de intelectualidad sólida y fecunda en el desempeño tesonero y sano de su noble apostolado, es y será la admiración de los viejos vecinos de esta Villa.

''La admiración digo, porque el extinto fué el educador de la entonces masa ignara y sensiblemente heterogénea, que en un afluir constante y numeroso colmaba las vetustas aulas con el afán del adelanto y el aprendizaje. Alternando muchos de ellos del estudio primerizo con las labores pesadas y rudas de la tierra, y pasando de algún problema matemático a la rastrillada de la parcela de su sencilla heredad.

''Malos eran los tiempos entonces para el magisterio.

''El pobre maestro, sintiendo sobre sus espaldas la abrumadora tarea de una empresa pesada y árida, veía a menudo cernirse sobre sí, como una amenaza negra, el desaliento y el cansancio moral y físico que obraba sobre su fortaleza y voluntad, con un sopor incombatible de achatamiento de alma y cuerpo.

''Pero la voluntad férrea y el afán de seguir siempre adelante en la difícil empresa que acometía; el deseo de triunfar pese a las circunstancias y a los tiempos; el imperativo de su santa y noble vocación y la inmensa satisfacción del deber cumplido, hacían que la idea, a impulsos de la voluntad floreciera en acción fecunda y productiva, en una hermosa eclosión de adelanto y progreso.

"Así fué como el benemérito don Emilio Francou, empeñado en la tarea elevada y magna de hacer hombres para el futuro, hizo hombres -fundidos en el crisol de los primeros números y las garabateadas letras- con las primeras luces de la palabra sólida, de la idea concisa, de los consejos sanos, que fueron plasmado en el alma blanca de los niños, el carácter recto y la dirección justa, con la directriz incólume de la escuela y el libro.

"Maestro entre maestros; decano ilustre de la vieja estirpe ¡Cuántos de vosotros los que me escucháis fuísteis sus discípulos! ¡Cuántos de vosotros podéis decir: él me enseñó a leer, él me enseñó a escribir!

"¿No recordáis aquellos tiempos que íbais al vetusto caserón de la escuela, con sesenta o setenta compañeros vuestros, a que el bueno de don Emilio os inculcara al malabarismo de las letras o el jeroglífico de los números? ¿No pensáis que de la corrección de aquel número mal hecho, puede haber surgido la facilidad de ahora para solucionar los pequeños o grandes problemas comerciales? ¿Qué de la rectificación de aquella letra, de la corrección de aquella palabra, de la enmienda de aquella frase, puede haber nacido en base de vuestra cultura intelectual?

"Mas, no sólo como maestro de primeras letras deja el extinto grabado su nombre en el corazón de los hombres; él se cuenta también entre uno de los primeros pobladores de este manojo de cosas progresistas y culto que es Villa Elisa. Toda sociedad lo contó en su seno como galardón y orgullo, porque fué un hombre popular y sociable, que propendía a toda hora a la elevación cultural y grandeza moral de este pedazo de suelo.

"Por todo eso y aunque sólo fuera por las dotes de elevación y honradez que sustentó e hizo que sus amigos y cuantos le conocieron le amaran y admiraran, es que quiero volcar ante su tumba el adiós postrero, para que nuestro mismo corazón caiga como una flor de veneración sobre el cuerpo que yace.

"Resignación y fortaleza de ánimo para los deudos; el espíritu se templa en los duros momentos y es menester sobrellevar los golpes del destino con toda la entereza.

"Hombre que vivísteis vuestra vida haciendo el bien: ¡Paz en la tumba!"

Enrique Urquiza Martínez

En Villa Elisa.

CAPITULO V

OTRA ESCUELA EN LA VILLA

A la memoria de don Enrique Rieter y su esposa, doña Berta Sardou de Rieter.

OTRA ESCUELA EN LA VILLA

Funcionó desde 1901 a 1903 una escuela dirigida por don Enrique Rieter, la que quedó este último año, a cargo de su hermano Horacio.

Los locales que esa escuela ocupó, fueron respectivamente, la casa de don Juan José Joannás, hoy de don José Deymonaz y la del vasco Bautista, hoy propiedad de don Antonio Eyhartz.

Esta escuela fundada por don Enrique, fué un verdadero acierto, porque permitió la descongestión de los niños de esa zona, cuyo aumento constante había colmado con exceso la capacidad de la que dirigía mi padre, quedando muchos de ellos sin los innegables beneficios de la educación primaria.

DON ENRIQUE RIETER

Nació en Paisandú, República Oriental del Uruguay. Casado con doña Berta Sardou, de su matrimonio nacieron: Argentina, Oderay, Ricardo y Siomara.

Era alto, delgado, de facciones simpáticas, realzadas por un bigote negro bien poblado y grande, conforme a la usanza de esa época. Su mirada era penetrante a la vez que apacible. De impecable prolijidad en su cabello, en su barba rasurada y en su indumentaria, tenía su persona un aspecto tan distinguido, que se hubiera destacado netamente en cualquier ciudad.

Realzaban la distinción de su porte, ademanes medidos y un lenguaje de tan exquisita fineza, que no era difícil adivinar en él, la procedencia de un hogar de estimable jerarquía social y cultural.

Hombre de una cultura general muy buena, adquirida en lectura de libros de ciencias, literatura y artes, tenía un criterio amplio, robustecido por la experiencia que da la vida con sus problemas diarios y que muchas veces valoré en silencio, escuchándole hablar.

Era un hombre cordial, amable en el trato, chispeante y de un humorismo incontenible, que infundía halago espiritual en sus cuentos inagotables, como manantial que fluye siempre.

No fué su dedicación principal el magisterio, ya que su profesión de farmacéutico, absorbió toda su larga vida.

En épocas de distancias interminables, que hacían más largas aún los medios de locomoción primitivos, don Enrique fué el médico obligado de todos los hogares del lugar, en las horas de incertidumbres y desasosiego. El llevaba junto a los remedios que combaten los males, la esperanza que conforta al espíritu decaído.

Tenía gran prestigio entre el vecindario, como entendido en enfermedades de niños, y recuerdo bien que ese prestigio no decayó posteriormente, ni aun con la presencia de médicos radicados en la Villa. Jamás un enfermo se quedó sin remedios, aunque de sobra supiera que no le pagaría. ¡Su corazón generoso no tuvo límites!

Mi pupila de niño lo ve convertido en cirujano, ganando tiempo al peligro que amenaza una vida. La escena es solemne. Madre, padre y hermanos afligidos; un mundo de gente que se agolpa en "La Casa de Todos", con solidaridad incomparable de gente de pueblo.

La terrible coz del "Picazo viejo", había abierto ancha herida en la pierna de su hermano Emilio, en una longitud de veinte y cinco centímetros. La tibia al descubierto, se enrojecía con la sangre que manaba abundante, de tan impresionante desgarramiento.

Llega don Enrique y con decisión de médico, desinfecta, recoge la carne que cuelga, cubre con gasa el mal y venda con fuerza la pierna, que finalmente acomoda para que

no se mueva.

Pálido el rostro, sudorosa la frente y con voz emocionada, porque también es padre, pregunta y alienta al enfermo.

Dirige palabras de esperanzas a mi madre, que a Dios implora, y se aleja nervioso, para volver más tarde.

Ganó esa batalla, como tantas otras que el tiempo borró.

Si como educador es un lampo de luz ahuyentando tinieblas, como galeno obligado, recorre una larga trayectoria de más de veinticinco años, entrando junto a los remedios en el humilde rancho, con la misma bondad, que en la casa del pudiente.

Sirva su recuerdo en estas modestas páginas, para mantener viva su memoria entre los que fueron sus alumnos, sus amigos y en las generaciones venideras, que nunca saldarán su deuda de gratitud para los viejos pobladores, que hicieron el esfuerzo inicial en la vida de nuestro pueblo y entre los cuales ocupa un lugar destacado, don Enrique Rieter.

Algún día, los que fueron sus alumnos, admiradores y amigos, llegarán con el bronce simbólico hasta su tumba, para testimoniar el reconocimiento a que es acreedor, por el bien que hizo en su paso por el pueblo.

CAPITULO VI

ESPIRITUS TUTELARES DE LA ESCUELA

A la memoria de Andrés Ferreyra, autor del libro "EL NENE".

ESPIRITUS TUTELARES

Solamente cuatro de los espíritus tutelares que inspiran nuestra conducta, desde la inmortalidad donde los colocó la conciencia nacional como forjadores de la nación libre, opulenta y sabia que ellos soñaron, abarcaré el epígrafe, por estar estrechamente ligados a la escuela, donde la infancia lugareña nutrió su alma de amor a la patria, de saber y de sanos principios morales.

Ellos son: Bernardo Monteagudo, patrono de la escuela; Marcos Sastre, autor de la "Anagnosia"; Andrés Ferreyra, autor de "El Nene", y Juan María Gutiérrez, autor de "El Lector Americano".

Sus nombres pasarán como un hálito de fe por estas líneas, para que desde la inmortalidad, donde moran sus genios tutelares, sonrían gozosos al ver que sus espíritus aun flotan sobre el pueblo y las colonias, hechos letras de molde en las páginas de sus libros inolvidables y en el corazón de los que los leyeron.

Fueron ellos en su hora, antorchas del pensamiento, que alumbraron con los mágicos resplandores del abecedario, el sendero que aleja a los seres de la noche, para llevarlos a la luz de las potencias intelectuales y morales de sus almas.

Que sus nombres venerables, den a mi faro la luz necesaria, para alumbrarlos eternamente con sus rayos, por los campos, donde fueron genios tutelares de la infancia.

Es mi homenaje de gratitud.

BERNARDO MONTEAGUDO

Se ha dicho con razón, que Mariano Moreno fué el verbo rutilante de la Revolución de Mayo.

No hay duda alguna que él, con su juventud, talento y clarividencia, fué el gran demócrata que necesitó aquélla, para encauzarse en los sagrados principios de la igualdad, libertad y fraternidad, que arrullaron los albores de ese gran movimiento precursor de nuestra independencia.

Dichos principios los bebió en las fuentes inmortales del movimiento filosófico, que trajo al mundo: "La Declaración de los Derechos del Hombre", cuando la revolución francesa en 1789.

Su vida tan luminosa como breve, fué un lampo de luz, en las tinieblas inciertas de los primeros momentos, que iluminó el sendero por donde debían marchar eternamente las generaciones argentinas.

Fué siguiendo ese sendero, como se llegó a la Constitución de 1853, sin perder el rumbo dado por el numen genial del gran demócráta del Plata, pese a todos los obstáculos del camino representados por caudillos, revoluciones, anarquía, guerras y tiranos. Ella recogió el ideal de Mayo, que es nuestra gloria eterna.

Muchos patriotas sacaron llama de la tea que dejó encendida, el inolvidable maestro del "Partido Demócrata", pero ninguna pluma resplandeció más luminosa y bravía, que en el verbo libertario, encarnado en ese tribuno de la juventud, que se llamó Bernardo Monteagudo. Nombre acorde para escuela, en una democracia donde se fortalecen el carácter y las virtudes ciudadanas, que hacen dignos a los hombres.

Como a Homero, el ciego inmortal autor de "La Ilíada" y la "Odisea", varias ciudades y naciones se disputaron la gloria de contarlo entre sus hijos.

Aunque los documentos históricos favorecen a nuestra patria para proclamar su argentinidad, no olvidemos que todos los que actuaron en los acontecimientos iniciales de la Revolución de Mayo, eran americanos y que como tales obraron.

La determinación posterior como naciones libres, de esas regiones que formaron parte de los Virreynatos del Río de

la Plata y del Perú, no puede destruir la verdad de un hecho histórico acaecido anteriormente a esa determinación.

El feliz autor de "El Santo de la Espada", don Ricardo Rojas, en una síntesis biográfica dice: "Se acepta generalmente que Bernardo Monteagudo nació en Tucumán en el año 1785". (Conf. del doctor Laurentino Olascoaga, publicada en el "Monitor de la Educación Común", en agosto de 1940).

"Hasta 1809 nada se sabe de él, pues aparece mezclado en la revolución de La Paz, bruscamente y con sus estudios de abogado concluídos en Chuquisaca".

"Jujuy también se disputa su cuna por haber vivido allí su padre y haber costeado el "Cabildo local sus primeros estudios, según se asegura".

"En 1810 apoya a Castelli en el Alto Perú, y baja a Buenos Aires para defenderle después de Huaqui; interviene con Rivadavia en la ejecución de Alzaga; continúa la obra de Moreno en "La Gaceta"; inaugura la Sociedad Patriótica que recoge la tradición morenitas; funda el "Mártir o Libre"; es elegido miembro de la Asamblea en 1913 como diputado por Mendoza; es desterrado cón Alvear en 1815; fúgase del barco en que estaba preso y va al Brasil y a Burdeos; reaparece en 1817 con San Martín en los Andes; interviene en el fusilamiento de los Carrera y en el castigo de los españoles prisioneros y confinados en San Luis; secunda en Chile la política de O'Higgins; redacta el acta de la independencia de aquel país; pasa con San Martín al Perú como secretario y boletinero del ejército; funda el "Censor de la Revolución" y el "Picaflor del País"; se le nombra Ministro de Estado en Lima; es perseguido después de la expatriación de San Martín; le deponen del cargo en una revuelta popular; es desterrado del Perú; se refugia en el Ecuador; traba amistad con Bolívar; el Congreso de Perú lo declara fuera de la ley y al volver a Lima, es asesinado una noche por sus enemigos el 28 de enero de 1825".

Su espada de combate, es la pluma imantada por el verbo de la libertad de América y es en salvaguardia de ésta, que pone toda su inteligencia y carácter inquebrantable.

Es el hombre de las decisiones tremendas y contundentes. Se está con la Libertad o contra ella. Para los que luchan en su contra, su alma se enardece pidiendo, cual el Robes-

pierre de la Francia, de los Derechos del Hombre, la muerte expiatoria e inexorable.

Por sobre los sentimientos personales, están los sagrados intereses de la libertad, y él que recogió del Líder de Mayo el verbo de la democracia, escucha la voz varonil que desde "La Gaceta" grita a los que vacilan para imponer remedio radical e inapelable: "Solo el terror del suplicio podrá servir de escarmiento, a los que como Nieto y Goyeneche, ahogaron en su sangre a los pueblos del Alto y Bajo Perú".

Las revoluciones siempre tienen sus hechos sangrientos y aunque la nuestra fué pacífica en su realización inicial, tuvo en el camino que recorrió, algunos dolorosamente necesarios, para llegar a la culminación de su propósito esencial: nuestra independencia.

Cayeron, por inspiración de Moreno, bajo el plomo de los fusiles del Ejército del Alto Perú, allá en "Cabeza de Tigre", Liniers y sus cómplices. Si cayó Liniers que fué el héroe de la Reconquista en 1806, el salvador de Buenos Aires y el sostén de los primeros movimientos emancipadores que alentaron los criollos de la Gran Aldea, después de las invasiones inglesas. ¿Cómo no habían de caer los otros hombres con menos aureola de gloria, a la consideración de sus semejantes americanos?

No es de extrañar, pues, que con la misma férrea decisión con que Moreno y Castelli llevaron a la muerte al leal francés, a fin de conjurar un peligro muy grande para la Revolución de 1801, Monteagudo haya condenado al patíbulo a don Martín de Alzaga, a los hermanos Carrera y a los españoles que se amotinaron en San Luis, donde estaban prisioneros por orden del vencedor de Chacabuco y Maipo.

Eran víctimas necesarias, aunque lamentables, a la realización del vasto plan de libertad continental.

De su infancia y adolescencia poco se sabe. "Su insturcción superior, la hizo en Córdoba y se recibió de Bachiller en Leyes, en Chuquisaca en 1808". (Conf. del doctor Laurentino Olascoaga).

Se le encuentran entre los participantes, del movimiento revolucionario que estalló el 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, similar a los de Potosí, de La Paz, Cochabamba, que fueron sofocados a sangre y fuego por los Generales Nieto y Goyeneche y a los cuales alude don Vícente López y Pla-

nes en la Canción Nacional.

En el períodico que fundó en Buenos Aires y que llevó por título la expresión de su carácter indómito: "Mártir o Libre", escribió con vibrante entusiasmo patriótico y con sed de venganza, por las atrocidades que vió y sufrió en los aciagos días en que Goyeneche y Nieto, masacraron a los pueblos del Alto Perú, estas palabras que son chispas de su alma ardorosa para todos las pasiones, ya sean sentimentales o de combate:

"Yo los he visto expiar sus crímenes y me he acercado con placer a los patíbulos de Sanz, Nieto y Córdoba, para observar los efectos de ira de la Patria y bendecirla por su triunfo"... Por encima de sus cadáveres pasaron nuestras legiones y con la palma en una mano y el fusil en la otra, recorrieron a buscar la victoria en las orillas de Titicaca, y reunidos el 25 de mayo de 1811 sobre las magníficas y suntuosas ruinas de Tiahuanacu, ensayaron su coraje en este día, jurando a presencia de los pabellones de la patria empaparlos con la sangre del pérfido Goyeneche y levantar sobre sus cenizas un augusto monumento a los mártires de la libertad". (De la misma conf., citada anteriormente).

En 1811 lo encontramos actuando como secretario del doctor Juan José Castelli, bajo cuyas órdenes iba el ejército, que dirigía el General Antonio González Balcarce, el mismo que después de triunfar en Suipacha, fué vencido en Huaqui.

Deja el Ejército del Norte y vuelve a Buenos Aires para dirigir La Gaceta, que fundara Moreno.

En la revolución del 8 de octubre de 1812 que derrocó al Primer Triunvirato, actuó al lado de los jefes que la realizaron.

Como diputado, en 'la memorable 'Asamblea Constituyente de 1813, formó parte del grupo que respondía a las ideas democráticas legadas por Moreno.

Derrocado Alvear, por la revolución del 15 de abril, Monteagudo es desterrado al Brasil, desde donde vuelve en 1817. Poco tiempo después, es desterrado a San Luis.

Incorpórase entonces, como secretario y auditor de guerra, al Ejército Libertador de Chile y del Perú organizado por San Martín en Mendoza.

San Martín, lo mismo que Napoleón, conocía a los hombres de valer y para su genio libertador nada pudo haber más

acertado, que tener entre sus colaboradores, al verbo de la libertad, encarnado en Monteagudo.

Los sudamericanos sólo tenían el sentido instintivo de la libertad y por ella derramaban generosamente su sangre. Pocos eran los que sabían, que más allá del ruido de los sables, de la humareda de los cañones y fusiles, estaban los problemas de la organización de los pueblos, ignorantes de políticas, democracia e independencia.

El aprendizaje de la independencia, de la libertad y de la democracia, es muy difícil, doloroso y largo. En su verdadera exactitud, ese aprendizaje es un problema de cultura que aun no hemos alcanzado plenamente, pero al que llegaremos a medida que nos elevemos moral e intelectualmente.

¡Cuán dificil sería ese aprendizaje, en aquellos primeros años!

San Martín necesitó un hombre fuerte de carácter, claro de inteligencia, amante como él de la libertad de los pueblos y lo encontró en el heredero del verbo morenista de 1810. Por eso el acero de su espada invicta, buscó el talento de la pluma fuerte, aliándolo en la magna cruzada.

En 1820 acompaña al Gran Capitán en su empresa inmortal del Perú, donde primeramente desempeñó la cartera de Guerra y Marina y después la del Interior y Relaciones Exteriores.

Es lógico pensar, que las mentalidades peruanas recién surgidas a la acción, no podían coincidir con el temperamento audaz, voluntarioso, inexorable y recio, de quien llevaba tan larga experiencia en las luchas políticas y menos aun, con su inteligencia diáfana y dominadora.

Por eso tuvo enemigos por todas partes, que quisieron derrocarlo de los ministerios, cosa que no consiguieron mientras el Protector estuvo al mando. Nadie como él, supo comprenderlo y valorarlo.

El sublime renunciamiento de San Martín, después de la conferencia de Guayaquil con Bolívar, el 26 de julio de 1822, significó la caída del glorioso tribuno. Una revuelta lo derrocó del gobierno, teniendo que huir al Ecuador en donde conoció a Bolívar.

Declarado fuera de ley por el Congreso del Perú, al volver a Lima, es asesinado el 28 de enero de 1825.

Así terminó esta vida cuya arma de combate fué la pa-

labra y la pluma. Tribuno o escritor, su briosa juventud púsose entera al servicio de su ideal libertario.

Obró en todo el anchuroso campo de la América, porque él era americano, como lo fueron todos los hombres que hicieron la primera parte de la magna obra emancipadora.

Los cielos de Bolivia, la Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y México, lo vieron don Quijote de su ideal, demoliendo enemigos de la libertad de América.

Como Rivadavia y Moreno, él también se adelantó al ritmo de los acontecimientos, para ver más allá de la época en que le cupo actuar, con la esperanza de que nuevos hombres recogerían la llama inmortal de la libertad, simbolizada en el gorro encarnado de la Frigia heroica.

Patriota, político, filósofo, periodista, orador, su vida fué un combate diario sin término, hasta la muerte trágica en la ciudad de los Virreyes.

Así fueron los hombres conductores de nuestra gesta heroica, sean militares o civiles; fuertes de alma, puros en el ideal, enérgicos en sus resoluciones, incontenibles en sus sentimientos libertarios.

La epopeya de nuestra patria nace en Mayo de 1810, los envuelve en la vorágine de los sucesos; no les da tiempo para que puedan conocer, las inefables dichas de un hogar en su paz de amor y trabajo, junto a la esposa abnegada, a los hijos bulliciosos, a los abuelos encanecidos, y a los amigos queridos.

Acaso estas últimas palabras, contrarresten la maldad, de quienes para amenguar grandezas, buscaron en la vida privada de este luchador incansable, las migajas inferiores del festín, para satisfacer sus enconos y egoísmos.

Alumnos de la escuela ''Bernardo Monteagudo'', que dirigió mi padre desde 1892 hasta 1904 y a quienes dedico esta nota biográfica: la vida de un procer vale por las enseñanzas morales que de ella podemos sacar, para incorporarlas a nuestra existencia, como parte de nuestro propio ser.

De nada sirven las evocaciones patrióticas de nuestros grandes mártires, si sólo se concretan a recordar nombres y hechos, sin encontrar el contenido moral que ellos representan para nuestra formación espiritual.

Buscad en cada prócer del pasado, su virtud esencial o las muchas si las tiene y procurad incorporarlas al tesoro de

vuestras almas, mientras andáis por la vida en superación constante, para ser cada vez mejores.

Nuestra patria es pródiga en hombres moralmente superiores, pero ya que el destino os puso en vuestro diario vivir junto al recuerdo del ardoroso tribuno, fuerza es que en él busquéis los valores morales, que os ayuden a fortalecer las virtudes que lleváis naturalmente en vuestros corazones.

El Patrono cuyo nombre distingue a vuestra escuela, encarna uno de los valores puros y esenciales de la humanidad: ¡La Libertad!

Si en algún prócer civil tuviéramos que fundir el verbo de ésta, para igualar el fulgor de la espada del héroe de Chacabuco y Maipu y al ideal que la hizo desenvainar, no otro que Monteagudo, surgirá entre cientos de nuestro pasado histórico, porque en ninguno tuvo sonoridad tan vibrante en todo el continente, ni ninguna pluma escribió con rasgos más enérgicos, combatiendo los obstáculos y destruyendo a los enemigos de su potestad suprema.

Su palabra ardiente y el agudo acero de su pluma de periodista y pensador, trocáronse en ariete demoledor de cuantos obstáculos se pusieron en el camino para alcanzar el fin soñado.

Su vida desde su adolescencia fué un duro bregar; muchas veces estuvo frente a la muerte y siempre escapó a ella, para volver contra los que tiranizaban a su patria.

''Yo no deseo la existencia, mientras mi patria está envuelta en el aprobio'', escribía en ''La Gaceta''.

Niños: hace tiempo que nuestra patria dejó el teatro continental de sus épicas hazañas, en pos de la libertad. Marchamos con paso firme por el camino del trabajo, de la paz y de la cultura y poco no exige ella, dándonos en cambio la protección de su Constitución y de la Bandera. Pero si algún día, alguien amenazara despojarnos de lo que tantos esfuerzos y sacrificios costó a los que nos la dieron en custodia eterna, recordad el brillo de aquella espada de Chacabuco y el nombre de vuestra escuela y no temáis dar la vida, como lo hicieron ellos, para que todos tengamos un hogar donde gozar la delicias inefables que ellos no tuvieron tiempo de vivir, o que vivieron a ''hurtadillas, a modo del Gran Sanjuanino.

MARCOS SASTRE

Uruguayo de nacimiento, nació en Montevideo el año 1809.

Desde muy niño, se radicó en la República Argentina.

Estudió en el colegio Monserrat, de la ciudad de Córdoba y siguió estudios de jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires.

En el local de su "Librería Argentina", en la Capital Federal, se fundó el "Salón Literario", al que concurría lo más destacado del mundo de las letras y del pensamiento de aquellos años. Este "Salón Literario", sirvió de base a la "Asociación de Mayo", cuya alma fué el poeta Esteban Echeverría.

Dicho salón, tuvo que cerrar sus puertas, por orden de Rosas y sus miembros se vieron obligados a emigrar del país, perseguidos por la tiranía.

Don Marcos Sastre estuvo muy vinculado a la educación de la provincia de Entre Ríos, porque en 1849 fué nombrado Director General de Escuelas de la provincia.

Fué también periodista y es así que fundó el año 1851, en Paraná, un periódico llamado "El Federal".

Vencedor Urquiza de Rosas en Caseros el 3 de febrero de 1852, Marcos Sastre volvió a Buenos Aires, siendo nombrado regente de la Escuela Normal de la Provincia y más tarde Director General de Escuelas.

Lo sorprendió la muerte en febrero de 1887, a los 78 años de edad, siendo miembro del Consejo Nacional de Educación.

Todos estos antecedentes del prestigioso hombre público, se ven agrandados por su obra de escritor, autor de libros, que son bellos frutos de su inteligencia y de su amor a la naturaleza. Dos de ellos tuvieron singular acogida: la "Anagnosia", publicada en 1849, época de su actuación en nuestra provincia, y el "Tempe Argentino", publicado en 1858.

La "Anagnosia" fué el catecismo de la educación popular, con que los niños iluminaban sus cerebros, al igual que el corazón, con el verdadero de la moral cristiana.

Nuevos libros, con métodos más ventajosos, han relegado al olvido hace muchos años a la "Anagnosia", pero de allá traigo, al recuerdo de los que me honren leyendo estas páginas.

Ella se me figura, como esos mojones de piedra con marca en una de sus caras, que en épocas de campos sin alambrados, indicaban el dominio de las estancias. Hoy nadie se fija en ellos, porque los alambrados de hilos tensos, señalan con más precisión el límite de cada heredad.

¿Y quién niega, que el mojón olvidado, gestó en la mente de los hombres, el uso de los esquineros y palos que dan dirección y sostén a los alambrados?

La sabiduría es sucesión de eslabones hechos de saber, que cada uno de los genios, pone en la cadena interminable que acumulan los siglos. Nadie hace nada solo. Ella es un producto de la agregación sucesiva de las experiencias, que crece por yuxtaposición, ensanchando el conocimiento humano.

¿Cuál de los eslabones es el tuyo, "Anagosia", olvidada en la cadena de nuestra educación popular?

No lo sé, pero lo imagino de metal fuerte como el platino, con brillo apagado y puro en su naturaleza simple.

En mi niñez, te tuve en mis manos una sola vez; eras del padre Augusto Hoflack. Jamás pensé que a los treinta y ocho años de aquel día estarías de nuevo en mi poder arrullando mis horas de meditación, como una canción con ecos del pasado distante.

Mi padre, siempre hablaba de tí, porque fuiste su primer guía, en el arte de enseñar a leer.

Yo no pertenezco a tu espíritu; pertenezco a otra época del magisterio argentino. Pertenezco a la de Andrés Ferreyra, el más grande de los maestros de mi patria.

Pero no creas que por eso no comprendo tu obra fecunda y bella; ya lo dije: nadie hace nada solo.

Tú eres uno de esos pilares asentados sólidamente en la roca inconmovible, que sostendrá por los siglos, el colosal edificio moral y cultural en que estamos trabajando constantemente los maestros con amor, para que esta tierra sea lo que soñaron sus conductores más geniales: tierra de amor, libertad, opulencia y paz, bajo la protección de Dios.

¡Oh! "Anagnosia" olvidada. ¡Cuánta es tu gloria!

EL "TEMPE ARGENTINO"

El otro libro, nuevo todos los días al espíritu, es el "Tempe Argentino".

Su conocimiento, es como si nos ganara en el alma, un pedazo de la naturaleza en su más bella expresión de paisajes, ríos, plantas y animales.

El nombre "Tempe, lo encontró, don Marcos Sastre, en la Grecia de la belleza eterna, engarzándola como una piedra preciosa en esa joya, que es el libro que ocupa mi atención. El evoca el nombre de un pequeño valle regado por el río "Peneos", en la Tesalia milenaria.

Dicho río, según la mitología griega, se abrió paso entre los montes Osa y Olimpo, donde moraban los Dioses inmortales, por la acción del tridente de Neptuno, para echar sus aguas en el golfo de Salónica. Hoy se llama Sanábria.

Sosegado y manso, bajo un clima benigno y fertilizando la región donde aves y plantas viven y cantan sus himnos a la vida, forma el hermoso valle que fuera celebrado por Virgilio, miles años ha y que nuestro maestro inmortalizó para los argentinos, en su libro pleno de bellezas.

A ese pequeño valle cantaron las liras y los genios griegos, como el cantó en prosa sencilla y diáfana, el carapachay de las islas, a las plantas y a los animales del Delta que forma "El Peneos de las ondas argentinas", al abrirse paso por entre un laberinto de brazos, riachos y canales, para formar con el Río de los Pájaros, el anchuroso Plata.

Para amar a la naturaleza, no es suficiente vivir en su contacto diario; es necesario comprenderla en las cosas que se manifiestan a nuestra vista y rodearla del conocimiento que nos brindan los que penetran sus misterios y también de la leyenda poética, que deja perfume de belleza en las almas.

Cuanto más se la comprende, más se la ama.

Un picaflor, que encanta nuestros ojos, con sus maravillosos tornasoles, semejantes a pedazos de iris flotando temblorosos alrededor de una corola, nos penetra más aún en el alma, cuando recordamos haber tenido en las manos, sus huevitos como perlas; cuando recordamos haber contemplado sus diminutos pichoncitos apretujados entre la suave trama de la telaraña con que fué construído el nido entre el follaje de las enredaderas o naranjos, o cuando ponemos toda esa belleza incomparable de colorido, "bajo la celeste tutela de los ángeles".

El chajá, como exponente de belleza, no es para citarlo; pero cuando lo sabemos "ave de amor", que no tarda en morir entre fúnebres lamentos al perder su compañera, o lo recordamos turnándose en el nido para empollar los huevos, adquiere en nuestro corazón la belleza de las cosas simbólicas y ya no vemos en él nada más que un plumaje ceniciento de poca atracción. Cuando lo recordamos planeador soberano en el espacio, sereno de azul y pleno de luz y oímos en los recuerdos, las estridencias de sus aleytas incofundibles en los bañados y distinguimos en la retina los círculos gigantescos que con caracteres imborrables trazó en el cielo de nuestras almas, hace mucho ya, agrándanse sus alas, tíñense sus plumas, dulcifícase su grito y hecho naturaleza y leyenda, tranfórmase en un sentimiento, que es de goce y ternura, de acercamiento y protección, a esa ave que no olvidaron Hernández, ni Domínguez, en sus versos con sabor a campo.

Las golondrinas, que bajo el alero de los galpones, en los huecos de los palos de alambrados, en los agujeros de las paredes, en los nidos abandonados de horneros o en los campanarios, construyen sus nidos de barro, paja y plumón; que en vertiginoso vuelo a ras del suelo o en la azulada bóveda, a alturas apenas alcanzadas con la vista, nos brindan el espectáculo hermoso de sus aleteos y planeos admirables; que en raudo vuelo bañan sus pechos blanquecinos al rozar apenas las quietas aguas de una laguna o de un arroyo tranquilo; no contarían seguramente con la protección que todo el mundo les brinda, sino trajeran en la leyenda desde hace miles de años, la "tutela religiosa, de la ánimas" o de la Virgen María, que las hace intocables, aún a los deseos malignos de quienes manejan la honda tentadora.

De cada uno de los animales y plantas propios de nuestra región, podríamos hacer un manojo de sentimientos y prenderlo al corazón, para saber emocionarnos y vivir la belleza que hay en todo lo que nos rodea.

Marcos Sastre vivió entre esa naturaleza viva, y al comprenderla formó en su intimidad, un alma de sentimientos exquisitos, a cuyo influjo no escapan los seres que se regocijan y emocionan ante un paisaje, el canto de un ave o la be-

lleza de una flor silvestre.

Libro de observación y de conocimiento, es para los que por destino tienen que vivir en contacto diario con las cosas del campo, un "Sésamo ábrete", que permite penetrar con el alma, más allá de donde solamente ven los ojos y para los que viven en la ciudad, un pedazo de naturaleza dentro de un hogar, haciendo la felicidad de los que la buscan asomándose a una ventana donde apenas llega el sol para alumbrarla, seis meses en el año.

Libro que deleita enseñando a comprender la naturaleza viva y despertando sentimientos de belleza, ternura y protección, en los seres que piensan y aman, debiera estar como Dios, en todos los hogares del campo, de los pueblos y ciudades de mi patria.

ANDRES FERREYRA

EL MAS GRANDE MAESTRO DE LA INFANCIA ARGENTINA

No es en verdad, el título de Profesor Normal, ni el cargo de Inspector Técnico General de instrucción primaria de las escuelas de la Capital Federal, lo que ha de servir de base a mi afirmación y al monumento que más de cuarenta generaciones argentinas, le han levantado dentro de sus corazones, al inolvidable maestro.

Es algo más humilde en apariencia, pero más amplio y hondo en su alcance: es ¡"El Nene"!

Adivino que este tierno nombre te hará estremecer y desandar lo andado, lector amigo, y que acaso una o más lágrimas, puras como el sentimiento que las empuja, cuajarán en tus ojos, al volver al punto de partida en busca de tus padres, hermanos y amigos, que el tiempo se llevó quién sabe adonde.

No las detengas; déjalas correr. Es tu homenaje sublime, al más grande maestro de la patria argentina.

El cargo público, el cual dió cabal jerarquía con su vocación de verdadero maestro de la niñez, no traspasó el límite de la gran ciudad porteña, mientras que aquel libro de insignificante colorido y apariencia, que fué brevario nacional hasta hace pocos años, es una luz desprendida de su genio, que recorrió ciudades, aldeas, casas y ranchos solitarios, en

la inmensidad de los campos argentinos.

En todos ellos entró, como ángel tutelar de las almas en blanco, en las que debían diluirse sus letras de moldes y figuras marginales, haciéndose luz de un amanecer puro y apacible en las conciencias infantiles.

Alrededor de una mesa, el viejo colono de manos callosas, rodeado de su prole en la amplia cocina de su casa solariega, donde la luz de una lámpara de kerosene alumbraba escenas que aún perduran en mi retina, marcaba con su tosco dedo, las letras donde el hijo inocente deletreaba la sílaba, o preguntaba, haciendo correr el índice, sobre las figuras que ilustran las páginas: ¿Qué es esto?; ¿Qué está haciendo?; ¿Qué dice aquí? y tantas otras cosas más, que lo convertían sin sospecharlo él, en maestro de su hijo.

Parecidas escenas he visto en ranchos de mis pagos, donde el viejo criollo analfabeto, escuchaba al hijo humilde balbucear sonidos que él no tuvo la suerte de saber descifrar y miraba sin comprender o interpretaba a su modo, esas figuras y láminas que fueron las únicas, que en sus cincuenta o más años de vida tuvo al alcance de su mano y de sus ojos.

En mi casa paterna, lo he visto alegrando escenas íntimas, en noches inolvidables de calor hogareño.

En "El Faro de la Cuchilla", alumbró como un sol. Bajo los paraísos que embellecían al mismo, fué centro de muchos ojos inocentes, donde se hermanaron almas para siempre.

Junto a las costas de los arroyos tranquilos, fué entretenimiento que hizo menos penosa la espera del arrastrón de la línea o de la inmersión de la boya.

Por los campos y caminos que la niñez recorría para llegar a la escuela, era antorcha rutilante desprendida del genio de un maestro, que alumbraba la senda inicial por donde las almas empiezan la alborada, que será día sin noche, en el resto de una vida. En la larga distancia de casi medio siglo, es en el recuerdo de padres y madres que bebieron de su pristino manantial, en días de inocencia, sonrisa dulce, evocación sublime, temblor de labios, humedad en los párpados, congoja en el alma. ¡Es que su nombre trae un pedazo de la vida que no vuelve, en el que no faltan los padres, los hermanos, los amigos, el maestro, ni los juegos!...

¡Nene inmortal! Tú marcas una línea de separación radical entre los métodos de eseñanza de la lectura, en nuestro

país; en ti está el secreto del por qué los niños de ahora aprenden con más rapidez que antiguamente. No es que sean más inteligentes; es sencillamente porque la técnica de un método mejor, favorece el aprendizaje.

Nuevos libros de hermosas ilustraciones y con las ventajas que el progreso pone indiscutiblemente en la enseñanza, invaden las escuelas en un afán de superación plausible. Podrán ellos desalojarte de la consideración de los maestros, que siempre buscan la mejor, para mayor aprovechamiento de sus alumnos; pero la gloria incomparable de ser el primer libro publicado en el país con el método de la palabra generadora, que sirve de base sólida a todos los que te suceden en la honrosa misión de iluminar cerebros, nadie puede discutírtela, porque es únicamente tuya.

No importa que no haya, maestro de maestros, un monumento en cada plaza, que te recuerde a manera de símbolo o de idea en marcha agrandándote en el tiempo, si lo tienes de amor, en todos los argentinos de sesenta años para abajo. Tú, lo mismo que el arado de reja simple de los primeros colonizadores, que forjaron el comienzo de la grandeza económica que sirve de columna granítica a todo el progreso y bienestar del país, trazaste el surco hondo por donde siguieron a manera de huella hasta el presente, todos los educadores consagrados. Sólo los genios son capaces de marcar rumbos a la sabiduría.

En pos de tu surco, que lleva hacia el sol a las almas, marchó la caravana de los elegidos del magisterio argentino; los que regalaron a la infancia de su patria, sus afanes, sus desvelos, sus meditaciones y sus afectos, en libros que son como hijos espirituales tuyos.

Fuiste el primer surco abierto. Los que te siguieron no hicieron más que ahondarlo, buscando como el labrador inteligente, nuevas capas de tierra más profundas, adonde las raíces no habían llegado para esquilmar las reservas escondidas. Tomaron en sus manos la misma palanca de tu arado e hicieron que la reja penetrara más hondo en la entraña aún virgen, consiguiendo nuevos jugos para que las mieses fructificaran mejor.

¡Por eso tú el primero entre todos y el más grande de todos, genio inmortal de los maestros argentinos!

Que tus palabras: te, mate, tela, bote, lana, cama, vaca

y las otras que siguen, sean como arrullo de voces infantiles y por eso puras, en los hogares de mi suelo natal, por intermedio de las humildes notas de mi faro, donde "El Nene" fué destellos de luz, desde los días de su aparición, como astro rutilante del cielo de mi patria, en la que dejó su luz inextinguible.

JUAN MARIA GUTIERREZ

Es el último de los espíritus tutelares de "El Faro de la Cuchilla", al cual rindo el homenaje de mi gratitud y admiración, para que su recuerdo venerable, siga flotando como hace cincuenta años, en el ambiente de aquella escuela que motiva el nombre de este libro.

No es mi intención estudiar en todos sus aspectos la personalidad de este hombre extraordinario. Su obra es demasiado vasta y abarca desde la historia, el arte, la literatura, la poesía, la crítica, la política, la ciencia, hasta la publicación de libros escolares.

Tan variados son los asuntos que este ser previlegiado mentalmente abordó, que alguien ha dicho con razón: "cuesta creer que su obra pertenezca a un sólo hombre".

Nació el año 1809, en Buenos Aires. Estudió en una escuela particular, ingresando posteriormente a la Universidad de su ciudad natal. No pudo terminar su carrera universitaria, por ser contrario a la tiranía de Rozas.

Enemigo de ésta, formó en las filas de la juventud que se agrupó en la "Asociación de Mayo", convirtiéndose con Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, José Mármol, Florencio Varela y otros, en paladín de la libertad contra el opresor de la patria.

Emigró en 1837 a Montevideo, donde fué laureado por su "Canto a Mayo". Pasó más tarde a Europa y desde allí regresó, redicándose en Chile.

Vuelto a su patria, estuvo estrechamente vinculado a la obra del Organizador de la Nación, General Justo José de Urquiza. Elegido representante por Entre Ríos, tuvo destacadísima actuación en el Congreso General Constituyente de 1853. Más tarde fué ministro de su histórica presidencia.

No fué Juan María Gutiérrez, el maestro tal cual lo con-

cebimos en el magisterio primario.

Su acción de educador tuvo otra directiva, más general. Fué más que maestro, un conductor, un teorizador, un filósofo, si se quiere, de la educación en todas sus jerarquías.

Hombre de un pensamiento generador de ideas superiores, tuvo que ser publicista y sociólogo.

Le cupo actuar en un momento en que todo había que hacerlo. Por eso obró como organizador y director. Vió los problemas sociales bajo todas sus formas, y desde su puesto de lucha trató de encauzar al país hacia los destinos que le habían fijado los próceres de Mayo. Comprendió con su genio privilegiado, que la solución de los mismos radicaba en la educación del pueblo y a éste dedicó su más fervorosa acción.

Por eso tuvo que ser sociólogo, historiador, crítico, publicista y político sano de alma, bajo cuyos atributos excepcionales, es considerado como un cerebro poderoso.

Pero para mis recuerdos de niño, Juan María Gutiérrez tiene un valor afectivo destacado, que es el que impulsa mis sentimientos para que viva estás páginas, junto a los seres que dejaron sus huellas en mi alma.

Para mi veneración, como para muchos que fueron alumnos de "El Faro de la Cuchilla", dos cosas bastan: Su libro "El Lector Americano" y su poesía "La Bandera de Mayo".

Dentro de la escasez de libros que teníamos en aquellos lugares apartados de la civilización, "El Lector Americano" fué de los que venció a las distancias, para llenarnos la vista y alegrar nuestros corazones, despertando sentimientos generosos y nobles emulaciones hacia la virtud.

Lo mismo que los libros de Andrés Ferreyra, el de él se grabó hondo en el espíritu de aquella niñez. Sus láminas y lecturas, aún perduran confusas en mis recuerdos, borrándose lentamente, al igual que las huellas de los caminos abandonados, al ser cubiertas por los yuyos, pastos y polvo que los vientos y los años, hacen caer sobre ellas, como un sudario de olvido.

Y como un canto final al cerrar este capítulo, llegué entre tantas evocaciones, gratas a mis sentimientos, la poesía hecha canción, que entonada por ciento de niños argentinos, hijos de extranjeros, formados frente al amplio salón de cla-

se, bajo la dirección de la voz armoniosa del Director, incendiaba de amor y patriotismo, los pechos puros de los varones y almas tiernas de las futuras madres, herederas de aquéllas que fructificaron, como espigas opulentas, en los campos donde a vivir empecé.

LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres,
El blanco y el celeste de nuestro pabellón;
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
Para saber qué pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos
La libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
Seguir en sus victorias al pabellón azul;
Ni la pupila impávida del águila un momento
Pudo mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él:
Dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
Mañana en torno suyo se abrazarán también.

CAPITULO VII

LUCES BUENAS EN EL CAMPO

A la memoria de mis padrinos:
Francisco de Bilbao y Abel Durand.

OTROS MAESTROS

Viva en el contenido de estas páginas, el recuerdo de algunos maestros, que aunque no lo fueron dentro del contorno de la colonia Villa Elisa, estuvieron en permanente contacto con ésta, por la distancia y por vínculos de familia o de amistad.

DOÑA EUFRASIA CHRISTIN NICUD DE CHRISTIN

Más de treinta años de consagración a la docencia primaria, en aquellos años de lucha heroica, tesonera y constante, contra el medio y la ignorancia, son más que suficiente diploma, para dar jerarquía de benefactor, a quien iluminó mentes infantiles, abriendo hondo surco en el campo sin luz de sus inteligencias, para arrojar en él semillas fecundas, que en el transcurso de los años, siguiendo la parábola del Señor, de dar ciento por uno, cuajaron en óptimas espigas o florecen aún en recuerdos de veneración, para aquella maestra abnegada, que con amor de madre cultivó en el corazón y en el cerebro de los primeros años de la colonia Vázquez y de otras colonias, los sentimientos que elevan al ser humano, a la categoría de ser racional.

Francesa de origen, nacida en Perpignan, despósose con Camilo Andrés Christin, de la misma nacionalidad y pueblo.

Llegó con su esposo al país en el año 1870, radicándose en San José, donde al poco tiempo empezó a ejercer el magisterio.

Ejerció también su abnegado magisterio, en la colonia San Juan, La Calera, acogiéndose a los beneficios de la jubilación después de muchos años de enseñanza.

Pero su amor a los niños, pudo más que la bondad de su tranquilo retiro y es así que en 1896, radicada en la colonia Mabragaña, creó una escuela particular, siendo subvencionada más tarde por el gobierno de la provincia. Allí, su hija Ana ejerció de maestra durante catorce años, bajo su guía experimentada. Esa escuela hoy es nacional.

Radicada en 1900, en la colonia Vázquez, creó una nueva escuela, obteniendo una inscripción inicial de sesenta niños. Para que dicha escuela funcionara cedió gratuitamente

el local.

Algún tiempo después, consiguió una pequeña subvención del gobierno de la provincia.

Fueron maestras bajo su dirección en esa escuela, sus hijas Rosa y Blanca.

Tal síntesis de la obra, de esta maestra tesonera y entusiasta. Donde quiera que hubo levantado su casa familiar, la transformó prestamente en faro, para disipar con sus rayos iluminados de saber, la ignorancia adueñada de los campos sin fin de nuestra tierra.

Tan buena maestra, como fecunda madre cristiana, dejó a su patria de adopción una descendencia numerosa. Ana, Carmen, Francisca, Isabel, María, Blanca, Rosa, Angela, Clara y Carlos, formaban la decena, de este bello exponente de madres fecundas, que vinieron allende el océano, para dejar en nuestro suelo, el tesoro incomparable de sus hijos argentinos.

Vida consagrada al hogar y a la patria de sus hijos, su recuerdo ha de perdurar entre los que fueron sus alumnos, porque con bondad de madre y amor de maestra, supo inculcar en ellos, el goce inefable del abecedario que ilumina el pensamiento y el consejo que lleva la dicha al corazón, ennobleciendo los sentimientos que hacen felices y virtuosos más tarde a los hombres.

Actuó durante una época, en que ser maestro, era llevar dentro del alma, parte de la virtud excelsa de los apóstoles. Numerosos alumnos, poca paga y ésta después de largos meses de espera. Había mucho de sacrificio y pocas satisfacciones. Era duro el terreno a desbrozar y pocos los medios para la lucha.

Sin embargo, la obra se hizo como se pudo; completa o incompleta, a fuerza de corazón y de conciencia y los que después de algunos años, comprendieron que nada es comparable a poder juntar las letras para expresar las ideas, leer las de los demás y agrupar los dedos para formar los números con que se resuelven los cálculos más elementales y necesarios de la existencia del hombre, habrán recordado tiernamente, más de una vez, a esa estrella que alumbró muchos retazos de esos campos entrerrianos, en la santa misión de hacer el día en la noche de los seres que esperan la luz, para poder caminar solos por la vida.

Fallecida el 23 de enero de 1910, ocho años antes que su esposo, sus restos están depositados en el cementerio de Villa Elisa, adonde un día llegarán en corporación solemne, confundidos con sus descendientes, los que fueron sus exalumnos, para ofrendar a la inolvidable maestra de sus lejanos días de niños, el bronce humilde, que es gratitud imperecedera en la eternidad del tiempo y paz en la conciencia de los que saben devolver gratitud, por bien recibido.

¡Maestra que fuiste cual haces de luz iluminando los campos de la tierra inolvidable que me vió nacer, queda en estas modestas líneas, que han de sobrevivir más allá de mis años, el reconocimiento justiciero, de quien por afinidad de vocación en épocas y lugares muy distintos en sacrificios, puede valorar toda la obra inmensa, patriótica e incomparablemente bella, que realizaron los maestros de las campañas argentinas, de los cuales eres un magnifico ejemplar, en esa época, en que el maestro era un abnegado y sacrificado apóstol del abecedario, de los números y de los sentimientos que enaltecen la vida!

Muchos de los que gracias a su dedicación pueden leer estas líneas, a medio siglo de distancia, al revivir los años que no vuelven más, comprenderán que ninguna huella fué tan honda en sus almas, como la que grabó la escuelita humilde perdida en la inmensidad de aquellos campos, en los cuales doña Eufrasia, fué una luz civilizadora, que indicaba a los que por allá pasaron sus días más felices, el camino de la patria, del honor, del progreso, de la conducta, de la honradez, del trabajo y del deber.

DOÑA BERTA SARDOU DE RIETER

Maestra en Colón, antes de casarse con don Enrique Rieter, dejó el magisterio para retirarse a la vida hogareña.

Sus restos descansan en el cementerio local.

DON FRANCISCO DE BILBAO

Vasco de origen, fué uno de los más viejos maestros del departamento Colón. Desarrolló su acción en el Cuartel Sud

de la Colonia San José, en la escuela que hoy se llama: Godoy Cruz.

Tiene entre otros muchísimos méritos, el de haber sido maestro de dos eminentes entrerrianos, que dejaron bien alto el prestigio de nuestra amada provincia: el excelentísimo Obispo de Iborá, Monseñor Julián Martínez, quien durante muchos años dirigió la Diócesis de Paraná y el eminente médico don Martín Reibel, que fué como un pedazo de lo mejor de la provincia de Entre Ríos, transplantado en la capital de la República, donde brindó a manos llenas, el perfume de su bondad y de su corazón incomparable de hombre bueno.

Acogido a los beneficios de la jubilación, volvió a la patria de su nacimiento, donde falleció y descansan sus restos.

DON JOSE CHRISTIN

Hermano de doña Eufrasia, fué maestro en la colonia Primero de Mayo. Murió víctima de un accidente. Sus restos descansan en el cementerio de San José.

DON ABEL DURAND

Ejerció su magisterio en la colonia Primer Ensanche de Mayo.

DON MARIANO MAGNIN

Fué maestro en el paraje denominado "Paso de las Piedras".

ESCUELA NACIONAL Nº 33

Hoy colonia "Vázquez" tiene una escuela nacional, que cumple la incomparable misión de ilustrar y modelar sus sentimientos de la niñez que vive en ese contorno.

Es el nuevo faro que reemplazó al primitivo, levantado por doña Eufrasia Christin de Christin, hoy extinguido, y

donde acaso los hijos de aquéllos que bebieron en la pristina fuente de la primera época, ríen, juegan, cantan y aprenden, el mismo verbo inmortal de la sabiduría, que comienza con el abecedario y un dedo de la mano, para terminar en maravillosas combinaciones al infinito.

Nueva casa, nuevos maestros, nuevas voces, nuevos sistemas, nuevos nombres, pero al final, el mismo problema inextinguible: la educación de la infancia para la vida completa, que aguarda cercana, con sus impenetrables interrogantes.

"¡Sed buenos y honrados!", siempre os dijo el maestro, cuando la despedida, y si alguna vez en la vida perdéis el rumbo, "acordáos de la escuela, de vuestros maestros y volveréis a encontrar el camino del bien, que ellos os enseñaron desde el primer día que llegasteis a su puerta".

Fundada en 1908, en su meritorio recorrido y con distintos maestros, es el centro cultural de la colonia para la cual fué creada.

Por sus aulas pasaron siendo niños, el honesto colono que allí cerca lucha con la naturaleza para dominarla, cultivando los mismos campos que jalonaron sus antepasados, hace casi medio siglo; el médico que se fué a la ciudad, el sacerdote que siguió su destino, hecho cruz y amor, y el maestro que se fué a otros lugares, cercanos o distantes, a sembrar abecedario.

Este faro del saber, levantado en un centro agrícola-ganadero por excelencia, es obra de un vecindario que no escatimó esfuerzos, para hacerlo cómodo y para darle al director una casa familiar digna de su jerarquía moral, intelectual y social, dentro del medio.

Forman el personal directivo y docente actual: el doctor Salvador Trigos; señora Haydée Urquiza de Küttel y la señora Azucena S. de Céspedes.

Cuenta además con una importante Biblioteca Popular que posee 1.300 volúmenes y una Cooperadora escolar.

Entre los componentes de esta última, figuran dos exalumnos del "Faro de la Cuchilla" de Villa Elisa: Plácido Putallaz, secretario y Benito Pettit, vocal.

Integran además dicha comisión, como Presidente, Andrés Magnin; tesorero, Esteban Magnin y como vocales, Reinaldo Perrón y Américo Küttel.

RECUERDOS DE TIEMPOS IDOS

Allá por el año 1915, dirigió la escuela de la colonia "Vázquez", la Sta. Ana Amelia Pérez Colman, maestra hoy radicada en Buenos Aires. Accediendo a una invitación suya para que concurriésemos a la fiesta escolar de fin de año, nos trasladamos a su escuela, los componentes de una pequeña orquesta que teníamos en Villa Elisa, con objeto de amenizar el programa.

Don Francisco Bouchet, viejo y prestigioso vecino de la colonia Vázquez, puso amablemente a nuestra disposición, su "volanta" para que realizáramos el viaje.

La orquesta estaba formada por Juan Lombardini, Tito Claá, José Oyarbide, mis hermanos Ambrosio, Alfredo y yo, los que ejecutábamos respectivamente: clarinete, mandolín, guitarras y violín.

Nos acompañaban en calidad de entusiastas viajeros, algunos muchachos más, entre los que recuerdo a Celestino Sala y a Zacarías Cáceres. Allá nos encontramos con Francisco Guex, quien es pariente de la ex-directora.

Fácil es imaginar la cordial acogida a nuestras personas y el interés, que nuestros instrumentos musicales, despertó entre todo el vecindario, que en número insospechado se congregó ese día excepcional, en la escuela de esta evocación.

Un programa sencillo, como el que se puede pretender en las escuelas de campaña, resultó ese día magnificado por nuestro modesto conjunto de aficionados. Seguramente que ni los niños ni los padres, que vieron la felicidad de sus hijos retratada en los ojos que no se apartaban de los instrumentos, habrán olvidado, las armonías con que ese día, se llenó la serenidad estival de aquella tarde inolvidable, bajo la sombra de muchos árboles frondosos.

A más de un cuarto de siglo, desde la ciudad luz, vuelvo a la sombra de tus árboles en busca de armonías que se fueron, faro amigo, que alumbras al norte de mi suelo.

ESCUELA Nº 32

Su origen data de 1908, época en que funcionaba en la casa del vecino don Luis Eggs.

Su funcionamiento en el local actual, comienza el 25 de mayo de 1912, día en que fué inaugurado por su director, el señor Luis C. Pérez y la presencia de viejos vecinos de la colonia, algunos de los cuales fueron alumnos en el "Faro de la Cuchilla" de Villa Elisa, tales como Eduardo Ruggier, José Guiffrey y Juan Lambert.

Casi todos los viejos colonos que la consiguieron con su esfuerzo y entusiasmo, conocían a fondo el problema de la distancia, en la educación de sus hijos.

Todos ellos, en la primera época de la colonia, no tuvieron más recurso que mandarlos a "El Faro de la Cuchilla" y sabiendo todo el sacrificio que ésto representaba, se unieron en idéntica aspiración, hasta ver realizada la empresa.

Basta leer los apellidos de los que por ella lucharon, para ver en ellos, nombres familiares en "El Faro de la Cuchilla" desde 1892 a 1904: Francou, Guiffrey, Orcellet, Rouggier, Villón, Lambert, Roude, Guillaunme, Zermatten, etc.

Aparte de su acción educativa, la escuela Nº 32 es un centro cultural y social de inestimable valor, contando para ello con una biblioteca y una sociedad cooperadora, dirigida por vecinos y ex-alumnos de la misma.

Fueron sus directores sucesivamente:

Cristina B. de Caraballo, Luis C. Pérez, Pascuala Retamar de Pérez y Luis Alejandro Ferreyra.

Forman su personal actual: como directora, la señorita María Leonor Minatta y como maestras, las señoritas María M. Leivar y Otilia Roude.

DON LUIS C. PEREZ

Larga fué la actuación de don Luis C. Pérez en la dirección de esta escuela. Le tocó la lucha más difícil; la del período de organización, al que todos los colonos se unieron, con el afán común de ver plantada la escuela para sus hijos y descendientes.

Allí estuvieron juntos: el maestro desconocido, deseoso de afianzarse en el medio y ganar el corazón de los pobladores y los viejos moradores de esas soledades, don Antonio, Camilo y Alejandro Orcellet; Luciano y Eduardo Ruggier, Cesáreo Guiffrey, Juan Allende, Ambrosio Cottet, Tobías

Francou y otros más. Todos pusieron su fe en el maestro forastero y este servidor de la patria, sintió la alegría que traen al corazón, la cordialidad general y la franqueza campechana.

Cierto día inolvidable, fué a mi casa paterna para conocerme y pude leer en sus ojos y escuchar de sus labios, la emoción alegre de quien "cayó de pie" entre gente, que por lo cordial parecía de vieja amistad. Los labriegos eran humildes, tratables, pudientes, respetuosos del maestro de sus hijos y le abrieron sus pechos llenos de sinceridad campera.

Entre halagos y a través de los años, vió satisfecho, al igual que el labrador que en campo feraz arroja la semilla promisora, como su escuela echaba raíces hondas y espigaba en frutos óptimos, llenando la campaña de su acción, con voces que tenían acento de progreso y arrullo de obra imperecedera.

Era entonces don Luis, un hombre joven, animoso, bien plantado y no exento de simpatía cordial, fácil de llegar a quienes lo trataban.

Conocedor de los sinsabores que viven la mayor parte de los maestros de nuestras campañas, por la falta de centros culturales que los eleven intelectualmente, con cruda realidad y profunda amargura, me habló de los problemas difíciles del ambiente y de la desidia, que insensiblemente aniquila en ellos, la voluntad de superarse en el ejercicio constante de las facultades superiores del espíritu, disminuyéndolos a las necesidades que la vida sin mayores inquietudes mentales les exige.

Felizmente hoy con los medios veloces, que aparentemente disminuyen las distancias, debido al menor tiempo que se emplea en recorrerlas, el problema se soluciona fácilmente en algunos lugares, no muy apartados de núcleos de poblaciones.

La muerte que siempre acecha a los mortales, no lo dejó ver el final de la obra, que será concretada en el edificio, que con fondos al vecindario se levantará un día, pero su nombre ha de vivir por siempre, entre las aulas que él llenó con su voz cálida de maestro entusiasta.

Sus restos descansan en el cementerio local desde el 5 de setiembre de 1932, fecha de su fallecimiento.

ESCUELA NACIONAL Nº 125

Le cupo a esta escuela el destino de cerrar ese espléndido marco, dentro del cual, la que levantaron en la villa, don Héctor de Elía y los pobladores, en los albores de la fundación, vive su alegría de madre buena, viendo como los hijos de esa colonia a quienes ella despertó a la vida de la luz inextinguible del espíritu, han hecho del trabajo, una virtud innata y de sus ideales más elevados, el deseo constante de un mejoramiento cada día mayor.

No en otra forma se explica el surgimiento en todas direcciones de la colonia, de estos centros de cultura popular, que como brillantes engarzados en la madre tierra, irradian en sus rayos luminosos de saber, claridades en la infancia que despierta al inefable goce de las combinaciones de las letras y de los números, enalteciendo al mismo tiempo en hijos y en padres, los valores morales que afianzan al ser, dentro del medio social donde vive, incorporándolo a las conquistas de la civilización.

Cada escuela en la campaña, es un exponente de cultura levantado en el suelo de la patria. Es el núcleo celular donde crecen incontenibles, los valores que han de formar la unidad nacional y la conciencia colectiva.

Los libros, cuadernos, deberes y consejos; las buenas acciones, las costumbres y las tradiciones; los hábitos de respeto, convivencia, solidaridad, trabajo, y el goce razonable de la libertad, etc., que forman el alma y que emocionan al niño haciéndolo virtuoso, entran con él, al hogar de sus mayores poco a poco, impensadamente, se van adueñando de la vida espiritual del mismo, para hacerle vivir sus propias inquietudes.

Si bien es cierto que la mala hierba crece fácilmente, no es menos verdad que la buena semilla en tierra trabajada, llena los campos de granos, cuando el labrador no descuida su predio.

He ahí entonces, al sembrador cuidadoso, paciente, tesonero y fervoroso, que le ha tocado en suerte dirigirla desde su creación, matando la mala hierba que siempre amenaza crecer en el corazón virgen de una vida que empieza y sembrando en cambio la semilla buena de la parábola clásica,

en las almas que cobija en su seno, de madre amorosa, para que en ellas florezcan lozana, la flor de la virtud.

ESFUERZOS QUE FRUCTIFICAN

Colonos como José Blanc y Alberto Schaulet, que en días de su niñez, tuvieron que recorrer distancias cansadoras, para recibir de mi padre los beneficios de la instrucción primaria, ya en la escuela del "Cuartel Norte" o en la de "El Faro de la Cuchilla"; padres y hermanos de otros, que como los Walser y Treboux, también conocieron la huella larga que conduce, subiendo y bajando lejanías, hacia el punto del horizonte engañoso que parece descansar sobre el lomo de la cuchilla más cercana, para alejarse sucesivamente sobre las otras que aparecen apenas el viandante coronó su primera cumbre; y colonos como José Ramat, José Treboux y Juan B. Tournour, que vivieron el mismo problema en distintos lugares, sumados a otros que acaso no tuvieron la suerte de vencer obstáculos para hacer día en las noches de sus mentes; fueron los principales gestores de este movimiento simpático, coronado con la alegría de ver levantada en ese lado Noreste de la colonia, la escuela Nacional Nº 125 que desde el 11 de abril de 1921, día de la iniciación de sus clases, agrupa en su seno de madre pródiga, a toda la infancia en edad escolar de ese contorno, otorgándole los inestimables beneficios de la cultura general y del saber primario, indispensables a sus necesidades lugareñas.

El 4 de mayo de 1919, se reunieron en casa del señor Alberto Schaulet, el Visitador de Escuelas, Profesor don Martiniano Bernard y algunos vecinos, con el objeto de cambiar ideas y encauzar la acción a fin de crear la escuela.

Formóse una comisión presidida por el señor José Ramat e integrada por los señores José Blanc, Juan C. Walser, José Treboux y Juan B. Tournour.

Con la generosa donación de una hectárea de terreno, sita en la esquina Norte de la chacra Nº 189, hecha por el señor José Gerard y señora; con el aporte en dinero de otras personas y con el trabajo material de toda clase realizado por los colonos, se ofreció al Honorable Consejo Nacional de Educación, el edificio en que empezó a funcionar.

No defraudó el Visitador, las esperanzas de los colonos y es así, que al ser aceptado el ofrecimiento por el Honorable Consejo Nacional, se nombró el 24 de febrero de 1921, Maestra-Directora, a la señorita Nelly M. Küttel, ex-alumna de mi padre.

Tal es sucintamente la historia de esta casa, que hecha idea colectiva en el anhelo plausible de los padres, para dar educación a sus hijos, surgió en breve tiempo, a la vida plena de las cosas útiles.

PERSONAL DIRECTIVO Y DOCENTE

Dirige la escuela desde su creación, con singular acierto, entusiasmo y afecto de los colonos, la señora Nelly M. Küttel de Castex, hija de Villa Elisa y descendiente de uno de los primeros hogares que formaron el núcleo de la colonia.

Maestra experimentada, hizo sus primeras jornadas en la docencia, como Maestra-Directora de una escuela Nacional, hoy desaparecida, que funcionó en el Puente Gualeguaychú, cerca de lo de don Santos Benitez.

Fueron maestras en la escuela Nacional Nº 125, la señorita Delicia A. Bouchet desde 1924 hasta abril de 1926 y la señora Esther I. Bouchet de Masseilot (fallecida).

Actualmente el personal de la Escuela lo forman las señoras: Nelly M. Küttel de Castex, como Directora; E.M. de López y A.M.E. de Míguez, como maestras.

ASOCIACIONES AFINES

Extiende la escuela su influencia cultural en los hogares que la rodean, por medio de la Biblioteca "Sarmiento", fundada en mayo de 1925 y que consta de más de 600 volúmenes.

Su acción de acercamiento social y ayuda mutua, está representada por dos asociados que llevan los nombres de: "Asociación Ex-alumnos" y Cooperadora "Hogar y Escuela", respectivamente.

ESCUELA INFANTIL Nº 14

Don Francisco Boenar, padre de dos ex-alumnos de "El Faro de la Cuchilla", sin duda alguna conocía el problema de la distancia en la educación de los hijos y es por eso, que fué de los que más hicieron, para que en esa zona de la colonia "La Matilde", donde hoy está ubicada, se creara una escuela que cumpliera la misión de ilustrar y educar a los niños de ese numeroso vecindario.

Así es que en el año 1904, comenzó a funcionar con carácter particular, en un salón de techo de paja, construído en un terreno donado por don Francisco, la humilde escuelita que desde hace treinta y siete años, alumbra con su llama inextinguible de bien público, todo el amplio radio de esa colonia tributaria de Villa Elisa.

Oficializada después, en el orden provincial, el rancho que le sirvió de cuna humilde, tomó categoría de edificio cómodo y destacado en el año 1907, gracias a la acción mancomunada de los colonos, que supieron apreciar todo el tesoro incomparable que ella representaría para la educación de sus hijos.

Fué su primera Directora, la señorita Elena Durand y actualmente encauza su acción cultural y social desde el mismo cargo, la señora Amalia Sabaño de Tavella.

La Biblioteca "General Belgrano", que revive en su nombre, el alma más pura de nuestra Revolución, creador de la bandera que simboliza nuestra patria y de las primeras escuelas de campaña después de 1810, en la Provincia de Corrientes, difunde por medio del libro que es luz que penetra iluminando el seno de los hogares cercanos a ella, todos los incalculables beneficios, que las buenas lecturas producen, en el corazón de los que leen y despiertan a las sanas emociones de la vida del espíritu.

¡Escuela de La Matilde! ¡Anhelos de padres fundidos en tu imagen!

Así, al igual que "El Faro de la Cuchilla", en su alborada inicial y de tus hermanas en la acción común de destruir la ignorancia, haciendo patria buena y sabía, en los campos sin fin que se aprietan opulentos de granos y de ideales, alrededor del núcleo celular del suelo humilde, has irradiado

y sigues irradiando tus luces, tras las lomas pintorescas, más allá de la estancia que fuera morada del inolvidable fundador de la colonia, bajo cuya jurisdicción hoy convives un mismo destino.

CAPITULO VIII

ARTISTAS DE LAS ALMAS

EN BLANCO

A todas las maestras de mi patria

Al dedicar esta poesía a las maestras de mi patria, interpreto hondos afectos que viven en mi alma, para las que no solamente me instruyeron, sino que también despertaron sentimientos nobles en mi corazón.

Siempre he pensado, que no puede haber artista superior al maestro, por una razón muy sencilla, pero indiscutible:

Cuando un poeta, un pintor o un escultor, hace su obra, si ésta no satisface su inspiración, rompe o arroja la plana, de tela o el bloque y empieza otra de nuevo, tantas veces como su genio de artista se lo imponga. Total, la materia es inagotable.

¡Cuán distinta y única en cada niño, es la materia que Dios puso en su alma!

¡Ten cuidado maestra cuando cantas, pintas o grabas en el alma de un niño! Piensa que es incambiable; que lo acompañará siempre en su paso por la vida y si cantas, pintas o grabas mal en ella, será una obra malograda.

A LA ARTISTA DE LAS ALMAS EN BLANCO

1

La gota de rocío,
Que en extremo de pétalo, o en hoja temblorosa,
Besada por el sol en la mañana brilla,
Móstrandose el iris que a perla la asemeja;
No iguala de sus dientes los vívidos fulgores,
Cuando risa descorre el rojo de sus labios
Para mostrar al niño, la luciente alegría
Que a su alma virgen llega brotando de su boca.

2

Las flores más hermosas, que en mi jardín de ensueños
Columpian sus corolas con belleza triunfal,
Atrayendo a la abeja, al pintor y al poeta
Para darle el color, el perfume y el néctar;
No dan al artista el pincel o del verso,
Los matices suaves, ni el acento terso
Que en lenguaje tierno escancia incontenible
La maestra santa, sobre la inocencia que a su voz se encanta,
Guardando en secreto en el fondo de su alma,
Los sublimes ecos de esa melodía, que oyó de los labios
De quien fuera en la vida de los años primeros;
La luz que ilumina el sendero que empieza,
La voz que en ternuras iguala a la madre.

3

El canto del ave, que en trinos alegres a natura inunda,
Despertando al día, antes que el rey astro
Se muestre radiante dominando el cielo;
O el que junto al nido lanza a toda hora
Cerca a los pichones que amoroso cuida, padre cauteloso;
No iguala en ternezas la voz de esa artista,
Cuando leen en el libro, o recita un verso,
O brinda el consejo que buenos nos hace.

4

El agua que fluye, en frescas burbujas, de límpido brillo,
Del manantial más puro que imaginarse pueda;
Que en hilos de plata se extiende ondulante,
Lamiendo los pastos, el camalote en flor;
Lo mismo que el junco, al guijarro, al barranco,
La raíz de algún árbol que a su vera creció;
No lleva disuelto en su cristal pristino,
Todas las claridades que la buena maestra
Puso en las tinieblas al darnos el día
Que alumbró nuestros pasos, camino a la vida,
Aquella alborada, que nadie olvidó.

5

Ni el acorde armonioso que el músico arranca
A su instrumento dócil,
Al llorar su sonata en tono menor,
Lleva en su armonía,
El acento tierno, que grabó en el alma de inocente niño,
La dulce maestra de voz como arpegio de límpidas notas,
¡Tan suave y sentido!
Cantando a la patría, a la madre, a los campos,
A las aves, a la vida, al deber:
Su canción de amor.

6

Los bosques que guardan tesoro infinito,
Que Natura pródiga en árboles dió;
Poblado de aves, de nidos, de cantos,
Repletos de mieles de dulce sabor;
Adornados de lianas, de flores, de frutos
Que tachonan el verde que les da el color;
No igualan tesoros que Dios puso en ella,
Cuando habla del árbol, del nido, del ave,
Las mieles, las hojas, el perfume y la flor.

7

Ni el pincel de Da Vinci, Rafael, El Ticiano,
Goya, Rubens y Velázquez también,
Pintara, Gioconda, La Santa Familia,
Júpiter, La Maja, El Descendimiento,
Las bellas Meninas,
En colores más puros, en tela más fina,
Cual pinta "La Santa", en los tules de un alma,
Que empieza jugando, su paso en la vida.

8

Miguel Angel, tallando en el blanco Carrara
Su famoso Moisés o a Lorenzo el Magnífico;
Ni Cellini grabando la plata más fina,
Usaron sustancia tan noble y tan sensible,
Como esa que puso en la vida del niño,
El supremo hacedor de los mundos
Para ser modelado a su imagen divina.

9

Ni Homero, Píndaro, Anacrëonte, Safo,
Virgilio, Dante, Lope, Garcilaso,
Zorrilla el del Plata, ni Rubén Dario,
Escribieron sus versos sublimes y eternos
En páginas bellas de acentos tan tierno,
Como en las que escribe, la maestra santa
En esa esperanza hecha de inocencia,
Que ríe, que juega, que llora y que canta
A su alrededor,
Sus risas más puras, sus horas más dulces,
Su divino candor.

10

Porque, ni pinceles, buriles, ni plumas,
Que pintan primores, que tallan el mármol y cantan amores,
Por fama que tengan podrían igualar:
Los matices puros, la delicadeza, ni los sentimientos
Que aguardan latentes en el alma de un niño, para despertar,
Al mágico toque de esa artista excelsa que vieron los siglos:
¡La Artista sublime de las almas en blanco!...

CAPITULO IX

LA IGLESIA DE MI PUEBLO "NUESTRA SEÑORA DE LA NATIVIDAD"

A la memoría de mis abuelos y tíos:

Ambrosio Augusto Francou y Margarita Medaille; Juan Aguer y Susana Doufou.

Jorge Francou y Rosa Roude; Claudio Ainzuain y Margarita Aguer; Isidoro Fellay y Francisca Francou; Juan Aguer y María Betbeder; José Bourren y Judith Francou; Próspero Pessacq y Josefa Aguer.

LA IGLESIA DE MI PUEBLO

DIOS

La existencia de Dios no se discute, como no se discute la del mundo que nos rodea o la luz del sol que no alumbra. La aceptamos como síntesis perfecta de todas las virtudes hacia las cuales debe acercarse el hombre, que fué modelado a su imagen y semejanza.

Creador del cielo y de la tierra, fué Jesucristo su divina encarnación del mundo.

Crucificado Este, en el drama más grandioso que vieron los siglos, subió a los cielos y algún día ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

De su paso por la Tierra Santa, quedaron como eterna bendición para la humanidad, su doctrina inmortal y dos madero que abriendo sus brazos en cruz, forman el símbolo augusto del cristianismo.

Su aparición en el mísero pesebre de Belén, marca la era cristiana de nuestra civilización.

Desde entonces a hoy, han existido imperios poderosos, culturas admirables, monumentos soberbios, testas coronadas, sistemas filosóficos, que después de resplandecer su hora sobre la tierra, declinaron para perderse en el olvido que los años al correr tras del sol, arrojan incesantes sobre ellos.

Sólo el genio del cristianismo ha seguido acrecentando cada vez más esplendor sobre la tierra y creciendo a la par del género humano hasta agrupar en torno al Credo Católico, a más de quinientos millones de almas.

Su contenido de amor y de virtudes excelsas que forman su esencia divina, ha de vivir mientras queden sobre la tierra, los aires o las aguas, dos maderos que se extiendan a manera de cruz en sublime evocación del mártir, que desde el Gólgota milenario señala, por siempre jamás, el camino del cielo hacia donde iremos un día a rendir cuenta al Hacedor, del bien o del mal que hayamos hecho en nuestro paso por la tierra.

LA RELIGION

Es el alimento de que se nutre el alma en su más noble contenido.

Todos los pueblos la han practicado y fué siempre el más poderoso vínculo para la unidad espiritual de los mismos. Los chinos, los egipcios, los asirios, caldeos, fenicios, griegos, romanos, árabes, aztecas, mayas, incas y los demás que han existido y existen, al no poderse explicar el misterio de la vida, de la creación del mundo, de la existencia de los seres y de la muerte, han buscado un Ser Supremo que satisfaga la angustia de lo incognocible.

El pueblo griego que tan destacada cultura alcanzó miles de años antes que apareciera Jesucristo, tuvo una religión politeista, formada en base a admirables mitos. Creó así la llamada ''Mitología Clásica'' y fué tan grande el número de dioses, diosas y otras deidades con que contó ésta, que se puede afirmar que no hubo misterio humano, ni fuerza de la naturaleza, que no estuvieran representados en sus divinidades.

Creó así una verdadera poesía mitológica dando a cada uno de los dioses, las mismas pasiones terrenales propias de los mortales, desde la más bajas y relajadas, hasta las más nobles y sublimes del espíritu.

El sacrificio de vidas humanas, en holocausto del Dios venerado, con que algunos pueblos creían aplicar su ira, suprimido por la nueva doctrina, era algo tan brutal, que eso sólo bastaría para admirar la grandeza de la religión cristiana, si no tuviera otras cualidades que la enaltecen hasta el infinito.

La aparición de Jesucristo con sus principios, es el triunfo de las virtudes del alma, sobre los valores inferiores de la vida. Con ellos pretendemos acercarnos a su perfección.

Su doctrina está modelada en base al amor, el perdón, a la humanidad, a la castidad, a la templanza, a la paciencia, a la caridad, a la diligencia, a la ayuda mutua, al trabajo a la verdad, a la honradez, a la justicia, al respeto, a la familia, al arrepentimiento, al bien, a la libertad, a la fraternidad, a la hospitalidad, a la sabiduría y en base a cuanto pueda ser un valor que nos eleve ante nuestra propia conciecia, haciéndonos virtuosos.

Sabiduría y virtud, he ahí dos términos del gran problema de la humanidad, que deben ser inseparables, como los elementos gaseosos del agua, para formar la civilización de los pueblos. La sabiduría es digna del hombre hecho a imagen de Dios, cuando es afianzada por las virtudes que son joyas del alma, pero execrable cuando es dirigida por el mal.

Hagamos primero del ser humano un ente virtuoso y después sabio, que así la paz reinará sobre la tierra.

La creencia en Dios, es la única fuerza secreta que puede hacer virtuoso al hombre, porque sólo él llega a su conciencia para castigarlo con el arrepentimiento cuando obra mal o para endulzarle el alma cuando hace el bien. Sólo El llega adonde no puede llegar la ley, que creó el hombre para la convivencia de los seres, castigando con el pesar que amarga la existencia, a los que se apartan de la doctrina que encomendó a sus doce discípulos aquella noche de la cena memorable y que éstos, como a semillas fecundas esparcieron en todas direcciones por el mundo. Doctrina que los pueblos al hecerse cristianos recogieron para incorporarla como normas éticas en la sociedad y en las leyes, a fin de vivir un día la civilización y felicidad que aún no han alcanzado.

No creo en las virtudes íntimas del hombre, sin la presencia de Dios en su conciencia.

El libro de la vida es demasiado claro, para dudar un momento de esta verdad que contrista el corazón, cuando comprobamos que seres a los cuales creíamos buenos moralmente, lo eran mientras podían eludir la ley, que no llega a donde sólo Dios puede llegar.

LA APARICION DE JESUCRISTO

Desde su paso por el mundo comienza nuestra era cristiana.

Es la nueva luz que ha de alumbrar el corazón de los humanos, con normas nuevas de vida.

Con la aparición de su doctrina huyen para desaparecer en las tinieblas de los siglos, los dioses paganos que miles de años guiaron a los pueblos del oriente, formando civilizaciones desaparecidas y de cuyas existencias, nos hablan los tomos que llenan los anaqueles de las bibliotecas, al respirar

de sus páginas ese perfume de cultura que impregna el espíritu, embelleciéndolo.

Cuando El nace, era la época de los emperadores crueles, de los esclavos, del sacrificio de los pueblos conquistados por las armas, de los tetrarcas sanguinarios, del libertinaje sin freno, del apetito morboso de los instintos primarios, del incesto irrefrenable, de la fuerza bruta contra la razón, de la negación de la libertad, de la justicia y de la fraternidad humana.

La doctrina de Jesucristo, fundada sobre el amor, la fraternidad, la justicia, la igualdad, la libertad y la moral de su verbo, ha de enfrentar para vencer después de sacrificios cruentos, a la fuerza bruta, base de todos los males anteriores y para levantar sobre cimientos de piedra eterna, los pilares inconmovibles que marcarían para siempre a la civilización, el derrotero por donde han de alcanzar los pueblos algún día su felicidad.

Se resiste el ánimo a creer que doce humildes pescadores, nimbadas sus almas por la fraternidad, la caridad y el amor, partieran sin otras armas que la Fe y el Evangelio a conquistar la redención del género humano, sin aceptar un secreto misterio que los hizo invencibles en el esfuerzo.

Eran los tiempos de la Roma de los Césares omnipotentes y allí llegan algunos a desafiar la ira y crueldad de los tiranos envilecidos por los crímenes y las orgías.

Las catacumbas de la ciudad eterna saben los secretos de la lucha para vencer a las fuerzas del mal con la Cruz, la Fe y el Decálogo. Las tumbas de tantos mártires allí enterrados, son mojones cristianos que han de marcar la ruta de la liberación del hombre a su condición de tal y los ritos sacros con sus cantos de aleluyas al Todopoderoso han de resonar en la oscuridad de las bóvedas silenciosas, como un Himno de esperanza a la nueva era de la civilización.

No importa que los circos romanos se estremezcan, ante los gritos y gestos enloquecidos de la turba irresponsable, con el festín de tantos mártires devorados por las fieras. Tantos como los astros del firmamento, han de brotar de esas catacumbas los mártires, para aplacar la sed de la jauría que ruge su crueldad clamando víctimas. Sobre esas arenas tintas en sangre humana, ha de abrir su corola delicada la rosa mística que sobre el frente de la iglesia cristiana, une las almas

misteriosamente a Dios, con su perfume hecho de amor y de fe.

Con el advenimiento de Constantino El Grande, y la adopción por éste del cristianismo como religión oficial, terminaron las persecuciones de los adeptos a ese Credo, que rápidamente se extendió sobre el occidente imponiéndose y creando la civilización occidental, sobre cuyos postulados se formaron las distintas naciones hoy existentes.

LA EDAD MEDIA

Empieza esta época de la Historia, con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 y el fin del Imperio Romano, invadido por los bárbaros.

Se la llama "La noche larga de la humanidad", como Europa destruyendo lo grande que había realizado el Imperio Romano en monumentos que son para nosotros como el índice marcador de una civilización alcanzada, no se puede negar que al igual que los romanos con respecto a los griegos, los bárbaros vencieron, pero incorporando a su vez en el espíritu, mucho del adelanto que había realizado el imperio desaparecido. Fueron conquistadores a su vez conquistados. Destruyeron, sí, la materia, pero se impregnaron de las doctrinas de Cristo y del Derecho Romano, que habían de romper las tinieblas de la larga noche, para iluminarnos con sus resplandores hasta el presente.

Esos mismos bárbaros, entrando de lleno en el espíritu de la iglesia cristiana y reconociendo la autoridad de los pontífices como de origen divino, son los que facilitaron esa admirable unidad espiritual, que los papas mantuvieron sobre esos estados en formación.

CARLOS MAGNO

La caída del Imperio Romano, puso frente a frente al mundo pagano y al mundo cristiano en una larga y sangrienta lucha hasta el 1291, año que señala el fin de la octava cruzada para conquistar el Santo Sepulcro, en poder de los infieles.

Carlos Magno o Carlos el Grande, hijo de Pipino el Breve y de Berta de los grandes pies, gobernó con su hermano Carlomán, a la muerte de su padre, hasta 771. Desde este año, por fallecimiento de su hermano, reina solo Carlos Magno y es entonces cuando el imperio del "Rey Cristiano", de la dulce Francia, ha de llegar a su apogeo y esplendor.

Es Carlos Magno la más grandiosa figura de la Edad Media.

Coronado emperador de Occidente por el papa León XII, procuró dar a su imperio no solamente la inconmensurable extesión que alcanzó, sino la unidad espiritual religiosa necesaria, para su afianzamiento definitivo.

En su parte legislativa, procuró imitar a los romanos que habían alcanzado un gran adelanto jurídico; creó las primeras escuelas primarias y protegió las letras.

Pero su mayor envergadura la constituye su energía para luchar contra todos los obstáculos que se oponían al engrandecimiento de las fronteras de su reino y contra los sarracenos, para imponer la religión de Cristo.

Todopoderoso por su genio, no es un emperador absoluto, pues por el contrario está rodeado de consejeros a quienes escucha y de obispos que han de ayudarlo en la tarea de dar cimiento sólido al mundo cristiano, que lo tiene como paladín en esa época de la Historia.

En la más antigua de las canciones de gesta de la dulce Francia, de Carlos Magno, lo encontramos retratado física y moralmente, en algunos pasajes de la Canción:

"su florida cabeza y su barba han blanqueado".
"Noble es su cuerpo y fiera su apostura,
no es preciso enseñarle a quién le busca".
....
"Su palabra no fué nunca imprudente,
su costumbre es hablar despacio.

El asunto en síntesis de "La Canción de Rolando" es así: en su lucha contra los sarracenos, siete años hacía que Carlos Magno estaba en España. Sólo le faltaba conquistar a Zaragoza, donde vivía Marsilio, rey moro adepto a la religión de Mahoma.

Viéndose vencido el moro, simula una sumisión, enviando embajadores ante Carlos Magno, el que la acepta.

Ganelón, consejero del emperador, es quien debe ir ante Marsilio en misión muy peligrosa, por indicación de Ro-

lando, el más valiente y bravo del ejército de Carlos el Grande.

Ganelón, que era padastro de Rolando, jura vengarse y con el rey Marsilio preparan la emboscada donde ha de morir el gran guerrero.

Carlos Magno inicia entonces su regreso a la dulce Francia, protegida su retaguardia por Rolando, por doce pares y soldados caballeros.

Veinte leguas separan al emperador de su retaguardia, cuando ésta se ve atacada por cuatrocientos mil sarracenos, que por entre los valles y desfiladeros pirenaicos, caen como el rayo sobre los cristianos, destrozándolos en Roncesvalles.

Oliverio, compañero de Rolando, pide tres veces a éste que haga sonar el cuerno de marfil para que el emperador venga en su ayuda, pero el más valiente de los guerreros se niega otras tantas veces. Su espada llamada "Durandarte" en su potente brazo, parte cabezas y quedan cien mil sarracenos muertos en la desigual lucha. Rolando, ya mortalmente herido, accede a los ruegos de su amigo y hace sonar el cuerno de marfil, pidiendo ayuda a su emperador.

Oye éste el sonido del cuerno de Rolando y quiere volver, pero el traidor Ganelón que ésta a su lado, lo tranquiliza por dos veces.

Al final el Rey Cristiano comprende la traición de Ganelón y de Marsilio. Vuelve sobre Zaragoza donde muere de vergüenza el rey moro, cayendo toda España en poder del Gran emperador cristiano.

Ganelón el traidor, después de sufrir las burlas más infamantes de sus compañeros, es descuartizado a la cincha de cuatro caballos.

Tal el argumento y héroes centrales de esta canción de gesta, donde podemos admirar al gran emperador en su lucha contra los enemigos de la religión Cristiana, que él impuso en sus reales dominios y que desde entonces se extendió por todo el occidente europeo.

EL FEUDALISMO

Lo más característico de la Edad Media es la formación en el siglo noveno, de pequeños e incontables Estados, especialmente en Francia y Alemania. Esos Estados eran dados

en propiedad por un noble más poderoso, a un vasallo también noble, quien se comprometía, entre otras muchas cosas, el servicio militar obligatorio, para ayudar a su señor llegado el momento.

Epoca en que la fuerza imperaba sobre el derecho, estos señores feudales se hicieron poderosos e independientes de sus protectores, surgiendo conflictos sangrientos que dieron lugar a largas guerras y a un estado caótico de crueldad y desenfreno.

LA ESCOLASTICA

Fué la Filosofía de la Edad Media.

Bien sabemos que los filósofos y los moralistas son los que marcan el derrotero de la civilización, al generalizar con el pensamiento toda la sabiduria universal.

Para algunos pensadores como Montaigne, toda la Filosofía se reduce a la moral.

Los filósofos considerados como maestros del pensamiento universal del pasado son: Sócrates, Platón y Aristóteles, entre los griegos; Santo Tomás de Aquino en la Edad Media; Espinosa y Kant en los tiempos contemporáneos.

La Escolástica está unida estrechamente a la Teología y apoyada por las Santas Escrituras, por los Padres de la Iglesia y por la autoridad del filósofo griego Aristóteles, en auge en está época del pensamiento universal.

LOS MONASTERIOS

La vida de los monjes que habitaban los conventos tan difundidos en la Edad Media, se deslizaba entre penitencias, rezos, trabajos de todas clase y la absorción de todos los conocimientos del dominio de la cultura del mundo antiguo.

La vida monástica tan propicia para las largas meditaciones, favoreció ese trabajo de acumulación de muchos siglos, constituyéndose cada convento en un centro de cultura tan grande, que gracias a ellos se pudo salvar lo que ha sobrevivido de la antigüedad.

LA MUJER Y EL CRISTIANISMO

Si hay algo que el género humano no ha de olvidar jamás, es el nuevo concepto que el cristianismo trajo de la mujer. Esclava, objeto únicamente de placer y de lujuria antes de Jesucristo y en el tiempo de los Césares romanos. hemos de encontrar en María, madre del Crucificado, su imagen eterna. Toda la grandeza infinita de su misión terrenal, ha de permitir levantar en cada corazón humano un altar de adoración para glorificarla en la vida y más allá de ella.

No faltó a la Madre del Mártir Supremo, ni la humanidad, ni la persecución, ni el largo peregrinaje, ni el dolor que acongoja el alma ante la muerte del hijo amado, ni la resignación que consuela ante lo irremediable.

Anfora sagrada de todas las virtudes, la mujer ha de encontrar en la adoración a María, no sólo a la madre del Redentor, sino también la pureza hecha manantial perenne manando, cual perfume eterno, de su frente nimbada, para escanciarla sobre su prole en la misión sagrada a que está destinada por el Creador.

Ella es la fuerza invencible que protege a los hogares, haciéndolos invulnerables a los genios del mal, siempre en acecho.

Ella vela el sueño del esposo, por el honor de los hijos, por la paz y santidad de la familia cristiana.

¡Qué las que hasta ti lleguen a doblar sus rodillas penitentes o a musitar sus congojas implorando piedad, encuentren en tu sublime grandeza, el consuelo a sus penas y los destellos de tu nimbo iluminándoles los senderos del alma que llevan a la paz de Dios!

También trajo la religión cristiana el perdón para la pecadora arrepentida: "El que esté libre de culpa que arroje la primera piedra", contestó el Divino Maestro, a los que clamaban castigo para la que había caído tras del placer.

Nadie arrojó el guijarro. Todos eran pecadores.

Esa sentencia justa sería en los siglos venideros fuente de rehabilitación para las que un día naufragaran entre las olas del placer.

Al cristianismo también se debe, la exaltación de la dignidad de la mujer.

La Caballería, institución feudal, militar y cristiana de la Edad Media, armó el brazo de los caballeros en defensa de su dama. Ha de ocupar entonces la mujer el amor de su corazón y por ella han de exponer sus vidas ante miles de peligros.

Junto a esos nobles caballeros siguieron los libros de caballerías que ocuparon con sus fantasías y leyendas maravillosas, un lugar importante en la literatura del medioevo.

A través de Amadís de Gaula, cuya antigüedad alcanza a principios del siglo XIV, podemos comprender cuán puro y leal debía ser el Caballero Cristiano, para merecer el corazón de su amada.

Quiméricas o fantásticas, las hazañas de su héroe Amadís de Gaula, vemos a través de la elevación de la mujer, el símbolo de ideal cristiano.

No importa que el autor de "Don Quijote", haya dado muerte en 1604 con su Caballero de la Triste Figura, a ese género literario en auge durante la Edad Media. Ya la obra de la exaltación estaba realizada. El sentimiento de dignificación de la mujer entre la nobleza había llegado a ser tan grande, que al repercutir en el hombre del pueblo, aquélla ganó el corazón para ser la esposa amada, la compañera de su vida, la madre de sus hijos, la reina del hogar y no un mero placer, como había sido anteriormente y del que salió enaltecida y liberada, gracias al cristianismo, que instituyó la familia como base de la sociedad presente.

La cantidad innumerable de Santas que adornan los altares y hogares católicos y ante cuyas imágenes veneradas levantan sus ojos piadosamente las creyentes, son otras tantas fuentes que emanan el perfume incomparable con que embellecen sus almas, las que alimentan su fe en los eternos principios de la moral religiosa.

NUESTRA SEÑORA DE LA NATIVIDAD

Así se llama la iglesia que el fervor religioso de los primeros pobladores, hizo levantar en el cruce de las dos avenidas que dividen el pueblo en cuatro partes y que se prolongan por las entrañas de la colonia en longitudes que varían desde los quinientos hasta los cinco mil metros.

Humilde en su nacimiento, como las vidas que la ofrendaron a la inmortalidad de sus almas y de sus descendientes, lleva en sus cimientos el esfuerzo inicial de las obras de largo aliento y de grandeza infinita.

Las viejas fundaciones de los pueblos hispano-americanos, juntaron siempre el simbólico rollizo de madera, con la cruz del Señor, y no hubo fundador en las ex-colonias españolas que al dividir los cuadrados donde se levantarían las viviendas del futuro, no dejara para su gloria, el solar donde la iglesia elevaría su aguja buscando el cielo para coronar su cúspide con el símbolo augusto del cristianismo, en muda advertencia del dominio de Dios, sobre el mundo.

Es que un pueblo sin iglesia, parece un pueblo sin alma. Sin ella, algo falta a la belleza de su panorama y quizás también algo, a la belleza de las virtudes de sus habitantes.

¡Con cuánta ansiedad vemos erguirse en la lejanía, sobre los horizontes engañosos, entre el esfumino gris de la distancias, la cúpula imponente o la delgada aguja de un campanario que domina el contorno desde el sitio más alto, indicando al caminante el rumbo por donde se llega a la población buscada y también a Dios!

Villa Elisa tuvo y aun vive los últimos días, su iglesia humilde. Engrandecida hoy por el esfuerzo y el fervor religioso, su imponencia gótica, domina soberana y hermosa sobre las cuchillas donde un pueblo laborioso afianza su grandeza material en el trabajo y sus virtudes morales, en la fe cristiana.

Necesario como el pan para la alimentación del cuerpo, es Dios para el alimento del espíritu. Así lo entendieron quienes conociendo los goces que traen al alma las naves de un templo con su quietud solemne, tomaron la iniciativa para su construcción.

En mayo de 1891 se formó una comisión con el fin mencionado, presidida por don Augusto Deymonaz e integrada por don Juan José Joannás, don Jorge Hipólito Francou, don Pedro Munist y don Juan Küttel.

La mayoría de los colonos contribuyó con diez fanegas de trigo y con el importe de éstas y otras donaciones en dinero o trabajo, se empezó su construcción bajo la dirección de don José Gay.

Poca fortuna tuvo esta primera intentona, ya que un fuerte pampero derribó los muros, cuando éstos ya tenían altura respetable, quedando suspendida la obra por falta de recursos.

Pero esa situación no podía prolongarse. Una nueva comisión, en la que figuraban don Juan Pons, don Luis Roude, don Mariano Sigot y don Domingo Pioli, ayudada por don Héctor de Elía, que donó ciento veinte mil ladrillos y la mano de obra, pone término al templo en el año 1897, bajo la dirección de don Pedro Sala.

ALGUNAS REFERENCIAS

Antes de que se nombrara cura al padre Augusto Hoflack, venían a oficiar misa en la Villa, los hermanos mellizos conocidos con el nombre de los padres Bonard. Posteriormente, estos dos hermanos, a quienes la muerte sólo pudo separar, se fueron para Corrientes.

El primer altar que tuvo la iglesia, fué armado por don José Gay de Mauricio Küttel.

La primera imagen que ostentó el altar para oficiar misa, fué hecha por mi hermana Margarita, en la escuela que dirigió mi padre. Era una hermosa virgen María, bordada en canevás y que medía más de un metro de altura.

La capa para dar la bendición, fué donada por mi abuela paterna, Margarita Medaille de Francou.

La custodia para la bendición, fué donada por mi tío José Bourren.

Las dos campanas que aun convocan a la grey del lugar, fueron regaladas por mi tía Judith Francou de Bourren, la primera y por mi tía Josefina Francou de Moix, la segunda.

EVOCACIONES

No se han borrado de mi retina las imágenes grabadas los días domingos y de festividades religiosas, en aquellos años de mi niñez.

¡Cómo afluía la gente de tres a diez leguas de distancia, en busca de la iglesia humilde, donde descargar penas y ro-

gar bendiciones al Altísimo!...

¡Cuán pequeño resultaba el amplio espacio de la nave, para contener en su seno la incontable caravana humana, que desde distintos rumbos se congregaba en ella, rebasando su interior y volcándose en las adyacencias protegidas por la sombra de coposos carolinas!...

Ancianos y ancianas de cabezas como capullos de algodón abiertos, mezclaban el pergamino de sus caras surcadas por los años y el trabajo, con el sonrosado amanecer de inocentes mejillas infantiles. Eran los últimos destellos de sus días contados, juntándose con la alborada que llegaba a iluminar de nuevo los campos que ellos labraron siendo jóvenes y que por ley Divina debían dejar un día, para que nuevas esperanzas y nuevas energías, siguieran modulando la canción eterna del trabajo y del amor, junto a las espigas, a los arados y a las cunas.

Allí también mezclaban sus armonías de color, belleza y juventud, la inocente doncella, el rudo mocetón, el muchacho imberbe, el padre amoroso y la santa madre que, rodeada de hijos, ofrendaba a Dios lo que de su amor floreció en la tierra, para gloria en el cielo.

Allí estaban unidos en la imagen Sagrada, la colonia entera que amasó la tierra sacándole vida, con la madre criolla de estirpe castiza, mezclada a la indiana, que perdiera al abuelo, al padre, al esposo, por los campos sangrientos el 52, en los días gloriosos de la libertad.

Uno a uno sus nombres, podría sacar de mis recuerdos de niño, si no fuera tan larga la lista de creyentes allí congregados.

En ti, iglesia de mi pueblo, en tu humildad primaria he aprendido a amar a Dios, a la única verdad del mundo. Cumbre excelsa de todas las virtudes y perfección absoluta hacia donde los corazones anhelan acercarse, para tocar el bien y sentir el amor en sus manifestaciones más elevadas y puras.

Allí están vivientes, a través de la retina inalterable que ilumina los recuerdos en el templo de mi alma, todas las imágenes de los seres que fueron mi primera realidad y nítidas entre todas, con una aureola de santidad sobre su frente, la de mi madre orando ante el Todopoderoso, por mí, por mis hermanos, por nuestros muertos y por nuestro prójimo, en esa sublime beatitud que aflora en los labios, al juntar las

manos rezando una oración.

Iglesia de mi niñez alegre: ¡ingrato de mí si al revivir los días que añoro, hubiera pasado de largo por las calles que te circundan, sin entrar a tu regazo para recogerme con la sublime unción de mis días de niño!

Hoy que recojo de la flor de mi alma el perfume más puro para dejarlo disperso en cada letra de este libro, busco en la quietud de tu nave inolvidable, algo de las virtudes que bebí en tu fuente sagrada y que en el largo camino de la ausencia diéronme fuerza y dirección para no olvidar y volver un día hecho espíritu a rogar por todos los que ya no son y por los que siendo aún, seguirán la huella sin retorno.

EL PADRE AUGUSTO HOFLACK

Era de nacionalidad belga.

Cúpole la honra indiscutible de ser el primer cura de Villa Elisa.

Desde 1897 a 1912, fué el pastor de las almas de esa extensa zona que abarcaba las colonias; La Matilde, Primero de Mayo, Las Achiras, El Pantanoso, Puente Gualeguaychú, Colonia Vázquez, San Francisco, Del Carmen, Hócker, Caraballo y Barú.

Durante quince años de silenciosa actividad, mantuvo encendido entre los pobladores de esos campos tributarios de Villa Elisa, el sentimiento religioso dominante en la gran mayoría de la gente.

Era lo que debe ser todo cura en un pueblo; espejo fiel de las más bellas cualidades, porque él representa los valores morales más puros de una sociedad.

Nadie que no sea aun perverso, puede tener un recuerdo ingrato de este honorable sacerdote.

Era un virtuoso por su apostolado, por su piedad y por sus costumbres sencillas.

En las horas amargas de su grey, invariablemente se le vió presidiendo con la cruz el cortejo fúnebre, desde su "americanita" de ruedas rojas y capota negra, conocida por el vecindario de todas las colonias cercanas.

Amigo de las plantas, hizo de los alrededores de la iglesia, hermoso marco de verdor para realzar la belleza de su

modesta construcción. Ocho grandes moreras que parecían gemelas, indicaban los molinetes por donde se entraba al óvalo en cuyo corazón abrió su flor de humildad el templo que él dirigió con las virtudes de un sacerdote santo. Altísimos álamos carolinas y otros árboles frondosos, formaban las avenidas por donde se llegaba a la puerta ojival que mira hacia el Camposanto.

En la parte posterior, cercada con alambre tejido una extensión de medio sitio más o menos, veían admirados los ojos de los que por allí pasaban, apretujada cantidad de frutales y plantas de muchas clases, bajo cuyas frondas tupidas corrían presurosos, zigzagueando entre los arbustos, o roían apaciblemente sus alimentos, infinidad de conejos de distintos colores, que hacían mis delicias de muchacho.

Vivían mezcladas con ellos, gallinas y abejas zumbonas que bañadas de oro en el polen de las flores, se embriagaban en los nectáreos que miles de corolas ofrecían al trabajo incesante del colmenar, que sus manos cuidaban con paciencia ejemplar.

Hacia el noroeste, un largo y cuidado parral protegía de los rigores del sol, las habitaciones destinadas a la casa parroquial.

Arboles difusos en el recuerdo, pajarera con cardenales de copetes rojos y arpegios en sus picos, piscina con tararirás, bagres y angilas, un galpón, un perro que aullaba lastimeramente cada vez que la campana agitaba las ondas con su broncínea vibración y muchas otras cosas más, que mi memoria no puede precisar, completaban el mundo de las plantas y animales que fueron el entretenimiento recreativo de este venerable sacerdote, que todos los viejos pobladores recordaron siempre con cariño.

La última vez que fuí a despedirme, como otras tantas en víspera de mi partida para San Justo de Santa Fe, al aconsejarme y estrechar mi mano paternalmente, murmuró junto a mi oído, su bendición piadosa, que hoy al recordarla tiene en mi concepto, pureza que limpia hasta el fondo del alma.

A mi regreso en 1912, ya no estaba en la aldea, el viejo pastor de los primeros rebaños.

Cuenta mi madre que una vez, después de algunos años, volvió a la Villa y estuvo en mi casa.

El también se hizo viejo y como la vida es renovación

que en ocasiones paga mal, sufrió la amargura del que sembró mucho y recogió poco.

Pero el pueblo de Villa Elisa, que tiene su alma forjada en esencia cristiana, ha de ofrendar un día a las generaciones del porvenir, la estatua que perdure su recuerdo desde el mármol, que es la vida eterna a través del genio del artista, para que desde el sitial donde lo coloque la gratitud de los creyentes, siga iluminando con sus virtudes ejemplares, en las amplias naves de la imponente mole gótica, que hoy en distinto lugar se levanta al frente de la humilde iglesia del pasado, sobre los mismos cimientos espirituales que él cultivó con fe en el corazón de los primeros pobladores e hijos de esa fundación.

LA CRUZ DE LA MISION

En 1904, llegaron a la iglesia dos misioneros cumpliendo con su vocación de cimentar en la mayor profundidad posible, la doctrina de Jesús.

No creo que ninguno de los que éramos niños en aquellos días, hayamos olvidado los momentos felices pasados junto a los dos sacerdotes, tanto en las horas de doctrina, como en las de juegos infantiles.

Con toda seguridad, podría contar hoy, algunos cuentos morales que ellos nos refieren en el catecismo.

¡Que inefable gozo del espíritu ante la virtud inculcada!... ¡Cuánta limpieza en el corazón!... ¡Qué paz en el interior del alma!... ¡Qué deseo íntimo de ser bueno, honrado y veraz!...

¡Cuánta felicidad en la inocencia de aquellas horas y qué bella la existencia bajo la bondad de Dios, que hoy los hombres olvidaron!

¡Mirad el horror dominando de nuevo al mundo y ved cuán necesario y urgente es el retorno a su doctrina incomparable y sabia, para que los seres vivamos como hermanos en la paz del amor que él derramó a manos llenas!

De la Misión que evoco en estas líneas, no han borrado de mi memoria los treinta y ocho años pasados, aquellas noches en que todos los pobladores de las colonias cercanas se amontonaban apretujados dentro y fuera de la iglesia, para

oír los sermones de los misioneros. Era algo verdaderamente imponente ver la llegada de volantas, sulkys, jardineras, carros y gente a caballo.

Esa masa negruzca de vehículos llenaba todas las calles de la plaza contigua al templo. La luz de la luna era más que suficiente para iluminar las distancias de los caminos y hacer placenteros esos viajes interminables.

¡Cuánto fervor religioso en esa gente!... Muchos lagrimeaban escuchando al orador sagrado que desde el púlpito, con voz nunca oída y ademanes llamativos, hablaba de Dios y su doctrina.

"¡Habla de más lindo"!; "¡Si da gusto escucharlo!", decían los asistentes al retirarse de la iglesia.

Como recuerdo del paso de esa misión por la Villa, se colocó en la esquina de la avenida General Roca y la calle que limita la planta urbana con el noroeste, en el sitio donde hoy se levanta el taller de Schoeder, una cruz de hierro en la que aun puede leerse la fecha: 30 octubre 1904.

Es la misma cruz que hoy se encuentra clavada casi en el vértice norte del pueblo, en el sitio donde levantó su segunda casa familiar, hoy desaparecida, el primer alcalde de Villa Elisa, don José Guex.

La ceremonia se realizó con la participación de la gente del pueblo y de la colonia. Como a eso de las tres de la tarde, la procesión se puso en marcha, partiendo desde la iglesia. Procedida por la cruz, encabezaban la misma, los padres misioneros y el cura Augusto Hoflack.

Seguían a éstos, niños, hombres y mujeres a pie. Cerraban la marcha, una gran cantidad de jinetes.

Con gran recogimiento en todos los corazones, llegamos al lugar ya indicado en estas páginas, donde se plantó el símbolo recordatorio.

Una vez clavado, fué bendecido en una ceremonia sencilla, pero inolvidable, para los que tuvimos la dicha de participar en ella.

Sirvan estos recuerdos para que algún corazón amante de las cosas que tienen un alma que las representa dándole vida, no la deje en el suelo si la encuentra caída entre yuyos de olvido.

Las cosas materiales tienen un alma, cuando representan una idea, un símbolo, un momento de la vida de un pueblo.

Los pueblos que olvidan su paso virtuoso, son víctimas de sus propios errores, tornándose egoístas.

OTROS SACERDOTES

En 1912, el padre José Megna se hizo cargo de la capellanía.

El 19 de junio de 1913, Villa Elisa fué elevada a la categoría de parroquia, por Monseñor Abel Bazán y Bustos.

Cura joven, emprendedor, agradable en su trato, buen orador y de nacionalidad italiana, le fué fácil granjearse las simpatías del pueblo y de las colonias.

De su paso breve por la parroquia dejó recuerdos imborrables y afectos hondos. Fué fundador del Círculo Católico de Obreros y bajo su dirección se construyó la pequeña torre del campanario y el atrio de la vieja iglesia.

Cumpliendo con deberes patrióticos que lo llamaban desde su país de origen en estado de guerra, se fué a Italia, desde donde de tarde en tarde, se acordaba de sus amigos, escribiendo sentidas cartas, que todos leíamos con cariño, recordando sus bellas cualidades personales y de sacerdote.

Sucedióle el padre Héctor Dito, el que después de tres años más o menos, fué reemplazado por el cura Jorge Schoeder, el 16 de enero de 1919.

La gran obra del padre Jorge después de diez y siete años de lucha, queda patentizada en el nuevo templo en construcción, en la casa parroquial, en el colegio "José Manuel Estrada" y en la gran acción de acrecentamiento de la religión católica en todos los pobladores de su jurisdicción.

Fallecido el padre Jorge, fué nombrado cura párroco el padre Antonio Gaggión, que actualmente ocupa ese sagrado ministerio y para quien deseo que otra pluma más valiosa que la mía, algún día cante a la eternidad sus virtudes de sacerdote.

El Colegio José Manuel Estrada se inauguró el 24 de abril de 1932, bajo la dirección de la Rda. Madre Superiora María Gabriela, secundada por Sor María Eufrasia, Sor María del Luján y Sor Dionisia.

JOSE MANUEL ESTRADA

Nació el 13 de julio de 1842 y falleció en Asunción del Paraguay el 17 de setiembre de 1894.

Realizó sus estudios en el colegio de Franciscanos de Buenos Aires.

Diez y seis años tenía cuando obtuvo el mejor premio por la "Memoria" que redactó sobre el descubrimiento de América.

En 1866 fué nombrado para dictar la cátedra de Historia Argentina en la escuela Normal recién fundada y en 1871 inauguró la cátedra de Instrucción Cívica en el colegio Nacional.

Poco tiempo después fué nombrado para dictar el curso de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, a pesar que no tenía el título de abogado.

Es autor de "Ensayo Histórico sobre la Revolución de los Comuneros del Paraguay en el Siglo XVIII", pero donde surge su talento de maestro es en su Historia Argentina y en sus conferencias y discursos que forman el libro "La Política Liberal Bajo la Tiranía de Rosas". José Manuel Estrada es considerado el maestro de la juventud argentina, como lo es Sarmiento en la niñez por antonomasia.

Ningún orador argentino cantó con más notable acierto, ni con voz más grave y armoniosa, a la democracia, a la justicia y a la moral, que este maestro incomparable. A él pertenecen estas palabras que transcribo: "La verdad tiene severas amarguras que es necesario devorar cuando se ama la justicia y el progreso, únicos sentimientos dignos de fanatizar los pueblos libres".

El, como Sarmiento, comprendió que el enemigo principal de la democracia es la ignorancia.

Estudiando a los caudillos, siguiendo la vida de Quiroga, deja páginas fascinantes que modeló su pensamiento de escritor magnífico: "En una choza extraviada entre las quebradas de La Rioja, mirad agrupados unos pocos hombres alrededor de un fogón. Secas las fauces y pálidos los rostros, parece que su sangre, refugiada en el corazón, va a reventar del vaso estrecho y agitado. Pasan los vidriosos ojos, con amor resignado al sacrificio, del montón de monedas que ponen febrilmente a un naipe, a la torva mirada del impasible tallador, que juega frío y sereno... Es Facundo... ¡Facundo siempre gana!... Levántase ganancioso y sus compañeros de bancas, empobrecidos, levántanse también en silencio, respetuosamente sometidos a su signo... ¡Facundo siempre manda!...

"A la sombra del negro y formidable pendón surcado por el rojo de una cruz, va horrible la montonera idólatra del caudillo: arrasa las aldeas y despedaza escuadrones... ¡Facundo siempre vence!... ¡Ay de aquél que relajara la áspera disciplina de sus hordas!...

"Un soldado robó. El caudillo distribuye entre los suyos ramas de árbol de igual medida diciendo: "la vara del ladrón habra crecido mañana". El aduar se desvela contemplando aquel testimonio mudo y sobrenatural, y aterrado los gauchos las miden entre sí, las comparan... y el ladrón para escapar al castigo, corta la suya. Al día siguiente aparece cortada. "Este es el ladrón", dice fríamente el caudillo... Facundo adivina... Un momento más. El quejido de la víctima suena entrecortado en la mustia y quemada soledad. ¡Facundo siempre mata!...

"Los caudillos, agrega el maestro, son monstruos engendrados por las sociedades"; y defendiendo a la democracia contra sus corruptores, agregaba: "Los caudillos argentinos representaban genuinamente en política las condiciones morales de su elemento y no son sino la degradación colonial hecha carne y sistema".

Siendo Director General de Escuelas y enterado de que en algunas escuelas públicas se enseñaba a los niños a entonar cánticos en loor al gobierno y tributar apoteosis a personajes que aún vivían, dirige su célebre circular a los preceptores, en la que dice que eran prácticas perniciosas.

"La primera, dice, lo es porque infiltra en el espíritu de los niños ideas opuestas a las que sirven de base a la democracia, pervierten su juicio, hasta imposibilitarlo para comprender que ningún servicio público es favor del gobierno, sino producto de la acción del pueblo sobre el pueblo en su ventaja y para su desarrollo; que la protección que el Estado les presta es la protección indirecta de su propio padre y, por fin, que el Estado son ellos, niños hoy libres bajo el fuero doméstico, ciudadanos mañana libres también al amparo de su derecho, de la Constitución y de la honra a su patria".

"Lo es la segunda, porque si bien es noble el sentimiento de la gratitud, es indudable, a la vez, que todo hábito de veneración entusiasta hacia los individuos constituídos en autoridad, enerva el espíritu y oblitera la fibra de la personalidad que sólo debe inclinarse ante la ley, y porque además la vida de un hombre no puede ser juzgada antes de que concluya". "La biografía se cierra en la tumba, señor preceptor". "Veneremos nuestros muertos ilustres, pero no irritemos la vanidad de los vivos. Todo hombre tiene un deber; el que lo cumple no merece por eso ni víctores, ni laureles, ni menos el salmo de la infancia".

Ningún maestro argentino tuvo tan cerca de Montaigne como José Manuel Estrada, en la concepción del ser moral del hombre.

Para el autor de "Los Ensayos", toda la filosofía se reduce a la moral, buscando la salud del cuerpo y la tranquilidad del alma; huyendo del vicio y acerándonos a la virtud. Su concepto sobre educación va más al corazón que al cerebro. "Enseñamos a los niños a reconocer el mérito de la virtud, sin enseñarles a amarla; le hartamos de saber, pero ni su espíritu ni su alma llegan a ser mejores; en una palabra, hacemos de ellos pedantes y nos olvidamos de hacerlos hombres".

El gran maestro de la juventud argentina decía: "No me cansaré de repetir que la moral es el resorte maestro de las sociedades libres". "Haced hombres virtuosos antes que sabios"

Yo modestamente agregaría ante estas dos cumbres excelsas del pensamiento, que la ciencia y la virtud deben marchar en inseparable equilibrio para la formación ideal del hombre; pero si alguna de las dos debe quedarse en el camino, para bien de la humanidad que se salve la última y fenezca la primera, ya que de nada sirve que el mundo avance si el corazón se queda.

Cristiano en su fe más honda, con valentía sostuvo su creencia sincera y sus principios doctrinarios inquebrantables: "Es necesario decía, empapar las almas juveniles en la idea y el amor a Dios, fuente de toda verdad, de todo deber, y de toda Justicia".

Tal es la envergadura moral de Don José Manuel Es-

trada, cuyo nombre sive de guía al colegio religioso que funciona en Villa Elisa, dirigido por las Hermanas Del Niño Jesús y cuyo gestor fué el ex-cura párroco, presbístero Jorge Schoeder.

INDICE

Hecho el depósito
que marca la ley

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRAFICOS DE LA IMPRENTA OFICIAL DE LA
PROVINCIA DE ENTRE RIOS
OCTUBRE DE 1990

